Biblioteca de Historia

La Civilización Sumeria

Federico Lara Peinado

HISTORIA16

9**

La Civilizacion Sumeria

Federico Lara Peinado

historia 16

Esta obra ha merecido
el patrocinio cultural de:

Banco Exterior de España
Endesa
Fábrica Nacional de Moneda y Timbre
Iberia
Renfe

© Federico Lara Peinado.
© Historia 16.
Hermanos García Noblejas, 41.
28037 Madrid.
ISBN: 84-7679-138-0.
Depósito legal: M-19.750-1989
Diseño portada: Batlle-Martí.
Impreso en España.
Impresión: TEMI, Paseo de los Olivos, 89. 28011 Madrid.
Fotocomposición: Amoretti.
Encuadernación: Huertas.

FEDERICO LARA PEINADO

Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Barcelona y doctor en Historia por la Universidad Autónoma de la misma ciudad, es profesor titular de Historia Antigua de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid.

Aparte de numerosos estudios dedicados a Epigrafía, Religión, Arte y Metodología histórica, publicados en diferentes revistas científicas, su labor docente e investigadora se centra en el área del Antiguo Oriente, fruto de las cuales ha sido la edición de diversas obras de tal temática: *Mitos sumerios y acadios* (1984), *Código de Hammurabi* (1986), *Poema de Gilgamesh* (1988), *Himnos sumerios* (1988), *Las primeras civilizaciones* (1988) y *Libro de los muertos* (1989).

INTRODUCCION

La civilización sumeria, la primera y la más antigua del mundo, va desvelando día tras día sus secretos gracias a los continuados esfuerzos de un buen número de estudiosos.

El presente libro, haciéndose eco de esos esfuerzos plasmados en diferentes revistas científicas de difícil acceso en nuestro país, intenta de modo resumido poner al alcance de un amplio número de lectores amantes de la Historia, los conocimientos que en la actualidad se poseen de Sumer, región geográfica de la antigua Mesopotamia (hoy componente de la República de Iraq), regada por el Eufrates y el Tigris, dos de los cuatro brazos del bíblico río del Edén.

Sus habitantes, según se ha demostrado arqueológica y documentalmente, fueron capaces de ser los primeros en fundar ciudades, Estados e Imperios. Fueron también los primeros en inventar la escritura, en idear los primeros contratos comerciales, en establecer los primeros Códigos jurídicos, en instituir las primeras escuelas, en crear las primeras joyas y los primeros trazos de la escultura. También fueron los primeros en escribir poemas de amor, en idear la bóveda y la columna, en fabricar cerveza...

Todos esos logros, positivos, tuvieron también como contrapartida la realización de los negativos. En Sumer fue donde apareció por primera vez la guerra, la esclavitud, los primeros campos de concentración, el despotismo, la primera condena a muerte...

De cualquier manera, sus creaciones y alcances técnicos, su pensamiento y filosofía eran las manifestaciones de una abierta mentalidad que se sentía componente del cosmos, en el cual los dioses, imaginados a la manera humana, tenían siempre la definitiva palabra.

En este libro hemos articulado, bajo las exigencias metodo-

lógicas de la Historia total, los componentes de la Historia externa sumeria, desde sus orígenes antediluvianos (5500 a.C.) hasta su extinción como entidad política (2004 a.C.), así como los de la interna: instituciones, estructura económica, técnicas, artes y oficios, buscando con todo ello demostrar lo que el sumerólogo Samuel Noah Kramer dijo en su día: que la Historia de la humanidad empezaba en Sumer.

BIBLIOGRAFIA

De las pocas obras dedicadas de modo monográfico a Sumer sobresalen la de KRAMER, S. N., *The Sumerians. Their History, culture and character*, Chicago, University of Chicago Press, 1972, libro de obligada consulta, y la de SCHMÖKEL, H., *Des Land Sumer*, Stuttgart, W. Kohlhammer Verlag, 1956 (traducida al castellano como *El país de los súmeros*, Buenos Aires, Eudeba, 1984), de ágil lectura. Hay que citar también la divulgadísima obra de KRAMER, S. N., *La Historia empieza en Sumer*, Barcelona, Aymá, S. A., 1974 y Madrid, Orbis, 1985. Libro de gran meticulosidad filológica y profundos conocimientos es el de JACOBSEN, T., *The Sumerian King List*, Chicago, University of Chicago Press, 1973, dedicado a la exposición dinástica sumeria. Dos obras de divulgación son la de LANSING, E., *The Sumerians, inventors and builders*, Londres, Casell & Company Ltd., 1974 y la de SCHMANDT-BESSERAT, D., ALEXANDER, S. M., *The First Civilization. The Legacy of Sumer*, Malibu, Undena publications, 1975, donde se comentan 245 objetos arqueológicos.

Entre los libros que se ocupan, en general, de las primeras civilizaciones, nos ofrecen excelentes síntesis, aunque centradas sobre todo en los aspectos políticos y dinásticos, los de DELAPORTE, L., *Les Peuples de l'Orient méditerranéen, I. Le Proche Orient asiatique*, Paris, PUF, 1948; DHORME, E. y CONTENAU, G., *Les Premières civilisations*, I. París, PUF, 1950; GOOSSENS, G., «Asie Occidentale ancienne», en *Histoire Universelle, I.* (Encyclopedie de la Pléiade), París, Gallimard, 1969; HROUDA, B., *Vorderasien I. Mesopotamien, Babylonien, Iran und Anatolien*, Munich, C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1971 (con excelente bibliografía) y el vol. I de la *Fischer Weltgeschichte, Die Altorientalische Reiche*, Francfort, Fischer Bücherei, K. G. 1966, de CASSIN, E., BOTTERO, J. y VERCOUTER, J., traducido como *Los Imperios del Antiguo Oriente*, I. *Del Paleolítico a la mitad del segundo milenio* (Historia Universal, Siglo XXI), vol. 2, Madrid, Ed. Castilla, 1987.

Muy buenos enfoques, con gran manejo de fuentes, son los capítulos que sobre los sumerios incluyen los grandes repertorios históricos de la *Propyläen Weltgeschichte. Eine Universalgeschichte* y la *The Cambridge Ancient History*. Del pri-

mero se ha publicado en castellano la colaboración de VON SODEN, W., «Sumerios, babilonios e hititas hasta la mitad del segundo milenio» en *Historia Universal*, I, 2, dirigida por G. Mann y A. Heuss, Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1987, pp. 37-152 (aunque, lamentablemente, sin haberse puesto al día), y del segundo debe ser consultado GADD, C. J., en los capítulos «The Dynasty of Agade and the Gutian Invasion», Cambridge, The Cambridge University Press, I (2), 1971, pp. 417-463, y «Babylonia, c. 2120-1800 b.C.», *id.*, pp. 595-643.

Desde perspectivas más globales y con especial atención a los procesos civilizadores son las referencias contenidas en DESHAYES, J., *Les Civilisations de l'Orient Ancien*, París, Arthaud, 1969 (libro muy completo); ARNAUD, D., *Le Proche-Orient Ancien. De l'invention de l'écriture à l'hellénisation*, París, Bordas, 1970 (de lectura recomendada por las sugerencias que aporta); SCHMÖKEL, H., *Ur, Assur und Babylon*, Stuttgart, Gustav Kilpper Verlag, 1955 (traducido al castellano como *Ur, Assur y Babilonia*, Madrid, Ed. Castilla, 1965); OPPENHEIM, A. L., *Ancient Mesopotamia. Portrait of a dead civilization*, Chicago, University of Chicago Press, 1964 (obra esencial); y ROUX, G., *La Mésopotamie. Essai d'histoire politique, économique et culturelle*, París, Editions du Seuil, 1985 (traducida al castellano por Akal, Madrid, 1987).

Libros enfocados con análisis sociales o estados de la cuestión, con abundante bibliografía son los de KLIMA, J., *Gesellschaft und Kultur des alten Mesopotamien*, Praga, J. Prchal, 1964 (traducido como *Sociedad y Cultura en la Antigua Mesopotamia*, Madrid, Akal, 1983); GARELLI, P., *Le Proche-Orient asiatique. Des origines aux invasions des peuples de la mer*, París, PUF, 1969 (traducida al castellano por Edit. Labor, Barcelona, 1987) y, sobre todo, el colectivo, dirigido por S. Moscati, *L'Alba della civiltà*, 3 vols. Turín, UTET, 1976 (en curso de traducción al castellano —ha aparecido el tomo I en Ediciones Cristiandad, Madrid, 1987—).

Con una buena bibliografía y de acuerdo con el estado más reciente de las cuestiones es el libro de BRENTJES, B., *Völker an Euphrat und Tigris*, Leipzig, Koehler & Amelang, 1981. Una síntesis, con algunos puntos discutibles, es la incluida en el colectivo dirigido por P. Lévêque *Les premières civilisations, I. Des despotismes orientaux à la cité Grecque*, París, PUF, 1987, obra de GLASSNER, J. J., «La Mesopotamie jusqu'aux invasions araméennes de la fin du IIe. millénaire», pp. 221-347. Asimismo, puede verse una panorámica general en la síntesis divulgativa de la serie *Historias del Viejo Mundo*, el trabajo de LARA PEINADO, F., *El nacimiento de la civilización*, Madrid, Historia 16, 1988.

Capítulo I

EL DESPERTAR DE LA CIVILIZACION

El Neolítico en Mesopotamia

Muchísimo antes de que la llanura aluvial formada por los ríos Eufrates y Tigris se poblara, tanto Siria y Palestina como la meseta del Irán y la alta Mesopotamia conocieron el establecimiento de gentes neolíticas, cuyas huellas son visibles en numerosos lugares de tales zonas geográficas.

En este amplio espacio territorial, componente en buena parte de lo que en su día fue denominado como la *media luna fértil*, se produjo la llamada *revolución neolítica*, por reunir los condicionantes necesarios para la nueva forma de vida que la Humanidad, tras abandonar fórmulas prehistóricas, fue alcanzando a costa de muchos esfuerzos.

En dichas zonas del Próximo Oriente, junto a focos geográficos de otros continentes, se logró la domesticación de determinados animales que irían asociados a la caza (entre ellos el perro), así como las primeras experiencias agrícolas, consecuencia natural, también, de la recolección de los cereales silvestres.

Se asistía así, en todos aquellos lugares, al lento y progresivo paso de una *economía de depredación*, propia de las etapas paleolítica y mesolítica anteriores, a una *economía de producción*, esto es, a la multiplicación y adaptación por y para el hombre de los recursos que el entorno geográfico brindaba.

El Próximo Oriente —o, más propiamente, los territorios comprendidos entre los 600 y 1.400 m de altitud— poseía en estado salvaje un conjunto de animales y plantas susceptibles de alimentar a grupos humanos recolectores. Sería a partir del décimo milenio antes de nuestra era (o quizá antes), cuando tales grupos comenzaron a practicar, junto a la caza, la pesca y la re-

colección de cereales y frutos, las primeras experiencias agrícolas y a domesticar algunos animales.

Estas invenciones no permanecieron estancadas sino que, gracias a la propia movilidad de las gentes, pudieron intercambiarse. Eso explicaría la uniformidad material de los distintos enclaves humanos que existieron desde Anatolia al Irán.

A partir de comienzos del séptimo milenio, las comunidades agrícola-ganaderas, ya más numerosas, hubieron de sedentarizarse, lo que motivó no sólo el desarrollo de nuevas y diferentes técnicas (piedra pulimentada, cerámica, metalurgia, tejido), que precisaban para su nuevo régimen de vida, sino también la necesidad de intercambios comerciales y culturales. Asimismo, poco a poco, la relación y vínculo de las personas, el grado de cualidades individuales, la paulatina ordenación del trabajo y otros factores, exigieron la creación de la organización social, que daría origen, finalmente, en el cuarto milenio, al poblado y más tarde a la comunidad urbana.

El conocimiento de las primitivas comunidades neolíticas y calcolíticas de Mesopotamia presenta todavía muchos problemas, dado que su estudio ha sido enfocado únicamente bajo presupuestos arqueológicos. Aunque se han elaborado, por afamados especialistas, secuencias y períodos culturales, la ausencia de una terminología unitaria motiva una gran imprecisión a la hora de evaluar históricamente sus primeras comunidades.

La Protohistoria mesopotámica cuenta, sin embargo, con una periodización bastante clara y sencilla, establecida a partir del nombre del yacimiento en que por vez primera se descubrió un conjunto cultural unitario con elementos significativos (céramica, sellos, figurillas, construcciones). Esa serie de nombres ha servido para etiquetar secuencias culturales (o períodos según algunos), presentes en otros lugares con los mismos componentes. En no pocos casos el yacimiento que da nombre a una fase cultural no es más significativo que los de otros con los mismos elementos, pero la nomenclatura del yacimiento descubierto con anterioridad es la que lo define. Al propio tiempo, algunos períodos no son sucesivos entre sí, sino que son en gran parte sincrónicos. Tampoco se pueden olvidar las

variantes regionales que, sin apartarse de los elementos materiales significativos, contribuyen a la existencia de verdaderas subculturas o subperíodos.

Los primeros establecimientos en el Norte mesopotámico

El proceso de neolitización, que en Mesopotamia surgió por primera vez en el Norte de Iraq, fue muy semejante al de Palestina, apareciendo aldeas en las que se detectaban claramente materiales y utillaje de transición del Mesolítico al Neolítico.

Los yacimientos mesopotámicos más significativos —ya clásicos en la comunidad científica— y que sirven para dar nombre a otros tantos períodos o secuencias culturales son: Jarmo, Umm Dabaghiyah, Hassuna, Samarra y Tell Halaf.

a) *Período de Jarmo:* Dejando a un lado los antiquísimos yacimientos de Zawi Chemi, Shanidar, Karim-Shahir y Mulaffa'at en el Kurdistán o los de Cayönu y Bouqras I-III en la Yazirah y Tell Rihan en el valle del Diyala, con materiales tanto mesolíticos como neolíticos, el yacimiento más importante fue Jarmo, que podemos fechar hacia el 6750*, aunque el C14 lo fija entre el 7090 y el 4950. Su *tell*, con quince estratos de ocupación, ha dado restos de edificios de tapial de planta rectangular. Los estratos inferiores y medios, carentes de cerámica, hablan de una industria de piedra (hachas, mazas, discos, molinos, vasos, pesas) y de hueso (agujas, arpones, anzuelos). La presencia de obsidiana en buena cantidad indica el establecimiento de relaciones comerciales con algunos puntos de Armenia y de Anatolia. Unicamente, en los estratos superiores apareció una cerámica tosca con una decoración muy elemental. También se localizaron miles de figurillas de barro representando animales (probablemente cerdos) y mujeres sentadas, creídas una de las más antiguas representaciones de la diosa de la fecundidad.

Los habitantes de Jarmo, evaluados entre 500 y 150, practicaron la ganadería y la caza, así como la agricultura. Por los bra-

(*) Todas las fechas que aparecen en esta obra deben entenderse como antes de Jesucristo, salvo que se especifique lo contrario.

zaletes, collares y pendientes de hueso y arcilla encontrados, h mos de suponer un adorno corporal, completado con el pinta del rostro. Aunque no se ha hallado ninguna necrópolis, s muertos hubieron de ser inhumados en las proximidades.

Otros yacimientos neolíticos de esta misma cronología son los de Ali Kosh, poblado que utilizaba parecido utillaje material al de Jarmo, aunque con menor presencia de obsidiana; Shimshara (en el valle del Pequeño Zab), muy semejante en sus restos materiales a los de las dos aldeas anteriores, y Maghzaliyeh, cuya novedad más significativa es la de presentar un muro de piedra, reforzado con torres redondas, lo que testifica que fue el lugar fortificado más antiguo de toda Mesopotamia hasta ahora conocido.

b) *Período de Umm Dabaghiyah:* No lejos de Hassuna, por su parte occidental, en plena Yazirah, se halla Umm Dabaghiyah. Este enclave, con diferentes niveles de ocupación, excavado no hace muchos años, fue en realidad una factoría de curtidos, desde donde se distribuían las pieles de los animales cazados o de los que se tenían en cautividad, dados sus pastizales. Sus edificios de planta rectangular, divididos en varios aposentos, con el suelo cubierto con losas de arcilla y paredes enlucidas, no presentan huellas de ocupación, suponiéndose que serían almacenes. Uno de ellos incluso tenía una pintura mural con diferentes temas, destacando la caza del onagro; esto confirma la característica de centro ganadero del lugar, que hubo de formar parte, junto con otros, de algún enclave mayor todavía no localizado.

La cerámica, elaborada a mano, era muy variada, con formas aquilladas, bruñida y con decoración, similar en algunos casos a la de Hassuna. Sin embargo, algunas copas de alabastro y cerámicas con aplicación de relieves modelados en forma de cabezas humanas o de animales son de lo más significativo.

Materiales de esta cultura, que podemos fechar entre el 6000 y el 5800, han sido hallados, como mínimo, en una decena de lugares del área Hatra-Jebel Sinjar, entre ellos Telul et-Talathat, Tell as-Soto y Kül Tepé, centros convertidos muy pronto en subculturas de Hassuna.

c) *Período de Hassuna:* Entre el 5800 y el 5500 el yacimiento neolítico que dio nombre a esta etapa fue Hassuna, no lejos de Mosul, constituido sucesivamente por tres campamentos de chozas, sobre los que se instaló una aldea neolítica. Los restos que han llegado presentan seis niveles de ocupación, a base de casas de barro apisonado, de planta rectangular con varios compartimentos y en cuyo interior se solía enterrar a los muertos, colocados en jarras de barro.

La cerámica de esta localidad conoció dos fases de elaboración: una arcaica, con grandes jarras ovoides y cuencos bruñidos, piezas realzadas con decoración geométrica; y otra reciente, con las mismas formas y temas ornamentales, pero mejor trabajada. La tipología de la cerámica arcaica puede relacionarse con otras cerámicas de Turquía (Mersin, Sekje Geuzi), Siria (Karkemish) y Palestina (Megiddo, Jericó). Ello nos hablaría también de unos contactos comerciales con estas áreas occidentales, además de los habidos con Armenia y el golfo Pérsico. La cerámica reciente es de tipo claramente local, propia de las civilizaciones neolíticas del Próximo Oriente, con una amplia área de dispersión, sobre todo por la zona del Norte de Iraq.

Cerámicas de Hassuna han sido encontradas en numerosos *tells* de ambas riberas del Tigris, así como en los estratos inferiores de Nínive, Matarrakh y Shimshara. Un importante yacimiento perteneciente a este período es el de Yarim Tepé, en donde la cerámica de Hassuna se asocia a casas de planta cuadrada o circular y a útiles y armas de sílex y obsidiana, a ornamentos metálicos de cobre y plomo (se conoció el horno de fundición de dos plantas) y a unos discos de piedra o terracota con una de sus caras incisa con rayas y que constituyen, sin lugar a dudas, el precedente de los cilindro-sellos mesopotámicos.

d) *Período de Samarra:* Otro importante centro cultural, fechable hacia el 5600, fue el de Samarra, famoso por su cerámica de tonos monocromos y estilizadas decoraciones geométricas, zoomorfas y antropomorfas.

Las casas del poblado, en la Mesopotamia central, a orillas del Tigris, fueron construidas con adobes de gran tamaño, presentando utillaje y restos propios del Neolítico.

La cultura de Samarra, cuya cerámica se halla también presente en muchos otros yacimientos (se detecta desde Baghuz, frente a Mari, en el Eufrates medio, y Chagar Bazar en la Yazirah, hasta Choga Mami, al pie de los Zagros), alcanzó, sin embargo, su máxima expresión en Tell es-Sawwan, enclave muy cerca de Samarra, y que se puede fechar entre el 5600 y el 5300.

Esta aldea presenta restos materiales de gentes que se dedicaban a un tiempo a la agricultura, a la ganadería y a la caza. Dada su situación geográfica, en una zona pobre en lluvias, hubieron de practicar ya técnicas simples de irrigación para los cultivos del lino y de algunos cereales.

Las casas eran de planta rectangular, con varias dependencias y patios; el suelo y las paredes, de adobe y no de barro apisonado, estaban enlucidas con yeso. Bajo las mismas, y sobre todo bajo una específica estructura arquitectónica, considerada por algunos como un santuario, se enterraba a los muertos cubiertos con esteras o en jarras si se trataba de niños.

En estos enterramientos se hallaron multitud de figurillas como componentes de los ajuares funerarios. Las elaboradas en arcilla presentan una decoración plástica especial, al tener los cráneos muy alargados y los ojos modelados en forma de *granos de café*. En el caso de las trabajadas en alabastro presentan grandes ojos de nácar incrustado y los mismos cráneos alargados, que recuerdan las estatuillas de la posterior época de El Obeid y aún de las sumerias arcaicas del 2800. Este hecho ha motivado que algunos autores hayan considerado a las gentes samarrienses como los antepasados de los sumerios.

Para protegerse del ataque de otras aldeas o simplemente de los animales salvajes, Tell es-Sawwan se rodeó con una doble muralla de barro reforzada con contrafuertes y con un hondo foso.

Figurillas femeninas de parecida tipología fueron localizadas en Choga Mami (cercana a Mandali), aldea defendida por una gruesa torre de adobes, y que puede fecharse entre el 5000 y el 4800. La cerámica de este importante yacimiento, que sigue las formas de Samarra, ha aportado también ejemplares típicos de las culturas de Eridu y Hajji Mohammed, motivo que ha llevado a algunos arqueólogos a fijar en Choga Mami un *período de transición* entre la cultura de Samarra y las de la Baja Mesopotamia.

El período de Samarra, en fin, conoció un fuerte sentido de la propiedad privada, en atención a los sellos de estampa hallados en diferentes puntos de esta cultura y a la propia estructura de las viviendas con grandes muros que delimitaban las propiedades.

e) *Período de Tell Halaf:* El yacimiento de Tell Halaf, cercano a Ra's al-Ain (en la frontera sirio-turca) y fechable entre el 5500 y el 4500, sucedió al período precedente. Por sus novedades técnicas y culturales se trataba de una civilización muy diferente a todo lo anterior, cuyos orígenes, buscados por algunos fuera de Mesopotamia, hay que situar, sin embargo, en el alto Khabur (Siria) o un poco más al Este, en la región de Mosul.

Su influencia puede detectarse, no obstante, desde los Zagros al Mediterráneo, hallándose presente en los importantes yacimientos norteños de Kharabekh Shattani, Arpachiyah, Tell Chagar Bazar, Yarim Tepé y Tepé Gawra, entre otros.

Las calles de las aldeas más significativas (caso de Arpachiyah, cerca de Nínive) presentan pavimentación de guijarros, lo que habla de un urbanismo evolucionado. Las casas son tanto de planta rectangular y cubierta adintelada (o a dos vertientes), como circular y abovedades con o sin antecámara rectangular, semejantes a los *tholoi* micénicos. Ultimamente, se piensa que estas construcciones servirían como viviendas y no como graneros, refugios o lugares de culto.

Lo más significativo del período halafiano es la cerámica, que fue la más bella de toda la fabricada en cualquier etapa de la Historia de Mesopotamia. Estaba hecha a mano y era de paredes finas, con engobe de tonos rosados o bruñida en algunos casos; la decoración de sus variadísimos tipos era polícroma con motivos geométricos, zoomorfos y florales, pudiendo ver en ellos claros simbolismos religiosos.

Ejemplares cerámicos de esta cultura han sido hallados desde Mersin, Ugarit, Amuq, Yunus, Sakçagozu por el Oeste, hasta Tilki Tepé, Diyan, Choga Mami y Bagum por el Este, alcanzando su área de dispersión más allá de Tepecick y Korucu por el Norte.

Con la obsidiana y otras piedras se tallaron hermosas vasijas,

cuentas de collar y un buen número de amuletos. Su tipología comprende cabezas de toro (bucráneos), aves, casas, la doble hacha, así como figurillas en forma de mujeres sentadas, éstas probablemente talismanes contra la esterilidad.

Los restos materiales hallados en las aldeas de esta cultura hablan de gentes que dependían de la agricultura y de la ganadería evolucionadas (almacenamiento de granos en silos, perfecta domesticación de las ovejas, cabras y cerdos) y que mantenían contactos comerciales (quizá controlaron el comercio de la obsidiana) a largas distancias, desde el Tauro hasta los Zagros.

El empleo del sello de impresión y del metal (cobre, plomo) hablan de una cultura ya calcolítica. Sin embargo, la misma fue desapareciendo lentamente mediante un proceso de aculturación (y no bruscamente como se sostenía hasta ahora) ante los estímulos técnicos de las gentes venidas del Sur, que tras haber colonizado las zonas aluviales del Eufrates y Tigris, se habían desplazado hacia el Norte. Eran los portadores de la cultura de El Obeid.

f) *Período de Tepé Gawra:* Avanzado ya el período de El Obeid, desarrollado en el Sur de Mesopotamia y del que luego hablaremos, una serie de enclaves del Norte (entre ellos Tepé Gawra) compartieron determinados elementos materiales de dicha cultura.

Tepé Gawra fue primero un asentamiento agrícola pequeño, pero ante las influencias materiales y culturales de El Obeid, derivó hacia el 4000 a verdadero poblado, llegando a alcanzar hasta 20 niveles de ocupación. El culto religioso, la especialización artesanal y las materias primas de origen extranjero (cobre, oro, lapislázuli, marfil) hablan de una gran diversificación social y de una prosperidad económica para este lugar, todo ello consecuencia de formas sociales evolucionadas y amplias relaciones comerciales.

De dicho poblado son muy interesantes sus torres defensivas y sus muros externos de gran grosor, sus magníficos templos, correspondientes, como mínimo, a cuatro frases constructivas (los de diseño tripartito obedecieron a influencias de Eridu) y, sobre todo, una estructura de planta circular, de casi 20 m de diá-

metro, llamada *Casa Redonda*, que se elevaba sobre las casas del poblado y cuyo máximo exponente en este tipo de construcciones mesopotámicas se alcanzaría más tarde en Razuk, en el Diyala, perteneciente al Dinástico Arcaico I.

La cerámica, tanto la elaborada a mano como a torno lento (de ésta muy pocos ejemplares), presenta diversas tipologías, algunas de claro origen sureño (Uruk, Jemdet Nasr), siendo lo más significativo su vajilla, a base de cuencos y ollas globulares normalmente lisas.

Diversos objetos elaborados en arcilla tienen también interés: figurillas de ovejas, fusayolas, *símbolos de cabaña* o ídolos de carácter ritual, etc. En cuanto a labores trabajadas en piedra, hay que reseñar algunos *ídolos-ojo*, un amplio número de sellos de estampación con multitud de diseños y unas pocas mazas guerreras.

En Yorgan Tepé, Erbil, Grai Resh y Tell Brak se han encontrado elementos materiales de Tepé Gawra, período que, aun conociendo las influencias de las culturas de Uruk y de Jemdet Nasr, fue reemplazado hacia el 2900 por la cultura de Nínive.

Los establecimientos de la Baja Mesopotamia

Está fuera de toda duda que la llanura aluvial comprendida entre el Eufrates y el Tigris fue extremadamente fértil. El limo de los dos ríos, dejado tras las inundaciones, contribuía a la feracidad natural del suelo. Los brazos de agua y las muchas lagunas de sus cursos inferiores eran abundantes en peces; los espesos cañaverales y junqueras daban cobijo a multitud de aves y animales salvajes; por todas partes crecían las palmeras datileras. Estas tierras eran, pues, idóneas para posibilitar la subsistencia a grandes grupos humanos. Sólo con controlar las inundaciones, distribuir las aguas y trabajar las tierras, el hombre podría allí desarrollar su vida con un mínimo de técnicas agrícolas.

Esto motivó que ya a finales del séptimo milenio, un poco después de lo que había ocurrido en el Norte de Mesopotamia, un grupo de colonos —procedentes de las estribaciones de los Zagros, según algunos autores — estuviera ya presente en las ri-

cas tierras de lo que después sería Sumer, con ocupaciones típicamente neolíticas (fase de Tell Oueli pre-Eridu) que conectarían ya sin solución de continuidad con la fase urbana sureña.

Los establecimientos más significativos de la zona sur mesopotámica, que también han dado nombre a una serie de secuencias culturales (dentro de finales del Neolítico, del Calcolítico y comienzos del Bronce Antiguo), fueron los de Eridu, El Obeid, Uruk y Jemdet Nasr.

a) *Período de Eridu:* Eridu (Abu Sahrain), la ciudad sumeria más antigua según los textos, estuvo habitada desde el 5000, o quizá un poco antes, y fue capaz de crear una floreciente cultura en torno al templo de un dios desconocido, desplazado muy pronto por un dios sumerio, Enki, titular de las aguas, si hemos de juzgar por los numerosos restos de ofrendas de pescado presentes en dicho lugar.

Las ruinas del yacimiento, que vivió de la caza y sobre todo de la pesca por su proximidad al mar, presentan hasta 19 niveles de ocupación con restos de 17 templos superpuestos, todos ellos bajo la posterior torre escalonada (*u-nir* en sumerio, *ziqqurratu* en acadio) del dios Enki, en su mayoría de pequeñas dimensiones y construidos con adobes. Estos monumentos religiosos, claramente neolíticos, muestran una remarcable continuidad tanto material como cultural, según han evidenciado las excavaciones arqueológicas.

La cerámica más antigua de Eridu estaba pintada y decorada con motivos geométricos, muy parecidos a los de Choga Mami (última fase de Samarra) y de la que recibió indudables influencias. Esta cerámica conoció una expansión hacia el Norte, alcanzando el Valle del Diyala.

Tras esta cerámica se fabricó otra decorada con temas geométricos (bandas, estrellas, zig-zags) y con otros motivos (bucráneos, rosetas) de inspiración probablemente halafiana. Sin embargo, esta nueva cerámica ha sido denominada de Hajji Mohammed y no de Eridu por haberse descubierto por primera vez en aquel yacimiento, muy cercano a Uruk.

En realidad, Hajji Mohammed representa una subcultura del período de Eridu, que conoció las técnicas de una agricultura de regadío importadas del exterior.

Con posterioridad a esta cerámica, muy difundida por el Sudeste (Tell Jowi, Ja'farabad); por el Sur, incluido el golfo Pérsico; y por la parte central de Mesopotamia (Ras al'Amiyah, Nippur, Lagash, Uruk), fechable en el 4800, Eridu conoció también la fabricada en El Obeid, yacimiento que culturalmente había de sustituir a Eridu.

b) *Período de El Obeid:* El Obeid, un *tell* en las cercanías de Ur, constituye la segunda fase cultural del Sur mesopotámico, que se desarrolló, en buena parte, de modo paralelo a la de Eridu. Su cronología abarcó desde el 4800 al 3750 aproximadamente y tuvo la suficiente personalidad para imponerse en las aldeas y pueblos de toda Mesopotamia, alcanzando los Zagros y el Sudeste iraní (Susania), así como los valles del Khabur y del Balikh por el Norte, para llegar incluso a la costa mediterránea (Ugarit) y a otros puntos del golfo Pérsico (Kuwait, Qatar, Arabia Saudita).

La cerámica de este período es muy típica y fácilmente identificable, definiéndola los tonos monocromos mates, marrones o verdosos y una decoración elemental. Si técnica y artísticamente era inferior a la de Tell Halaf, en cambio era mucho más rica en formas, a las que aportaba como novedad los picos y las asas.

Hay, por otra parte, sensibles diferencias materiales entre los yacimientos obeidianos del Sur y los del Norte, lo que sería probablemente reflejo de distintas mentalidades y costumbres.

En los primeros (El Obeid, Tell Oueli, Ur, Uruk, Lagash, Eridu), las casas son más grandes y se siguen construyendo con adobes, aunque no faltan las trabajadas con cañas y revestimiento de arcilla. Sin punto de comparación eran sus construcciones religiosas, hechas también con adobes (fabricados ya con molde) y levantadas por lo común sobre una plataforma que las aislaba del suelo.

El mayor tamaño de estas construcciones (alcanzaron unos 300 m^2 de promedio), con una gran capilla y compartimentos laterales dispuestos simétricamente, evidencia que desde ellos se controlaría la organización social y económica del poblado. Estaríamos así ante verdaderos señoríos eclesiásticos, eje y razón de ser de la comunidad agrupada en torno al templo.

Las costumbres funerarias de los poblados del Sur dejan suponer la creencia en la vida de ultratumba. Los cadáveres eran inhumados, tendidos sobre sus espaldas, en tumbas dobles o en cistas de ladrillo, como han revelado los cementerios de Ur y de Eridu, éste con un millar de tumbas. Del ajuar funerario hay que hacer mención de unas estatuillas de terracota, de indudable sentido mágico-religioso, que representan a mujeres (algunas amamantando niños) u hombres, con cabeza de ofidio, con apliques de betún a modo de cabellera y con excrecencias en hombros y brazos.

En los yacimientos del Norte (Arpachiyah, Tepé Gawra, Nínive, Chagar Bazar, Tell es-Sawwan, Tell Uqair), en los que la presencia de El Obeid se detecta sobre todo por la cerámica sin engobe y sin pulir, las casas siguen la estructura de etapas anteriores locales, construidas también con adobes y en algunos casos con basamentos de piedra. Asimismo, las costumbres funerarias difieren, pues aunque haya tumbas de influencia obeidiana, por lo general los muertos son enterrados en simples fosas (o en jarras de cerámica si eran niños) junto a las viviendas, en las cuales los adultos eran inhumados en posición fetal y con un pobre ajuar funerario.

Los sellos de impresión, trabajados en diferentes piedras, fueron en estas zonas extraordinariamente abundantes, lo mismo que los vasos tallados en caliza o en obsidiana.

Durante esta fase cultural, a pesar de emplearse ampliamente el utillaje de piedra, la metalurgia prosperó, pues los objetos de cobre son ya abundantes a pesar de la dificultad que significaba acopiarse el metal. Unido al progreso de la metalurgia, hay que colocar el de la agricultura, dado que las tierras podían explotarse en mejores condiciones técnicas (canalizaciones, laboreo), gracias al instrumental metálico y a la nueva hoz con pequeñas hojas cortantes de barro, ahora inventada.

La ganadería sigue prácticamente a iguales niveles que los de las épocas anteriores, si bien hay un mayor desarrollo del ganado menor, en régimen de estabulación. En cambio, en los lugares aptos para la pesca, esta actividad, que adquirió importancia económica, fue un buen complemento de la agricultura.

A pesar de las diferencias materiales y aún de mentalidad, la

unidad de la cultura de El Obeid en toda Mesopotamia es algo aceptado por todos los especialistas, llegando algunos a considerar que tal período fue el primer estadio de la civilización sumeria.

c) *Período de Uruk:* El anterior período de El Obeid fue sustituido de modo natural hacia el 3750 por el de Uruk (hoy Warka), nueva etapa que, evolucionando *in situ*, aportó importantísimos cambios técnicos y culturales sobre los anteriores centros obeidienses, a los cuales sustituye.

El período de Uruk, que perduró hasta el 3150 aproximadamente, se caracterizó, ante todo, por la explosión demográfica que, motivada por razones naturales y por la inmigración probablemente de gentes semitas venidas del Oeste y Noroeste, contribuyó al aumento del número de poblados y a la potenciación de los ya existentes, que evolucionarían a verdaderas ciudades.

La necesidad alimentaria de este mayor número de gentes se resolvió con la puesta en marcha de nuevas zonas agrícolas, gracias al arado, que reemplazó a la azada, y a otras técnicas que hicieron mucho más fácil el desarrollo económico y social. Entre éstas hay que citar el carro de cuatro ruedas, que sustituiría al trineo de arrastre, y el mayor uso de la vela, aplicada a la navegación.

El torno de alfarero, conocido en la etapa anterior, se perfecciona, con lo cual se facilitó la fabricación masiva de cerámica. La metalurgia domina el fundido y la aleación de algunos metales (cobre, plomo), lo que, unido a un acopio más abundante de los mismos, produjo la aparición de especialistas metalúrgicos. Estos inventos, controlados desde los templos, originaron el nacimiento de la artesanía y de una incipiente industria, con lo cual se produjo la especialización del trabajo y el subsiguiente desarrollo de un activo comercio.

A ello se añadió, exigido por las necesidades administrativas de los templos, el invento de la escritura, instrumento verdaderamente revolucionario, de hondas consecuencias económicas y sobre todo culturales a muy corto plazo y que apareció por primera vez en los templos arcaicos del nivel IV de Uruk, en una fecha imprecisa entre el 3500 y el 3300.

La nueva etapa de Uruk se puso de manifiesto en Mesopotamia, arqueológicamente hablando, cuando su cerámica empezó a sustituir a la de El Obeid. La nueva cerámica, copiada al parecer de prototipos de metal no hallados, presentaba como ejemplares típicos las tazas con asas torneadas y las jarras con pico doblado hacia abajo. Era de variado colorido debido a la cocción y la había sin pintar o con engobe; algunas formas tenían unas sencillas incisiones como motivo decorativo.

Aunque de esta etapa no se han conservado obras de Arte, su glíptica, en cambio, llegó a altas cotas de perfección técnica y belleza plástica, según se puede apreciar en sus numerosos cilindro-sellos. Estos objetos, que solían llevarse colgados al cuello, fabricados en piedras corrientes y semipreciosas, solían medir de 2 a 8 cm de longitud. Con ellos se estampillaban los recipientes de arcilla y más tarde las tablillas de barro, viniendo a ser su marca la verdadera *firma personal* de sus propietarios.

Las ruinas de Uruk, con dieciocho niveles de ocupación según un sondeo que se efectuó en el área del templo Eanna, y que iban desde el período de El Obeid hasta la época Dinástica Arcaica (aunque el lugar se siguió ocupando hasta la época de los partos), son unas de las más importantes de Mesopotamia. En la fase comprendida entre los niveles XIV y IV conoció al menos la existencia de siete templos superpuestos, destacando entre ellos el *Templo de Caliza* (nivel V), llamado así por el material empleado en su construcción, el *Templo de las Columnas* (nivel IVb), levantado sobre una plataforma y al que se llegaba a través de un pórtico de dos filas de cuatro columnas, y el *Templo B* (nivel IVa) con una fachada de entrantes y salientes muy decorativos.

La cultura de Uruk, que marcó el nacimiento de la civilización urbana sumeria, se difundió ampliamente por toda Mesopotamia, ocupando los anteriores enclaves obeidienses o creando otros nuevos a lo largo de los cursos naturales de agua. Los yacimientos de Eridu, Ur, Lagash y Tell Uqair en el Sur, y los existentes en los valles del Balikh y del Khabur (Tell Brak por ejemplo) hablan muy a las claras de la importancia de este período de verdadera unificación material. Los lugares de nueva planta, levantados en el Norte (Tell Qalinj Aga, no lejos de Er-

bil, Tell Qannas-Habuba-Kabira, Djebel Aruda y Tell Hammam al-Turkman, en Siria), fueron abandonados relativamente pronto sin saber exactamente sus causas; sin embargo, tales enclaves nos han permitido conocer con bastante detalle el urbanismo de la época.

Los poblados y ciudades del período de Uruk solían estar divididos en dos barrios (Uruk también lo había estado así), separados por una calle central, cortada por otras en cuadrícula. Esta disposición ha sido descubierta en Habuba-Kabira, poblado aparecido con motivo de las excavaciones sirias para salvar la arqueología de la zona amenazada por la presa de Tabqa y el lago Asad. Dicho poblado, en realidad una colonia de Uruk, tenía planta rectangular y estaba protegido por una muralla reforzada con torres cuadradas. Una fortificación parecida se detectó también en Grai Resh, al pie del Djebel Sinjar.

Las casas solían ser de ladrillos crudos y tenían por lo común tres habitaciones, junto con un almacén. Bajo las casas se enterraba a los muertos con un rico ajuar en el que no faltaban las piedras semipreciosas y el oro, junto a figurillas zoomorfas o antropomorfas.

En esta fase, la agricultura, la ganadería y la pesca estaban plenamente desarrolladas. El arado era utilizado usualmente y las hoces ya eran de metal. En los establos y apriscos, vacas y ovejas eran criadas para obtener su leche, carne y pieles; el arco y las lanzas con punta de metal eran empleados por los cazadores.

Gracias a los excedentes de producción primaria, el comercio de la fase de Uruk mejoró sensiblemente, arribando a Mesopotamia metales (oro, cobre, plata, plomo), maderas (en especial las coníferas) y piedras de distinta calidad (entre ellas el lapislázuli).

d) *Período de Jemdet Nasr:* Sin solución de continuidad, el período de Uruk se vio sustituido hacia el 3150 por el de Jemdet Nasr que, salvo en la cerámica y en la presencia de una verdadera escultura, era en lo material una prolongación de aquel.

El yacimiento de Jemdet Nasr, próximo a Kish, proporcionó una cerámica más variada y de mejor calidad técnica, conocién-

dose una de tipo corriente, monocroma, y otra fina, decorada con motivos geométricos y naturalistas.

Por lo demás, todos los elementos materiales son idénticos al período de Uruk, si bien más evolucionados. Los templos, elevados sobre plataformas anchas y altas, siguen siendo de planta tripartita, con una nave central y capillas en las laterales. El ejemplar más importante de la etapa de Jemdet Nasr no se construyó, sin embargo, en este yacimiento, sino en Uruk. Se trata del *Templo Blanco*, llamado así por la tonalidad de sus paredes, levantado sobre una alta plataforma de muros inclinados y reforzados con contrafuertes.

También en Tell Uqair se edificaron en esta fase (o quizá en la anterior) dos importantes templos. Uno de ellos era muy parecido al *Templo Blanco* de Uruk, pero interiormente estaba decorado con murales con motivos arquitectónicos, animalísticos y antropomorfos. En Khafadye, durante este período, se produjeron cuatro reconstrucciones en un templo de compleja planta dedicado al dios Luna (Nannar o Zuen) y en Tell Brak se alzó la tercera construcción de otro, denominado *Templo de los Cien Ojos* por los ídolos hallados en él, con los muros decorados con conos de arcilla policromada al estilo de Uruk.

En conexión con la vida religiosa hay que poner la serie de *ídolos-ojo* y *símbolos de cabaña*, encontrados no sólo en Tell Brak, sino en otras diferentes localidades (Jemdet Nasr, Uruk, Tepé Gawra, Grai Resh, Khafadye, etc.). Son de piedra y de terracota, de pequeño tamaño, y su significado permanece sin descifrar, si bien hay que relacionarlos con la nueva concepción antropomórfica que de los dioses se empezaba a gestar.

La glíptica continuó al mismo nivel técnico que la de las fases anteriores, pero los cilindro-sellos se hicieron de mayor tamaño. Sus motivos ornamentales, junto a temas abstractos, permiten conocer detalles de la vida cotidiana (construcción de templos, procesión de barcas, batallas).

La escultura vuelve a manifestarse, retomando la calidad de las obras del lejano período de Samarra. Multitud de objetos menores tallados en bloques de piedra importada presentan relieves con temas muy variados, siempre realistas y bien realizados. De la plástica mayor interesan básicamente tres excepcionales

piezas: un *vaso de alabastro*, de un metro de altura, en el que se representa una procesión con ofrendas a la diosa Inanna; una máscara de mármol conocida como la *Dama de Uruk*; y una estela votiva de basalto con el motivo de la *lucha contra leones*.

A pesar de desconocer el grado de organización social de las ciudades de este período, dirigidas sin ningún género de dudas por el estamento clerical, a deducir de las imponentes construcciones religiosas, y no saber tampoco nada de las residencias palaciales, un edificio localizado en Jemdet Nasr puede aportar algo de luz sobre este particular. Se trata de una gran plataforma (300 × 200 m) sobre la que se descubrió una construcción de adobes crudos, delgados y planos, creído por algunos como uno de los primeros palacios mesopotámicos. Con este edificio se deberían conectar los diferentes cilindro-sellos en los que se representa a un jefe guerrero en el campo de batalla, armado de lanza, y que tal vez fuera elegido por las comunidades para hacer frente a determinados peligros.

Si esto fuera así, nos hallaríamos ante el testimonio más antiguo de la institución monárquica en Sumer, pero dado que entre las ruinas del antedicho edificio se encontró un vaso marcado con una estrella (ideograma sumerio para designar a la divinidad, y leído como *dingir*) hay que pensar en que la construcción albergaría no a un gobernante secular, o jefe guerrero, sino a un representante de la divinidad, al intermediario de los dioses y los hombres o quizás a una persona que reuniría a un tiempo el poder religioso y el poder civil.

En cualquier caso, todo esto ha sido argumentado para sostener que en este período se dieron ya los primeros pasos para la creación de una organización política que de alguna manera contrapesara el poder de los templos y que cristalizaría con la fundación de una liga de ciudades (denominada por algunos historiadores *Liga Kengir*), tal vez dirigida desde Nippur.

El período de Jemdet Nasr, cuyas manifestaciones materiales se detectan perfectamente en la zona sur y central de Mesopotamia, aparece, sin embargo, únicamente en algunas localidades del Norte, consideradas como colonias sumerias, pues el resto de los yacimientos continuaba bajo las influencias del período de Uruk (Tell Brak sería el caso más significativo).

Se asistía así, en esta época, a una disociación cultural entre el Sur y el Norte mesopotámicos, cuya prueba más clara podría ejemplarizarse en Tepé Gawra, que siguió fabricando cerámica de los períodos anteriores, utilizando muy poco el metal y no sirviéndose en absoluto de la escritura, ya muy avanzada (estadio protoliterario) en el Sur, según se ve en las tablillas de Jemdet Nasr, Uruk y Tell Uqair. Se ignoran las causas de esta disociación y el retraso de la penetración cultural sumeria en el Noroeste, en la zona de la futura Asiria.

Como contrapartida, la influencia de lo sumerio no se agotó en el Sur mesopotámico, sino que irradió a diferentes puntos del Irán, Siria, Anatolia, Palestina, Fenicia y Omán, extendiéndose incluso a otras grandes zonas de civilización desarrollada: la llanura de Sindh en la India y el valle del Nilo en Egipto, como han revelado algunos materiales arqueológicos.

El período de Jemdet Nasr se alargó hasta el Dinástico Arcaico sumerio (2900), época ya de las ciudades-Estado y dinastías consolidadas.

El problema sumerio

Para la mayoría de filólogos e historiadores, los sumerios no fueron los primeros habitantes de Mesopotamia. Sin embargo, sí aceptan que la evolución dinámica material y cultural de dicha región, desde al menos el quinto milenio fue motivada por ellos, hasta el extremo de dar origen a la Historia de la Humanidad.

Pero los sumerios, ¿quiénes eran?, ¿de dónde venían?, ¿cuándo llegaron?, ¿fueron acaso autóctonos? Estas preguntas, planteadas ya desde finales del siglo pasado y que han conformado el llamado *problema sumerio*, quieren tener sus respuestas en multitud de teorías, pero todavía los datos arqueológicos, antropológicos y lingüísticos permanecen sin aportar luz a la solución de tal problema.

Respecto a la primera pregunta, se puede decir que la Antropología no ha podido aislar una *raza sumeria*, dado que los cráneos y demás restos óseos hallados son, en su mayoría, de tipos dolicocéfalos mediterráneos y braquicéfalos alpinos a un

tiempo, junto a pequeños testimonios de armenoides. Esa mezcla de tipos no contribuye, evidentemente, a dilucidar a qué raza hubieron de pertenecer.

Tampoco pueden ayudar a la resolución del problema las representaciones plásticas que los propios sumerios hicieron de sí mismos, pues la clara braquicefalia que aparece en sus esculturas es totalmente convencional, al haberse hallado ejemplares tanto en áreas propiamente sumerias como semitas. En cualquier caso, si se aceptasen sus esculturas como testimonio de un tipo sumerio, éste sería muy próximo al *homo Alpinus*, braquicéfalo, de piel morena y de pequeña estatura. En los textos, los sumerios se dieron el nombre de los *cabezas negras* (*sag-gig-ga*), pero esta sinécdoque designaba más bien a la Humanidad en general. Si prescindimos de la posible figura literaria de la expresión y aceptamos su plástica, podríamos ver a los sumerios como una mezcla racial de caucásicos y negroides.

Algunos estudiosos han centrado sus esfuerzos en averiguar la patria originaria de los sumerios. En atención a que su idioma recogía bastantes vocablos (toponímicos, onomásticos, de oficios y objetos) que no eran ni sumerios ni semitas, habría que buscar un origen extramesopotámico y suponer la existencia de un pueblo anterior (¿pueblo x?, ¿pueblo subareo?) en las tierras de Sumer.

La necesidad de fijar el origen en zonas montañosas y ricas en agua y metales venía determinada por varias razones. En primer lugar, por el hecho de que la palabra sumeria *kur* designaba a un tiempo *país* y *montaña*; luego, por justificar las construcciones religiosas y palaciales sumerias sobre elementos elevados en un país totalmente llano; también por advertir la creencia en una serie de divinidades de las montañas (Enlil era calificado como *Kur-gal*, Gran montaña), cosa chocante en una cultura desarrollada en zonas aluviales cercanas al mar. Asimismo, no se explicaba el dominio de la metalurgia por gentes que vivían en un país carente de metales e incluso piedra.

Por estas y otras razones, las hipótesis argumentadas en torno al origen foráneo de los sumerios han sido muy variadas, recogiéndose por los especialistas prácticamente zonas de los cuatro puntos cardinales como posibles lugares de la patria originaria sumeria.

Así, se ha buscado como lugar de origen el Oeste de la India, en base a elementos raciales y lingüísticos (etnias indo-afganas), así como culturales (domesticación de ciertos animales) y arqueológicos (uso del nácar y de las conchas marinas, cilindro-sellos). Desde allí se desplazarían por tierra o por mar al Elam y desde aquí arribarían por tierra o por mar a Mesopotamia.

Otros autores, basándose en elementos arqueológicos (cerámicas lisas sobre todo), creyeron que provendrían de Anatolia, zona también montañosa y abundante en metales. Bajando por el Eufrates habrían arribado finalmente al Sur mesopotámico.

También de las zonas que rodean al Mar Caspio (Cáucaso, Transcaucasia, Turkmenistán, Uzbekistán) se pudieron haber desplazado a Sumer. En aquellas zonas habrían aprendido a cultivar los cereales (el *Mito de Enki y Ninmakh* señala que los dioses practicaron la agricultura en Kharali, en las cercanías del lago Urmia, antes de crear al hombre), a navegar y a dominar las técnicas metalúrgicas, pues eran parajes abundantes en agua y ricos en yacimientos metalíferos. Al propio tiempo el descubrimiento de restos de construcciones con terrazas (muy cercanas en su estructura a las sumerias) en algunos lugares de tales zonas (Altin Tepé en Turkmenistán; Turang Tepé en Gurgan, al Norte de Irán) o ya más alejadas (Mindigak en Afganistán) serían elementos muy a tener en cuenta para postular el origen caucásico sumerio.

Para otros expertos Arabia Saudi pudo haber sido la cuna originaria de los sumerios, pueblo que desde las costas orientales de esta península y por vía marítima (Dilmun) habría arribado al Sur de Mesopotamia e introducido la cultura de El Obeid.

Si no sabemos de dónde venían, tampoco podemos decir cuándo arribaron a las tierras que se llamarían Sumer, *Ki-en-gi-(r)*. Al desconocer el mecanismo de los movimientos de los grupos paleolíticos y neolíticos por el Próximo Oriente, no se puede precisar fecha alguna de penetración en Mesopotamia. Algunos fijan su llegada coincidiendo con el nivel XIV de Uruk, considerado como el momento del nacimiento de la civilización urbana, lo que nos daría, si se acepta esta posibilidad, una fecha en torno al 4500-4000. Otros, la fijan un poco antes, sobre el 4800, haciéndola coincidir con la cultura de El Obeid.

Estas preguntas sin respuesta han hecho derivar el problema hacia la posibilidad de creer que los sumerios tal vez fueron autóctonos, lo que la Arqueología, por otra parte, no ha desmentido categóricamente, al ver una continuidad evolutiva en los restos materiales que nos han llegado.

Si en épocas históricas los sumerios convivieron con otras comunidades lingüísticas (la semita sobre todo) no hay nada extraño en que en milenios anteriores (y nos remontaríamos a la cultura de Samarra) la fusión o contacto íntimo de diferentes comunidades ya existentes (pueblo X, subareo, semita) hubiesen contribuido a originar un estadio presumerio.

Al no poderse rastrear claras etapas migratorias sumerias desde el exterior de Mesopotamia, en contra de las hipótesis formuladas por los que argumentan un origen extramesopotámico, no habría inconveniente (y la Arqueología está más a favor que en contra) en conectar la cultura de Samarra con las de Eridu y Hajji Mohammed, que derivarían luego en la de Uruk, donde ya se detecta documentación escrita en sumerio.

Sin embargo, dado que la llanura aluvial había estado ocupada desde la época precerámica (Choga Bonut) y que el desarrollo de sus aldeas y poblados se produjo sin interferencias hasta la época urbana, según se documenta en algunos enclaves del Oeste de Khuzistán (Sur de Irán), hay que hablar de contactos extramesopotámicos durante el Neolítico, siendo el gran arco de los montes Zagros la vía natural de penetración de gentes que ganaron amplias zonas del Norte de Mesopotamia, así como la llanura aluvial sureña.

De esta manera Samarra (e incluso Jarmo, Hassuna y Halaf) y El Obeid, aunque exponentes de tradiciones distintas, serían manifestaciones más o menos paralelas de una nueva cultura que bajo el nombre de sumeria cristalizaría en el período de Uruk.

Las excavaciones actuales que daneses, ingleses, franceses, belgas y alemanes, además de iraquíes e iraníes, llevan a cabo en zonas del golfo Pérsico (Bahrein, Kuwait, Qatar, Emiratos Arabes Unidos, Arabia Saudi, Omán) y en puntos de la alta Siria, del Sur de Irán e Iraq, quizás en breve plazo habrán de aportar luz al problema de los orígenes sumerios. Al propio tiempo, cuando se conozcan mejor arqueológica e históricamente los en-

claves de Dilmun (costa árabe desde Kuwait a Bahrein), Magán (costa de Omán y Mekran), Melukhkha (valle del Indo) y Aratta (Kurdistán o Azerbaiján iraní), presentes en los textos mitológicos y administrativos sumerios, así como los numerosos *tells* del curso alto del Eufrates; se evaluen en profundidad los yacimientos de la llanura de Deh Luran (Irán) y se hayan vuelto a analizar a fondo los materiales arqueológicos que ya se conocen, indudablemente se podrá centrar el problema y no hacer de él *una vana quimera* como algún autor ha dicho.

BIBLIOGRAFIA

ABU AL-SOOF, B., *Uruk Pottery. Origin and Distribution*, Bagdad, Ministry of Culture and Information, 1985. BARRELET, M. T. (ed.), *L'Archéologie de l'Iraq du début de l'époque néolitique à 333 avant notre ère*. (Actes du Colloque International, n.º 580, 1978), París, Editions du CNRS, 1980. BRAIDWOOD, R. J., et alii., *Prehistoric investigations in Iraqi Kurdistan* (Studies in Ancient Oriental Civilization, 31), Chicago, University of Chicago Press, 1960. CHILDE, V. G., *Nacimiento de las civilizaciones Orientales*, Barcelona, Ed. Península, 1976. FORREST, J. D., *Les Pratiques funéraires en Mésopotamie, du Ve. Millénaire au début du IIIe. Etude de cas*, París, Editions Recherche sur les Civilisations, Mémoire, 19, 1983. HIJARA, I. H., *Tell Halaf Period in Northern Mesopotamia*, Londres, Institute of Archaeology University, 1981. HOURS, F., COPELAND, L., «L'expansion de la civilisation halafienne, une interpretation des sites», *Préhistoire de la Mesopotamie*, París, Editions de CNRS, 1987, pp. 209-220. JASMIN, S. A., *The Ubaid Period in Iraq. Recent excavations in the Hamrin region*. (B.A.R. International Series, 267), Oxford, B.A.R., 1985, 2 vols. JONES, T. *The Sumerian Problem*, Nueva York, John Wiley et Son, 1969. KANTOR, H. J., «Further evidence for early Mesopotamian relations with Egypt», Chicago, JNES, 11, 1952, pp. 239-250. LLOYD, S., *The Archaeology of Mesopotamia*, Londres, Thames and Hudson, 1978. MANZANILLA, L., *La constitución de la sociedad urbana en Mesopotamia*, México, Universidad Nacional Autónoma, 1986. MELLAART, J., *The Neolithic of the Near East*, Londres, Thames and Hudson, 1981. ROUX, G., «Les Sumériens sortaient-ils de la mer?», París, *L'Histoire*, 45, 1982, pp. 46-59. STROMMENGER, E., *Habuba-Kabira. Eine Stadt vor 5000 Jahren*, Mainz am Rhein, Verlag Ph. von Zabern, 1980.

Capítulo II

LA EPOCA DEL DINASTICO ARCAICO

Las dinastías míticas

La larga etapa durante la cual se constituyeron las primeras ciudades y se estructuraron a modo de pequeños Estados independientes (régimen de ciudad-Estado) ha sido denominada de distintas maneras por los especialistas (Epoca Protodinástica, Epoca Presargónica, Epoca Dinástica Arcaica). Con estas denominaciones se intenta enmarcar y rellenar, exclusivamente, el espacio cronológico que va desde el 2900 al 2340, esto es, desde los momentos finales de la cultura de Jemdet Nasr hasta la formación del Imperio semita de Sargón de Akkadé.

Sin embargo, esta etapa que nosotros vamos a denominar Dinástica Arcaica, va precedida en alguna fuente sumeria por una serie de dinastías (cinco o seis), totalmente míticas, que sirvieron a los mitógrafos neosumerios para conectar su Historia propia, que comenzaría tras el cataclismo de un gran desastre (*uru*, el Diluvio), con el origen del mundo y con los dioses.

La *Lista real* sumeria, contenida en el famosísimo Prisma WB, 1923.444 y en sus variantes, y que nos va a servir de constante hilo conductor para la exposición de la Historia sumeria, comienza señalando los orígenes de la realeza de esta manera: *La realeza descendió del cielo; en Eridu estuvo la realeza.* Este dato, recogido en diferentes mitos, remarca sobre todo el *origen divino* del poder, idea aceptada sin la más mínima objeción durante toda la Historia antigua mesopotámica.

Eridu (Tell Abu Sahrain), la ciudad más meridional de las tierras sumerias y la más antigua, fue elegida por los dioses, según la mencionada fuente, para que allí se fijase la realeza (*namlugal*) por primera vez. En dicha ciudad reinaron únicamente dos reyes: Alulim, que gobernó la fabulosa cifra de 28800 años (to-

das las cifras de reinado de los reyes míticos son exageradísimas), y Alalgar que se mantuvo en el poder todavía más tiempo (¡36000!).

Luego, la realeza fue traspasada a la ciudad de Badtibira (Tell al-Medinah), donde gobernaron tres reyes durante 108000 años: Enmenluanna, Enmengalanna y Dumuzi, el pastor (*sipa*), éste, en realidad, el dios titular de la ciudad, según sabemos por los textos.

La realeza pasó después a la ciudad de Larak (Tell al-Wilaya), donde gobernó un sólo rey, Ensipazianna, durante 28800 años. Tras Larak, la ciudad de Sippar (Abu Habba) fue quien alcanzó el poder: un sólo rey ocupó su trono, Enmenduranna, que reinó 21000 años. Este mítico rey fue célebre en la tradición sacerdotal posterior, al ser considerado el iniciador de los ritos cultuales y el revelador de los misterios de los dioses.

Finalmente, la realeza estuvo en Shuruppak (Tell Fara), con una dinastía de un sólo rey, que gobernó 18600 años. Tal rey fue Ubar-Tutu, padre del famoso Ziusudra (¡no incluido en la relación!), personaje éste que a modo del Noé bíblico logró salvarse con toda su familia de la catástrofe de un Diluvio, decretado por los dioses.

Otra variante de la *Lista real* (Prisma WB, 62) habla de seis ciudades antediluvianas y no de cinco, así como de diez reyes y no de ocho. La primera ciudad en tener realeza habría sido Akhaa (o Kua) y no Eridu y la segunda Larsa y no Badtibira. También, junto a otros detalles, modifica el número de reyes de la última ciudad. En Shuruppak reinarían dos reyes y no uno: Sukurlam, hijo de Ubar-Tutu, y Ziusudra, hijo de Sukurlam. Para algunos autores, Sukurlam no es un nombre propio, sino un topónimo que identifican con la propia Shuruppak.

La indicada *Lista*, tras haber citado a las ciudades antediluvianas y haber efectuado la suma total de años de duración de la realeza de esta primera fase (¡241000 ó 456000!, según las variantes) finaliza con estos lacónicos y lapidarios términos: *El Diluvio lo niveló todo.*

El Diluvio universal sumerio

A la etapa mítica que acabamos de ver y de tan larga dura-

ción puso término una terrible inundación (*a-ma-ru*), que arqueológicamente podría datarse en la época de El Obeid, y que por su magnitud quedó grabada en la memoria colectiva de Mesopotamia, de donde pasaría a la Biblia, considerada aquí también como un Diluvio universal enviado por Dios para castigar los pecados de los hombres.

La narración mítica sumeria del Diluvio es sustancialmente igual a la que refieren otros textos asiriobabilónicos y aún la Biblia, todos ellos escritos más tarde. El argumento es, en síntesis, el siguiente: los dioses deciden destruir a la Humanidad a causa de las muchas culpas cometidas por ésta. Sin embargo, un dios, Enki, advierte al rey Ziusudra de Shuruppak de lo que se avecinaba, ordenándole la construcción de una nave para que pudiera salvarse con su familia junto a animales y plantas de todas clases. El Diluvio al fin se produjo y destrozó todo tipo de vida, así como los lugares de culto (las ciudades), convirtiendo a la Humanidad en barro. Después de siete días y siete noches, el Diluvio cesó y Ziusudra pudo salir de la barca. En acción de gracias realizó un sacrificio a los dioses, quienes le hicieron vivir *allende los mares, en el Oriente, en Dilmun.*

Aquella mítica catástrofe, recogida también en la tradición de muchísimos pueblos, puede ser analizada desde presupuestos arqueológicos, religiosos e históricos.

Cuando a comienzos de este siglo se excavó la ciudad de Ur, los arqueólogos encontraron una capa arcillosa de casi cuatro metros de espesor que interrumpía los estratos arqueológicos. Por encima se hallaban restos propiamente sumerios, por debajo elementos materiales de una cultura mezclada, presumeria. Los excavadores no dudaron en considerar que la capa arcillosa, fechable en la primera mitad del cuarto milenio, era la prueba irrefutable del Diluvio bíblico, del Diluvio sobre el que se fundó la historia de Noé.

Poco después, otros investigadores encontraron otras capas de arcilla en Kish (Tell el-Oheimir), fechándolas hacia el 3300, y que consideraron también motivadas por el Diluvio. En Uruk se localizó otra capa de similares características que interrumpía dos estratos de habitación y que se supuso sería la señal de una inundación acaecida sobre el año 2900. En Shuruppak apareció otra

fechada hacia la misma data. Capas de arcilla se detectaron también en Lagash (Tell el-Hiba), en Nínive, en Tell ed-Der...

Al no coincidir las dataciones arqueológicas de todos estos hallazgos diluviales, que no están presentes en otros yacimientos arqueológicos de la zona, se argumentó que pudieron ser debidos a episodios diferentes, con sus propias peculiaridades locales, pero que uno de ellos habría sido de la suficiente magnitud como para originar leyendas épico-religiosas.

No se sabe con exactitud las causas de las inundaciones. Las teorías suponen que el Diluvio fue en realidad un gran desbordamiento de los ríos Eufrates y Tigris o unas grandes lluvias torrenciales e, incluso, un gran maremoto. También podría aceptarse la combinación de varios de estos fenómenos, restringidos a la zona sur de Mesopotamia, sobre una superficie de unos 650 km de largo por 150 de ancho.

Donde mejor se reflejó la historia del Diluvio fue en los textos religiosos (*Diluvio sumerio, Epopeya de Atramkhasis, Poema de Gilgamesh, Relato* de Beroso, *Génesis*), los cuales presentan el mismo asunto, pero con enfoques religiosos totalmente distintos a la hora de analizar el motivo de aquella gran calamidad.

El *Diluvio sumerio* (o ciclo de Ziusudra) quedó recogido en una tablilla localizada en Nippur, escrita hacia el 1600. En este texto se especifica que el Diluvio fue enviado para destruir a la Humanidad. No obstante, se permitió, como vimos, la salvación de Ziusudra («Vida de largos días»), gracias al cual pudo conservarse *la semilla del género humano*.

En la *Epopeya de Atramkhasis*, escrita también hacia el 1600 en acadio, se repite el mismo argumento. En sus tres tablillas se narra la historia de los dioses y la creación del hombre, los deseos fallidos del dios Enlil de terminar con la Humanidad, porque con sus ruidos le impedían dormir (¡!) y, finalmente, el Diluvio. También de este desastre se salva un personaje, Atramkhasis («El sumamente sabio»), ayudado por el dios Enki.

En el *Poema de Gilgamesh*, en su tablilla undécima hallada en Nínive, es donde se narra la más completa versión del Diluvio mesopotámico. En ella, este gran desastre aparece como universal; sin embargo, un personaje, Utnapishtim («El que ha encontrado larga vida»), gracias a las indicaciones del dios Ea

(nombre acadio de Enki), logra salvarse y con él también animales de toda especie.

Beroso, un sacerdote babilonio que vivió en el siglo III, también se hizo eco en su obra *Historia de Babilonia*, escrita en griego, de los primeros reyes así como de la narración del Diluvio, narración que hubo de conocer por fuentes cuneiformes mesopotámicas. Aquí, el nombre del salvado es Xisuthros, helenización sin duda del onomástico Ziusudra.

Finalmente, el *Génesis* (6-9), en una doble versión (yahvista y sacerdotal), recoge la narración del Diluvio, considerado universal. Según esta fuente, el Diluvio fue enviado a la Humanidad por su excesiva corrupción: lujuria, orgullo, violencia. Sin embargo, Dios permitió la salvación de Noé, un patriarca de 60 años, junto con su familia.

La información histórica del acontecimiento diluvial puede seguirse en las escuetas referencias que da la *Lista real* sumeria. De un modo lacónico y sin ningún otro detalle complementario se cita la llegada de un Diluvio que se abatió sobre la tierra (*a-ma-ru ba-ur-ra-ta*) y que puso fin a las primeras dinastías.

No han faltado autores que hayan visto un sentido metafórico a dicha catástrofe, pensando que junto a auténticas y terribles inundaciones ocurridas en el área de Shuruppak, hubo de producirse también hacia el 2900, o quizá antes, una severa derrota militar, provocada por una gran invasión semita.

No es exagerado hacer equivalentes las palabras sumerias *a-ma-ru* «diluvio» y *(a)-mar-ru* «(gente) semita» —en acadio *amurru*— y traducir sin más la palabra *semita* por la de *Diluvio*. Tendríamos así la conversión de un hecho normal, histórico, aunque muy grave (una *invasión* de gente extranjera), en una *inundación* diluvial.

También podría pensarse en una catástrofe real, en un maremoto o en unas lluvias torrenciales fuertes, que podría haber coincidido con una Shuruppak superpoblada y hambrienta y con no pocos problemas sociales (enfrentamiento de sumerios y semitas) que motivarían un levantamiento de la población y tal vez la salida del rey al exilio.

En cualquier caso, los sacerdotes de la ciudad, impresionados por los acontecimientos (inundación y derrota militar o inun-

dación y revueltas sociales), bien pudieron haber elaborado un mito haciendo de su último rey Ziusudra el superviviente de la catástrofe.

Los tiempos históricos

Tras el Diluvio, se inician en Sumer los tiempos históricos, cuyo prólogo lo ocupa la etapa Dinástica Arcaica, de muy complejo contenido.

La *Lista real* se sirve tan sólo de dos líneas para señalar la transición entre las dinastías míticas y el período que inaugura los tiempos históricos y que había significado la vuelta, por segunda vez, de la realeza *desde los cielos* a la tierra.

En tal fuente, sin embargo, ninguna de las ciudades antediluvianas que hemos visto volverá a ser citada. Este hecho hay que buscarlo quizá no en la realidad histórica, sino en la creencia por parte de los escribas, en que tras el Diluvio la Humanidad habría asistido a un nuevo ciclo, en el que las cuatro grandes ciudades de Kish, Ur, Uruk e Isin (en esta se compiló la *Lista real*) habían llevado, ellas solas, las riendas de la monarquía a su máxima expresión.

Este nuevo ciclo de casi un milenio de duración, en el que la monarquía (la declarada oficial) fue ejercida por *diez ciudades* y una *horda*, puede ser dividido a efectos metodológicos en tres grandes períodos (Dinástico Arcaico, Imperio acadio, Renacimiento sumerio), susceptibles, a su vez, de ser subdivididos en subperíodos. Si bien pueden parecer arbitrarios, la clasificación resulta cómoda para la exposición diacrónica de los acontecimientos (que es el enfoque que sigue la *Lista real*), pero que se desarrollaron en no pocas ocasiones de forma totalmente sincrónica.

El período Dinástico Arcaico I: la I dinastía de Kish

Este primer subperíodo de dos siglos de duración (2900-2700) es muy mal conocido, dado que la referencia a reyes y años de

gobierno siguen teniendo un evidente carácter mítico y fabuloso. La cita de que *en Kish estuvo la realeza* por primera vez después del Diluvio es muy interesante, pues significaba que los dioses la elegían entre las demás ciudades en razón a su prestigioso papel religioso y político.

Kish, situada en el centro del país de Akkad (*uri ki*) era una próspera ciudad de alto componente semítico a comienzos del tercer milenio, por lo que hay que entender que sus habitantes (¿serían los causantes de los disturbios sociales que habrían coincidido con las lluvias torrenciales?) ya disputaban a los sumerios la hegemonía de todo el Sur mesopotámico.

La *Lista real* le atribuye 23 reyes que reinaron (y el dato es escrupuloso) 24510 años, tres meses y tres días y medio. Con excepción de sus dos últimos reyes, los demás son, hoy por hoy, totalmente míticos.

El decimotercero fue Etana, el pastor, héroe legendario transportado al cielo por un águila. Reinó 1560 años (ó 1500) y llevó a cabo *la consolidación del país*, dato que alude a una clara política unificadora entre sumerios y semitas.

El penúltimo, llamado Enmebaragesi (o Mebaragesi) y que aparece en la épica sumeria, está documentado históricamente por dos inscripciones halladas en Khafadye (valle del Diyala). Hubo de vivir hacia el 2700 y según la *Lista* combatió victoriosamente contra el Elam. Esta es la referencia más antigua del enfrentamiento entre Mesopotamia y el Elam, potencias que no dejarían de luchar a lo largo de toda su Historia antigua.

También el hijo de Mebaragesi, llamado Agga, tuvo existencia histórica (*ca.* 2650), siendo coetáneo del rey Gilgamesh de Uruk, contra quien combatió sin éxito.

Como detalle curioso hemos de consignar que algunos de los primeros reyes de esta dinastía aparecen nominados con nombres semíticos que son trasposición de sustantivos que designan animales, si se atiende a su literalidad: el nombre del séptimo rey, Kalibum, significa *perro*; el del octavo, Qalumum, *cordero*; el del noveno, Zuqapiq, *escorpión*; el del duodécimo, Arwi'um, *águila* (no se olvide que Etana, su hijo, subió al cielo encima de un águila)... Para explicar el porqué de estos nombres —un caso parecido se produjo en la Historia de Egipto con la onomástica

y títulos oficiales de sus reyes— habría que pensar en la supervivencia en Mesopotamia de un Estado social totémico antiquísimo, en el que los animales serían la representación de los dioses supremos.

Dado que la restauración de la realeza había tenido lugar en Kish, el título de Rey de Kish (*shar kishatu* en acadio) fue tenido siempre en muy alta estima, sobre todo religiosa, titulándose con él reyes de otras ciudades, aunque no gobernasen sobre ella, para dar a entender su soberanía sobre todo Sumer y Akkad.

El Dinástico Arcaico II: la I dinastía de Uruk

Durante este subperíodo (2700-2550) en el que la Arqueología detecta fortificaciones en diversas ciudades y la Historia comienza a sustituir al mito, gobernó oficialmente la I dinastía de Uruk, cuya ciudad alcanzaría la realeza en cinco ocasiones.

La *Lista real* dice en este pasaje: *Kish fue abatida por las armas; la realeza pasó al Eanna*. La referencia textual alude no a la ciudad de Uruk, sino a su magnífico templo (el Eanna) como el receptor de la realeza, dato que está de acorde con la realidad, pues en estas primeras fases era el templo y no el palacio quien controlaba el poder político.

Esta primera dinastía urukita contó con doce reyes, de los cuales unos son míticos, pero otros totalmente históricos, que gobernaron en su conjunto un total de 2310 años.

El primero de ellos fue Meskiaggasher, hijo del dios Utu (el sol), que gobernó 324 años. Le sucedió su hijo Enmerkar, a quien se le atribuye la fundación de Uruk, que debemos interpretar como la reunión en un ente urbano de los dos núcleos de tal ciudad, el Eanna y el Kullab. Con este rey estamos ante una figura histórica, a pesar de que se le otorgaran 420 años de reinado. Por los poemas épicos *Enmerkar y el señor de Aratta* y *Enmerkar y Ensukheshdanna* sabemos de sus luchas contra la ciudad de Aratta, en el Norte de Irán, por razones de acopio de materias primas. Por otro, *Lugalbanda y Enmerkar*, nos enteramos de los problemas que le causaban los semitas martu, que constantemente asolaban el país y que incluso habían llegado a sitiar Uruk.

Tras él gobernó Lugalbanda, el pastor, figura que en clave religiosa era el patrón de las causas perdidas. En el antedicho poema de *Lugalbanda y Enmerkar*, tal rey nos es presentado como vasallo y campeón de Enmerkar; en otro, titulado *Lugalbanda y el monte Khurrum*, totalmente mítico, se nos narra la serie de peripecias que hubo de sufrir durante uno de sus viajes a Aratta.

A Lugalbanda le sucedió Dumuzi, el pescador (*shu-ku*), originario de Ku'ara, figura también mítica, a pesar de que algunos lo crean histórico. Recordemos que en la antediluviana Badtibira otro Dumuzi (pero pastor), había llegado a ser rey.

Tras su gobierno de un siglo ocupó el trono Gilgamesh, figura ya histórica, que vivió hacia el 2650, y sin discusión el rey más importante de Uruk. La tradición le consideró hijo de una diosa (Ninsun, Aruru, Rimat-Belit) y de un *lil-la*, un necio (eufemismo por *humano*), que había sido *en* (gran sacerdote) del barrio religioso de Kullab. Gilgamesh hubo de alcanzar el trono en virtud de sus hazañas y de su carisma personal, instaurando a continuación una monarquía militar que mantuvo durante 126 años (cifra que debe corregirse). Fortificó Uruk con una potente muralla y se dedicó al comercio, el cual le proporcionó grandes riquezas que invirtió en la restauración y construcción de templos (como el Numunburra de Enlil en el Tummal, un distrito de Nippur). Sabemos por un himno real tardío que combatió contra Mebaragesi, y por la epopeya *Gilgamesh y Agga* que lo hizo contra Agga, reyes ambos de Kish según vimos, y a los cuales llegó a derrotar, apoderándose así de aquella ciudad.

Su personalidad, de la que se hacen eco cinco episodios épicos sumerios, se fijaría luego en un gran poema en doce tablillas, copiado constantemente y conocido incluso fuera de Mesopotamia.

Poco después de su muerte pasó a ser considerado como un dios, según testimonian diferentes textos y sobre todo, una *Lista de dioses*, hallada en Shuruppak, del siglo XXVI.

A Gilgamesh le sucedió su hijo Ur-Lugal (o Ur-Nungal), que gobernó 30 años y del cual se conoce la restauración del santuario de la diosa Ninlil en Nippur.

De los seis restantes reyes de esta dinastía únicamente conocemos sus nombres. La duración de sus reinados (entre los 6 y los 36 años) hacen posible su historicidad. El último de ellos fue Lugalkitum.

También a esta época corresponden otros reyes de la I dinastía de Kish no recogidos, sin que sepamos exactamente por qué, en la *Lista real*. Gracias a la inscripción de un vaso conocemos a Ukhub (*ca.* 2570), hijo de un tal Pu-zuzu, que había llevado sus armas más allá del Tigris, contra Khamazi, en el Elam. Por inscripciones halladas en Adab (Tell Bismaya) y en Girsu (Telloh) también sabemos de la existencia de Mesalim, uno de los reyes de los que menos datos se poseen, pero quizá el más importante de toda Mesopotamia en este período, junto a Gilgamesh. Al parecer procedía de Der (Badrah), ciudad cercana a los montes Zagros. Sin que sepamos cómo hacia el 2550 obtuvo la realeza sobre Kish y tan importante hubo de ser su reinado (su palacio en Kish habla de un fuerte poder secular frente al religioso) que incluso llegó a ser requerido por otras dos ciudades-Estado, Lagash y Umma (Tell Giokha) para que interviniera como árbitro en la disputa sostenida por cuestión de fronteras (en realidad, por el control de un curso de agua, el canal Adab, y de su zona cerealícola, llamada Gu'edenna, vitales para las dos ciudades). Por el cono de Enmetena de Lagash, escrito muchos años después, sabemos todo el proceso del contencioso. Según la apreciación de Mesalim y de acuerdo con el oráculo del dios Ishtaran, la razón estaba de parte de Lagash, por lo cual se procedió a delimitar la frontera y fijar una estela a fin de evitar nuevos enfrentamientos. Más tarde, este acuerdo no sería respetado por Umma.

De Mesalim también se conoce una campaña por Siria, en cuyo transcurso atacó a Ebla (Tell Mardikh) a la que destruyó y que era, por aquel entonces, la única potencia en haber podido hacer frente a la ciudad de Kish.

Conocemos asimismo, por distintas y muy breves inscripciones, a otros reyes de Kish, entre ellos a Lugal-Utu (presente también en Mari), a Enna-Il, hijo de A'anzu y a Lugaltarsi (*ca.* 2450). En Uruk, y en esta misma época, gobernó un tal Lugaltar, ignorándose si este personaje puede ser el propio Lugaltarsi de Kish.

El Dinástico Arcaico III

Al igual que para Kish, la *Lista real* expresa lacónicamente el final de la I dinastía de Uruk, señalando: *Uruk fue derrotada por las armas; la realeza pasó a Ur.* Obviamente, desconocemos qué hechos, si es que se llegaron a producir, motivaron el cambio de dinastía y la sustitución de una ciudad por otra.

En cualquier caso, con la nueva dinastía se entraba en una etapa (Dinástico Arcaico III) mucho más evolucionada cultural y materialmente, de dos siglos de duración (2550-2340), y que conoció el gobierno de más de quince dinastías, muchas de ellas contemporáneas entre sí, aunque la *Lista real* omita algunas.

La documentación que se posee para esta etapa es lo suficientemente significativa e inteligible para poder reconstruir la Historia de la misma, caracterizada por la dispersión del poder y la entrada de factores extramesopotámicos (semitas y elamitas).

La I dinastía de Ur: De Ur (Tell Muqqayar), famosa sobre todo por sus tumbas reales, la *Lista* no relaciona a todos sus reyes, pues se fija, y desconocemos el porqué, sólo en cuatro de ellos (Mesannepadda, Meskiagnunna, Elulu, Balulu), que reinaron 177 años (ó 171 según las variantes), lo que arroja una duración media de gobierno de 45 años. Es una duración bastante lógica, muy lejos de las fabulosas cifras de los reinados anteriores.

Sin tener en cuenta a un tal Urpabilsag, conocido por una inscripción, y que hubo de reinar hacia el 2570, la *Lista real* incluye como primer rey de Ur a Mesannepadda, de quien especifica un gobierno todavía de 80 años. Con este rey, que gobernó en realidad unos 40 años (2563-2524) y que supo aprovechar la situación estratégica de Ur, puede decirse que su ciudad-Estado emergió a un primer plano.

Los beneficios del comercio, facilitado por el gran puerto fluvial de Ur, los empleó en la construcción de templos, destacando el Burshushua, levantado en el complejo cultual de Nippur. Logró

también apoderarse de Kish, aprovechando una incursión elamita sobre tal ciudad, lo que le hizo amo prácticamente de todo Sumer.

La influencia de Ur se prolongó durante su reinado más allá de sus fronteras, si tenemos en cuenta el *tesoro de Ur* encontrado en Mari, formado por diferentes objetos, que había regalado tal rey al mariota Gansud (el Ansud de la *Lista real*), en prueba de amistad.

Mesannepadda fue sucedido por su hijo A'annepadda (2523-2484) —la *Lista real*, al estar rota en este pasaje, no lo recoge— según sabemos por diferentes documentos históricos. Durante su reinado, ascendió al trono de la no lejana Lagash como *ensi*, Urnanshe, quien al principio hubo de estar en vasallaje de A'annepadda, rey de quien conocemos la construcción de edificios religiosos.

Fue sucedido por Meshkiagnunna (2483-2448), que reinó 36 años. Un bol fragmentado de calcita y dedicado por su esposa Khesamanu probablemente al dios Nannar (la luna) por la vida del rey, tiene una especial importancia histórica, pues constituye, que sepamos, la más antigua inscripción escrita en acadio hasta ahora conocida. Ello habla bien a las claras de una temprana fusión de elementos culturales sumero-acadios, tras haber superado largas etapas de enfrentamiento.

Meshkiagnunna fue sucedido por Elulu (¿a identificar con otro rey Elili de Ur, conocido por un texto dedicado a Enki?) y luego por Balulu (dos reyes con nombre semita acadio) que mantuvieron el poder, según la *Lista*, 25 y 36 años respectivamente, aunque en realidad hubieron de gobernar mucho menos.

La I dinastía de Ur presenta el enigma de su famosísimo cementerio real, excavado en nuestro siglo (1926-1931) y que proporcionó, como es sabido, magníficas piezas arqueológicas procedentes de dieciséis suntuosas tumbas.

Las pocas inscripciones halladas en tal lugar han permitido conocer hasta doce nombres personales, ocho pertenecientes a hombres y cuatro a mujeres. Entre los primeros están Meskalamdug (*ca.* 2600 ¿2420?), de quien nos ha llegado su celebérrima peluca a modo de casco, trabajada en lámina de oro; Akalamdug (*ca.* 2580 ¿2400?), probablemente su hijo; y otro Meskalamdug, que no hay que confundir con el antes citado.

Los otros cinco nombres masculinos no poseían título real.

De los cuatro nombres de mujeres, dos fueron *nin*, esto es, reinas (¿o sacerdotisas?): Puabi, famosísima por su fastuoso ajuar funerario, y Ninbanda, esposa probablemente primero de Meskalamdug (si aceptamos que este rey fue anterior a los reyes que ha transmitido la *Lista real*) y luego de Mesannepadda, según sabemos por un cilindro-sello de lapislázuli.

El caso de Nippur: La *Lista real* tampoco se ocupa de otras dinastías coetáneas a la de Ur y que tuvieron un importante peso histórico en Sumer. Nos referimos, en concreto, a las de Nippur, Lagash y Umma. Esta subjetividad se ve compensada por el gran número de inscripciones que de esta época nos han llegado.

Nippur (hoy Niffer) presenta un caso único en la Historia de Sumer. Prácticamente, esta ciudad no intervino en las disputas que por la supremacía del país entablaron las más importantes ciudades-Estado, por ser muy pronto considerada capital religiosa de Sumer, la única capaz de dispensar a los *ensi* locales la legitimidad dinástica concedida por la divinidad (*en-lil-la-tu*), gracias a la investidura que facilitaban los sacerdotes de Enlil, la gran divinidad de Nippur y en cierto modo el dios más significativo del país.

Esta ciudad nunca reclamó el control sobre el resto de las ciudades, aunque tampoco lo precisaba, dada su condición de ciudad sagrada, cabeza posiblemente de una anfictionía o de una liga política (*Liga Kengir*), elegida no sólo por radicar allí el culto a Enlil, sino también por su excelente posición geográfica, central entre Lagash y Umma, Ur y Uruk y Eshnunna (Tell Asmar) y Sippar (Abu Habba).

En su inmensa mayoría, los reyes sumerios se proclamaron *elegidos por Enlil* y sabemos que incluso rivalizaban en cuanto a los presentes (*mu-du*) ofrecidos en su magnífico templo Ekur o en las construcciones religiosas que cada vez iban agrandando el área sagrada del mismo.

Unas cuantas inscripciones, muy pocas, nos han transmitido nombres de algunos gobernadores o reyes de Nippur, cuya cronología es muy difícil de fijar. Entre ellos citamos a Nammakh, conocido por la dedicatoria que su esposa Pakalam hizo a Ilar-

kalama; a Urenlil, para quien se solicita larga vida a Ninlil; y a Abzukidu, cuya esposa Akalam pide por su vida a Inanna.

Un tal Nammakhabzu, conocido por una inscripción sobre una copa de piedra, quizá haya que ubicarlo en la época sargónida y no en esta etapa Dinástica Arcaica.

La I dinastía de Lagash: Si bien de Nippur no conocemos prácticamente nada de su desarrollo político, sabemos, en cambio, un poco más de Lagash, ciudad-Estado formada por la asociación de los tres grupos humanos de Nina-Sirara, Girsu y Lagash.

El prestigio de esta potencia, no recogida en la *Lista real*, debe remontarse por lo menos al 2600, aunque estaba sometida a Kish y luego a Ur. El primer gobernante de quien tenemos noticias es de Enkhengal (*ca.* 2570), conocido por un texto administrativo referente a la compra de parcelas y en el cual reclama el título de Rey de Lagash (*lugal shir-bur-la*). Tras él gobernó Lugalsha'engur (*ca.* 2550), durante cuyo mandato Mesalim de Kish construyó en la propia Girsu un templo al dios Ningirsu e intervino, según vimos antes, como árbitro en la disputa entablada entre Lagash y Umma.

Una serie de más de treinta textos hablan de Urnanshe (2494-2465), a quien se puede considerar el verdadero fundador de la I dinastía de Lagash. Este *ensi*, hijo de Gunidu, fue un *homo novus* y hubo de ver cómo su reinado transcurrió al principio en claro vasallaje hacia Ur. Sus recursos políticos le permitieron disfrutar de un gobierno estable, pudiéndose dedicar al comercio, a la vigilancia de la red hidráulica de su ciudad-Estado y, sobre todo, a la construcción y reparación de templos y capillas. Un texto sobre un bloque de piedra recoge los enfrentamientos habidos contra Ur y Umma, en cuyo transcurso Urnanshe logró la captura de importantes oficiales e incluso reyes (entre ellos Pabilgaltuk, el rey de Umma) a quienes dio muerte.

De sus numerosos hijos, muchos de cuyos nombres nos son conocidos, uno de ellos, Akurgal, heredó el trono de Lagash.

De este nuevo *lugal*, Akurgal (2464-2455), apenas sabemos nada. Una única inscripción, grabada sobre la cabeza de un león en piedra, nos ha transmitido la noticia de que construyó el An-

tasura, un templo consagrado a Ningirsu, en las proximidades de Girsu. Durante su reinado se vio obligado a luchar contra el rey Ush (o Gish) de Umma, probablemente el sucesor de Pabilgaltuk, dado que el ummaíta no pagaba el tributo debido a Lagash. Se desconoce el resultado del enfrentamiento, aun cuando es probable que hubiese ganado Umma, ciudad que ocupó parte de la Gu'edenna.

Tras Akurgal, subió al trono Eannatum (2454-2425), su hijo, conocido también con el nombre semita de Lumma. Su reinado, propiciado por Ningirsu según los textos, coincidió con la hegemonía de los nuevos reyes de la II dinastía de Ur, que sí recoge la *Lista real* para este período, hegemonía que pronto se vio alterada por la invasión de tropas elamitas del rey de Khamazi, Khatanish, que lograron apoderarse de Kish.

Esta acción militar provocó otros sucesos en cadena, pues hubieron de movilizarse buen número de ciudades sumerias (Ur, Uruk, Akshakh, Mari) para hacer frente a los invasores. Eannatum, lógicamente, se vio involucrado en estos sucesos e incluso sacó partido de ellos. Fue capaz, entre otras acciones, de expulsar a los elamitas y aún, como dicen sus textos, de destruir su capital, Susa, hasta donde los había perseguido. Luego derrotó a Mari, se apoderó de Umma, de Uruk, de Ur y de Ki-utu, aparte de añadir Kish a su ciudad-Estado, tras expulsar de ésta a Zuzu, un rey de Akshakh, que se había apoderado de ella aprovechando la revuelta situación.

Todas estas acciones militares, que se recogen en sus inscripciones, permiten suponer que Eannatum pudo muy bien haber gobernado sobre todo Sumer. Sin embargo, de lo que mejor estamos informados es del viejo contencioso que Lagash seguía manteniendo con Umma y que no había logrado zanjar el arbitraje de Mesalim.

Ush, el *ensi* de Umma, se resistía a aceptar la frontera marcada desde tiempos anteriores, por lo que no dudó en lanzarse sobre Lagash, según cuentan los textos de Eannatum, con vistas a resolver la situación. Sin embargo, lo más probable es que la reacción de Ush contra Lagash fuese debida a una provocación del todopoderoso Eannatum quien, aprovechando su superioridad, expolió parte del territorio fronterizo que correspondía a

Umma. Como respuesta a esta acción el rey de Umma rompió la estela de Mesalim e invadió el territorio de Lagash.

La victoria de Eannatum, sin embargo, no se hizo esperar. Diezmó a los ummaítas y depositó los cadáveres de 3600 de sus enemigos bajo veinte enormes túmulos funerarios. Los habitantes de Umma, a la vista de este desastre, se rebelaron contra su rey Ush y le mataron. Su sucesor, Enekalle, se vio obligado a firmar la paz con Lagash, fijándose una nueva frontera delimitada por un gran foso y por distintas construcciones religiosas. La estela de Mesalim volvió a reponerse en su lugar.

En recuerdo de estos hechos, Eannatum hizo erigir otra estela, conocida en la Historia como la *Estela de los buitres*, donde en un largo texto, que completa la decoración de las escenas guerreras y religiosas, se narra la victoria de Lagash.

A Eannatum le sucedió su hermano Enannatum I (2424-2405), el cual hubo de enfrentarse contra su vecina Umma que, gobernada ahora por Urlumma, se negaba a pagar el tributo de guerra a Lagash, saqueaba algunas zonas de Girsu y promovía disturbios, anegando el foso fronterizo, quemando las estelas y destruyendo las capillas de los dioses. Ignoramos con qué éxito hubo de combatir Enannatum I, pues la fuente que recoge el episodio está en muy mal estado de conservación en este pasaje.

La actividad del nuevo *ensi* lagashita se centró sobre todo en la fabricación de estatuas a los dioses y en la construcción de diferentes templos, poniendo especial interés en los dedicados a la diosa Inanna, sin preocuparse de los acontecimientos que ocurrían en otras ciudades sumerias, sobre todo en Kish y Nippur, ocupadas sucesivamente por Enshakushanna, *en* de Uruk, y Lugalannedudu, *lugal* de Adab, que se hicieron reconocer soberanos de Sumer (*lugal kalam-ma*).

Su hijo, llamado Enmetena (2404-2375), también se vio sorprendido por el ataque de los de Umma, que no había cejado en reclamar la llanura de la Gu'edenna. El *ensi* logró rechazar el ataque y derrotar a los ummaítas, pues Urlumma se había visto obligado a regresar a su capital al tener noticias de una revolución interna. Allí fue muerto al no poder controlar la situación. Para la historiografía de Lagash estos últimos hechos se desarrollaron de manera muy diferente: Urlumma huyó vergonzo-

samente, tras haber abandonado a sus soldados. Enmetena, en persona, le persiguió y le dio muerte.

Este vacío de poder permitió e Enmetena controlar los asuntos de Umma hasta el extremo de imponer como *ensi* a un sacerdote de Zabalam (hoy Tell Bzekh), llamado Ila, un familiar del asesinado Urlumma.

Enmetena, a fin de mejorar la situación socioeconómica de su país, se dedicó a promulgar una serie de reformas (remisión de deudas públicas y privadas, liberación de esclavos por razón de deudas) que le permitieron consolidar su prestigio. Para evitar problemas con otras ciudades vecinas firmó una serie de tratados de fraternidad, de los que conocemos el pactado con el poderoso Lugalkiginedudu, que controlaba a un tiempo Ur y Uruk, tratado del que han llegado 46 copias y que está considerado como el más antiguo *documento diplomático* de la Humanidad.

A Enmetena le sucedió su hijo Enannatum II (2374-2365), de quien se conoce solamente la restauración de algunos edificios de Girsu. Muy probablemente su oscuro reinado transcurriría entre constantes luchas contra Ila de Umma, el protegido de Lagash. Algunos han supuesto que Ila habría dado muerte al *ensi* lagashita, poniendo así fin a la dinastía de Urnanshe.

Al retirarse de Lagash el rey Ila, un sacerdote llamado Enentarzi (2364-2359) aprovechó la coyuntura para hacerse con el poder. De este *homo novus*, que hubo de utilizar su situación personal en beneficio propio arrebatando tierras al templo, sólo conocemos unos escarceos militares llevados a cabo contra una banda de ladrones elamitas que habían penetrado en el territorio de Lagash.

Su hijo, llamado Lugalandanukhuga (abreviado como Lugalanda), ocupó el trono en el año 2358 con el asentimiento de los sacerdotes. Poco sabemos de los seis años de su reinado, con excepción de las referencias a sus tierras (su esposa Baranamtara fue también una gran terrateniente) y a algunas construcciones que ordenó hacer.

En el 2352 el sector anticlerical promovió un golpe de Estado, del que se desconocen los detalles, que llevó al trono a Uruinimgina (2352-2342), personaje de quien se tiene ya más información.

Sabemos que para legitimar el poder tuvo que realizar diferentes *reformas sociales*, tendentes a lograr sobre todo el apoyo de las capas medias de la población. Dichas *reformas* consistían en restaurar los decretos (*nam-tar*) de los tiempos anteriores para que todo volviera al estado instituido por los dioses al comienzo del mundo.

Cinco *clavos* de arcilla y una placa oval, también de barro, permiten conocer el alcance de las mismas. Uruinimgina ordenó medidas sobre el esquileo de carneros y ovejas, los divorcios, los perfumes y los entierros; exigió la devolución de los bienes que les habían sido arrebatados a los templos (así los sacerdotes no podrían acusarle de impiedad) y ordenaba la supresión de impuestos, el perdón de las deudas y la prohibición de extorsiones, legislando también medidas relativas a la seguridad ciudadana (expulsión de usureros, ladrones y todo tipo de criminales). Uruinimgina castigó severamente la diandría (el que una mujer fuera esposa a la vez de dos hombres, hecho favorecido por las altas tasas a pagar para obtener el divorcio) y prohibió que el poderoso abusase de huérfanos y viudas, fórmula ésta en realidad retórica, pero que sentaría precedente al ser tomada en los Códigos jurídicos posteriores.

Estas reformas, sin embargo, no pudieron impedir que su autor fuera desplazado de Lagash por Lugalzagesi, *el hombre de Umma* (único representante de la III dinastía de Uruk para la *Lista real*), según sabemos por una importante tablilla que nos relata el final de su reinado.

La dinastía de Umma: De todos los acontecimientos históricos en los que pudo intervenir la ciudad-Estado de Umma, cuya dinastía no es recogida por la *Lista real,* el más conocido es, sin duda, el contencioso mantenido con Lagash por la posesión de la Gu'edenna, según hemos visto.

Nada sabemos de sus primeros reyes (los de Lagash los consideraron sólo príncipes), pues apenas nos ha llegado información. Conocemos a un tal Pabilsagi, así como a Pabilgaltuk, que luchó contra Urnanshe de Lagash, pero que fue capturado y muerto por el lagashita, según dijimos. Una cuenta de collar, dedicada a Inanna, recoge el nombre de otro rey de Umma llama-

do Aga, que algunos autores identifican con el hijo de Enmebaragesi de Kish, llamado Agga. Un fragmento de estatua de piedra presenta una inscripción muy estropeada, pero es legible un nuevo nombre real, el de E'abzu.

Si bien no tenemos datos directos de otros dos reyes, Ush y Enkalle, sabemos de su existencia gracias a los textos encontrados en Lagash, y de quienes ya hemos hablado al hacer mención de esta ciudad-Estado.

Del hijo de este último, Urlumma, nos han llegado referencias de la construcción de algunos templos, así como de sus acciones contra Lagash, en épocas de Eannatum y Enannatum I, sin saber exactamente qué resultados alcanzó. En un nuevo enfrentamiento con el sucesor de Enannatum I, Enmetena, Urlumma se vio obligado a huir, tras haber abandonado a sus soldados a su suerte. Finalizó sus días en Umma de modo vergonzoso, pues allí mismo recibió la muerte a manos de Enmetena de Lagash, si hemos de creer las fuentes lagashitas.

Umma se vio así sometida a Lagash, potencia que no dudó en imponer un nuevo rey a sus vecinos derrotados. Enmetena puso como *ensi* al nieto de Urlumma, un sacerdote residente en Girsu, llamado Ila, hijo de un tal Eandamu, y a quien conocemos por un texto. Ila, en cuanto tuvo oportunidad, se sublevó contra Lagash, reclamando no sólo la Gu'edenna sino también otros territorios que Umma había tenido que entregar. En otra acción posterior, algunos autores basándose en el cambio dinástico operado en Lagash en el 2365, suponen que Ila fue capaz de dar muerte a su rival Enannatum II, hijo de Enmetena.

Al desaparecer Ila, su hijo Gishakkidu, casado con Barairnun, una hija de Urlumma, fue el nuevo rey de Umma, pero de este *ensi* no conocemos nada digno de interés histórico.

Tras él y mediante un golpe de Estado, llegó al poder el sacerdote (*lu-makh*) de Nisaba, de origen acadio, llamado U'u (Bubu o Wawa según las lecturas anteriores), sucedido en el 2340 por su hijo Lugalzagesi.

Este personaje pudo, por fin, vengar todas las derrotas que Umma, su ciudad, había recibido de Lagash durante casi 200 años consecutivos. Con toda la violencia de la que fue capaz, justificada por los auspicios favorables de los dioses, incendió la

frontera y los templos de Lagash, cometió crímenes, pillajes y desmanes de todo tipo en templos, capillas y palacios. Finalmente destruyó Lagash, poniendo término al gobierno de Uruinimgina (2342), quien se vio obligado a huir, muriendo en Girsu.

Férreamente dominado Sumer, Lugalzagesi estableció un reino con capital en Uruk que duró 27 años (2342-2316), llegando su prestigio a tal extremo que los redactores de la *Lista real* le otorgaron a él sólo la III dinastía de aquella ciudad.

Durante aquellos años alguno de sus textos señala que las más importantes ciudades del país sobresalían en todo y que disfrutaban de paz gracias a la seguridad que había sabido dar a las rutas que iban desde el Mar Inferior (el golfo Pérsico) hasta el Mar Superior (el Mediterráneo). Esta referencia puede entenderse como una unificación territorial de Mesopotamia; sin embargo, ningún texto da detalles de esta posible unidad política. La realidad hubo de ser que las conquistas de Lugalzagesi, al menos las llevadas por el Norte de Akkad, fueron más bien teóricas, pues ni Kish ni ninguna otra ciudad norteña está enumerada entre las ciudades de las que se tituló rey.

La razón de ese silencio es muy elocuente: los semitas de Akkad, con Sargón al frente, preparaban por entonces sus conquistas. Sería precisamente tal semita quien en el 2316 lograría desplazar de Sumer a Lugalzagesi, desbaratando así su idea imperial.

La dinastía de Awan: Con su fraseología típica, la *Lista real* dice, tras recoger los cuatro reinados de la I dinastía de Ur, que ya vimos anteriormente: *Ur fue sometida por las armas; la realeza pasó a Awan.*

Dado el estado de dicha fuente y de sus variantes, desconocemos los nombres de los reyes que formaron esta dinastía elamita, cuya capital estuvo situada no lejos de Dizful, así como sus años de reinado. El cómputo final habla de tres reyes y un total de 356 años. Los nombres de los dos primeros han desaparecido, pero conocemos parte del tercero, Kul(...), que muy bien podría ser Kurishishak, conocido en el Elam.

Si de la suma total de 356 años, restamos los 36 del último, dato que sí se conoce, tenemos 320 años de gobierno para los

otros dos reyes, con lo cual volvemos a caer en el campo de lo legendario.

La presencia de esta ciudad-Estado en la *Lista real* no debe extrañar, pues el Elam se halló siempre abierto a la influencia de Sumer desde los comienzos de la Edad del Bronce al no existir una barrera geográfica entre ambas áreas. Como contrapartida, los elamitas podían acceder tranquilamente a la llanura mesopotámica, lo que hicieron siempre que se dieron las circunstancias coyunturales.

Su inclusión a finales del Dinástico Arcaico III como la cuarta ciudad de la realeza sumeria después del Diluvio reflejó una realidad histórica: la breve hegemonía elamita sobre el Sur mesopotámico y el desplazamiento del centro del poder a la periferia oriental.

La dinastía de Awan, que habría gobernado hacia el 2500, fue finalmente abatida por las armas y la realeza retornó a tierras sumerias. Tras un período de inestabilidad interna, Awan lograría formar una nueva dinastía —que no se creyó oportuno incluir en la *Lista real*— de hasta doce reyes, fundada por un tal Peli. El octavo, llamado Lukhkhishshan (*ca.* 2300) fue contemporáneo de Sargón de Akkad.

La II dinastía de Kish: Tras ser sometida Awan, la realeza pasó a Kish, gobernada entonces por su segunda dinastía. La misma contó con un total de ocho reyes y tuvo una duración de 3195 años (ó 3792 según las variantes), cifra totalmente fabulosa, que nos recuerda la de las dos primeras dinastías postdiluvianas.

Aparte de los nombres de sus reyes, poco más conocemos de ellos, dada la carencia de fuentes directas. El nombre de su primer rey ha llegado incompleto; el del cuarto, Kalbum, es similar al de otro rey de Kish, pero de su primera dinastía. Del séptimo rey, Enbi-Ishtar, se conoce su lucha contra Enshakushanna de Uruk y su subsiguiente derrota a manos del urukita. Un tal Lugalmu cierra esta II dinastía, prácticamente desconocida en cuanto a su desarrollo histórico.

La dinastía de Khamazi: Sin que sepamos cómo Kish fue abatida por las armas y la realeza pasó a Khamazi. La *Lista real* especifica únicamente un rey para esta dinastía y ciudad-Estado,

llamado Khatanish, al que otorga la absurda cifra de 360 años de gobierno.

Dicha ciudad, que aparece citada en textos de Gasur, la posterior Nuzi (hoy Yorgan Tepé), fechados en la época de Akkad y en la neosumeria, ha sido situada por los especialistas en algún punto de la región montañesa del Este de Kirkuk, cerca de Sulaimaniyah.

La existencia de su único rey presenta problemas de historicidad, pues otro Khatanish (probable abreviación de Khatanish-qabi) aparece también en una Lista de dioses de Nippur, calificado como *udug* (espectro, espíritu) del templo de Enlil. Khatanish, si es que existió ¿fue un rey que pasó a ser considerado un semidiós o un héroe tras su muerte al igual que los antiguos monarcas de Kish o de Uruk? Por estar incluido en un texto de Nippur ¿podría pensarse que habría mandado sobre ella, ciudad legitimadora de la realeza, tan alejada de Khamazi?

En cualquier caso, hacia el 2450, Khatanish al frente de sus tropas atravesó el Tigris y logró apoderarse de Kish, devolviendo así el golpe que un siglo atrás había recibido un antepasado suyo al ser atacado por Ukhub. Poco después, un rey de Akshak expulsaría de Kish a los khamazitas.

La II dinastía de Uruk: Siguiendo la misma estructura diacrónica, la *Lista real* indica que la realeza, tras ser Khamazi destruida por las armas, pasó a Uruk, citada en este pasaje con el nombre de Unug y no con el de Eanna, como se la denominó al ocuparse de su primera dinastía.

Los nombres de los tres reyes que formaron la II dinastía los conocemos por una variante, dado que el Prisma WB con la *Lista real*, presenta aquí un desperfecto. El primero fue Enshakushanna, que gobernó probablemente 30 años. Tras él ocuparon el trono Lugalkiginedudu (con quien Enmetena de Lagash se había visto obligado a firmar un tratado de fraternidad) y su hijo Lugalkisalsi, personajes que fueron capaces de gobernar también en Ur, demostrando así el poderío de esta dinastía.

Del primer rey, Enshakushanna (2432-2403) nos han llegado diferentes textos. Uno de ellos, en el que se titula *lugal kalamma*, lo hace hijo de Elilin (a identificar con Elili o Elulu) de la

I dinastía de Ur. En otros textos se nos dice que destruyó Kish y que capturó a su rey Enbi-Ishtar y también que obligó a un rey de Akshak (se silencia el nombre) a devolver los bienes robados a los dioses. En un texto más, este rey se gloría de dedicar a Enlil de Nippur todos los tesoros que había usurpado en Kish. Estas acciones las pudo llevar a cabo gracias a que había desaparecido el gran Eannatum de Lagash, cuya muerte en el 2425 había sido aprovechada tanto por Uruk y Ur como por Adab y otras ciudades para expansionarse.

Los textos de Lugalkiginedudu (2403-2374) nos permiten conocer alguno de sus hechos. En la inscripción de una vasija se dice que ejerció el señorío en Uruk y la realeza en Ur a un mismo tiempo. En la de otro vaso de piedra, en donde se titula también Rey de Kish, se precisa que había sido Inanna quien le había facilitado el gobierno sobre ambas ciudades.

De su hijo Lugalkisalsi (¿2374-2345?) poseemos unas pocas inscripciones. En una vuelve a recordar que tuvo también a un tiempo la realeza de Uruk y de Ur; en otra, grabada sobre una figurilla de piedra, se señala que construyó un templo a la diosa Nammu.

Gracias a un texto grabado sobre una vasija procedente de Nippur nos ha llegado el nombre de otro rey de Uruk, no recogido en la *Lista real*, llamado Urzage, quien tuvo bajo control a Kish y a Ur. Ignoramos si pudo gobernar antes o después de Enshakushanna.

La II dinastía de Ur: Tras la II dinastía de Uruk, que acabamos de ver, la *Lista real* sitúa a la II de Ur. La realidad es que ambas ciudades habían formado una alianza, sobre todo para oponerse a la política expansionista de Lagash, que practicaron algunos de sus monarcas.

De los cuatro reyes que se asignan a esta II dinastía de Ur, con un total de 116 años de gobierno (aunque la cifra debe ser rebajada), los dos primeros, Lugalkiginedudu y Lugalkisalsi, ya los hemos visto gobernando también sobre Uruk.

Tras el último rey citado ocupó el trono de Ur otro, del cual sólo conocemos la parte final de su nombre, debido a que la variante del Prisma WB se halla también en muy mal estado en

este pasaje. A este desconocido rey le sucedió su hijo Kaku (o Kakug), de quien no sabemos nada. Ignoramos si este *lugal* es el mismo que se reveló contra Rimush (2278-2270), el hijo de Sargón de Akkad, tras encabezar una coalición de ciudades-Estado sumerias contra los semitas acadios.

La dinastía de Adab: Tras ser derrotada Ur por las armas, sigue diciendo la *Lista real*, la realeza pasó a Adab. Lamentablemente, la existencia de una laguna textual en este punto impide saber cuántos reyes gobernaron en esta ciudad y durante cuánto tiempo. Una de sus variantes ha conservado sólo el nombre de un único rey: Lugalannemundu, de quien dice que gobernó 90 años. Por algunos textos sabemos que dicho *lugal* ordenó la construcción del Enamzu, el templo de la diosa Nintu en Adab, y el establecimiento de ofrendas y ritos en el mismo.

Afortunadamente, por otros textos conocemos la existencia de otros reyes de Adab, pero no su cronología, y que muy bien pudieron haber sido registrados en el Prisma. Se trata de Ninkisalsi (*ca.* 2550), quien estuvo sometido al poder de Mesalim de Kish, debiendo tolerar que este rey cumpliera el rito religioso (*burgu*) en el Esara de Adab; Medurba (*ca.* 2500) y Lumma, que dedicaron sendos vasos de piedra la templo Esara; Barakhenidu y Lugaldalu (*ca.* 2500), que ofrecieron también vasijas al antedicho templo; E'iginimpa'e (*ca.* 2450), de quien sabemos que construyó el Emakh; y de Meskigala (*ca.* 2310), que estuvo sometido a Lugalzagesi de Uruk y más tarde a Rimush de Akkad.

La dinastía de Mari: Nuevamente, tras la caída de Adab, la realeza fue trasladada fuera del tradicional núcleo sumerio. En esta ocasión se fijó en Mari (Tell Hariri), situada en el curso del Eufrates medio y cuna de una civilización antiquísima, siempre influida por Sumer.

La *Lista real*, en muy mal estado de conservación también en este pasaje, atribuye seis reyes a esta dinastía, cuyos nombres, excepto el primero, llamado Ansud (leído también como Anbu y Ansub), han desaparecido, y una duración total de gobierno de 136 años.

Del primero, Ansud, no sabemos prácticamente nada, excep-

to que ocupó el trono durante 30 años. De él nos han llegado dos ladrillos con su nombre, localizados no hace muchos años. El segundo rey quizá fuese Lugaltarzi con un reinado probablemente de 17 años. De los otros cuatro, salvo el número de años de reinado, curiosamente todos en la *Lista* con cifras muy redondeadas, no sabemos ni siquiera su nombre.

Diferentes objetos arqueológicos nos han permitido conocer la existencia de otros reyes mariotas, cuyo exacto orden de sucesión en el trono ignoramos. Así, conocemos a Ilshu (¿podría ser el Ansud de la *Lista real*?) gracias a una copa de calcita que dedicó su hija (¿o hijo?) Ninmetabare a una divinidad; también a Ishqimari (leído hasta ahora como Lamgi-Mari), gran vicario de Enlil, que dedicó su estatuilla de piedra a Inanna; y a Iku(n)shamash, vicario también del mismo dios, por cuya vida dedicó su estatuilla a Shamash un tal Arra'il.

Punto y aparte merece Iplulil (leído también Iblu-Il), citado en diferentes estatuas de súbditos suyos que dedicaron a Inanna, y presente también en los textos de Ebla (Tell Mardikh). Por estos últimos sabemos que, aliado a otras ciudades, deseaba apoderarse de Ebla después de haber sometido en Siria importantes enclaves dependientes de aquella potencia. El reinado de Iplulil significó el apogeo de la dinastía de Mari, que entonces llegaba incluso a controlar Assur, si hemos de fiarnos de los textos eblaítas.

A pesar del poderío de Mari, Ebla, gobernada a la sazón por Arennum, atacó a Garaman, avanzadilla de Mari, de la que extrajo un gran botín, como advertencia de que no toleraría el expansionismo mariota por Siria. Poco tiempo después se produjo el enfrentamiento definitivo entre las dos ciudades. Ebla envió a un jefe militar, Enna-Dagan, quien además de recuperar numerosas ciudades y enclaves de los que se había apoderado Iplulil, incluso le llegó a poner en fuga. Capturado Iplulil, fue perdonado y, en un rasgo de magnanimidad, se le dejó como gobernador (no como rey) en la propia Mari, a cambio de pagar un cuantioso tributo de guerra.

Tras la muerte de Iplulil, Ebla envió como gobernador de Mari a un funcionario llamado Nizi, y luego al propio Enna-Dagan, el vencedor de Iplulil. Durante estos dos mandatos a Ebla

arribaron fabulosas cantidades de oro y plata, fruto del pesado tributo que Mari debía pagar a su vencedora.

Después de Enna-Dagan, Mari pudo tener un rey propio, llamado Iku(n)ishar, aunque sin autonomía política, pues estuvo controlado por dos gobernadores eblaítas (Igi e Hidar) que Ebrium, el rey de Ebla, había enviado. Tras el citado rey mariota, aparece Shura-Dumu, un hijo de Ebrium, como gobernador de Mari. La ciudad, en realidad, funcionaba como una provincia de Ebla.

Aún se conocen otros dos reyes de Mari, Iku(n)shamagan y Shalim, cuyos nombres se hallan recogidos en unos cuantos objetos arqueológicos (vasos, estatuillas).

Tras los 136 años de realeza, Mari, y también por las armas, hubo de ceder el mando a otra ciudad-Estado: esta vez a Kish.

La tercera dinastía de Kish: Las fuentes, con su tradicional enfoque diacrónico, difieren acerca del orden exacto en que esta dinastía ejerció la realeza en Sumer. Unas sitúan a la fundadora y única representante de la misma tras la dinastía de Akshak; otras, juntan la III y la IV dinastías de Kish en un todo unitario también después de Akshak; finalmente el Prisma WB, al que seguimos, la coloca antes de aquella potencia y separada de la IV dinastía de Kish.

Como quiera que sea, su mujer —caso único en toda la Historia de Sumer—, para más exactitud una mujer vinatera (*mukurun-na*) llamada Ku-Baba, fue la única componente oficial de la III dinastía de Kish y que hubo de reinar hacia el año 2400.

La indicada fuente menciona que fue *la única que consolidó los fundamentos de Kish*, frase que debe entenderse en el sentido de que dicha reina, cuya forma de acceso al poder es un misterio, organizó las estructuras para la estabilidad política y económica de la ciudad, obsoletas tras alguna etapa de crisis. La realidad es que Ku-Baba, de plena existencia histórica a pesar de que se le asignen cien años de reinado, hubo de compartir el poder con Akshak.

Esta reina es conocida por otros textos. Aparece en una Lista de soberanos postdiluvianos, en donde se explica la etimología de su nombre, y también en un texto adivinatorio, en el cual

un presagio alude a *la mujer Ku-Baba que domina el país.*

La dinastía de Akshak: Kish fue aplastada por las armas y la realeza —dice el Prisma una vez más— pasó a Akshak, ciudad todavía no localizada con certeza, pero que se supone que hubo de estar no lejos de Kish.

La *Lista real* da para ella un gobierno de seis reyes y un total de 99 años. De dichos reyes, salvo el número de años de gobierno de cada uno y sus nombres (Unzi, Undalulu, Ur-ur, Puzur-Nirakh, Ishu-Il, Shu-Sin) no conocemos prácticamente nada.

Curiosamente, la *Lista* no recoge al rey Zuzu, que fue derrotado, como vimos, por Eannatum de Lagash, el autor de la *Estela de los buitres*, siendo así Akshak incorporada al reino lagashita. Tampoco recoge la derrota y el saqueo que el rey de Uruk, Enshakushanna (2432-2403) propinó a un innominado rey de Akshak.

La IV dinastía de Kish: Al igual que para las anteriores dinastías vistas hasta aquí, la causa del cambio de capitalidad para la realeza fueron las armas. Derrotada Akshak por Kish, entonces en su IV dinastía, esta ciudad alcanzó de nuevo el poder sobre todo el país.

Muy pocas cosas se conocen de los siete reyes que la forman y que gobernaron un total de 491 años. El primero de ellos fue Puzur-Sin (nombre semita), hijo de la reina Ku-Baba, y que gobernó 25 años. Su hijo Ur-Zababa, que tuvo como copero (*gashu-du*) a Sargón, el fundador del Imperio de Akkad, reinó 400 años, cifra increíble recogida por la *Lista* y que debe ser rebajada a sólo seis años según un texto.

De los siguientes reyes, salvo sus años de reinado y sus nombres (Simudar, Usiwatar, Ishtar-muti, Ishme-Shamash, Nannia) no sabemos nada, excepto el dato curioso de que el último, Nannia, había sido cantero (*za-dim*).

La III dinastía de Uruk: La dinastía que cierra este subperíodo y en general todo el Dinástico Arcaico fue la III de Uruk, coetánea a la de Lagash. Un solo rey, Lugalzagesi (2342-2318), a quien ya conocemos, forma esta dinastía. Hijo del semita U'u y

oriundo de Umma, de donde fue *ensi*, supo dominar al resto de las ciudades-Estado y proclamarse Rey de Sumer (*lugal kalamma*). Su actividad militar, conocida por los textos grabados en jarros dedicados al dios Enlil, la inició atacando al poderoso Uruinimgina de Lagash, ciudad entonces la más poderosa del Sur mesopotámico.

Una importante tablilla de barro relata dicha caída, tratada como una larga lamentación en donde se enumeran sucesivamente los santuarios que han sido saqueados e incendiados por los hombres de Umma, la vieja rival de Lagash. La tablilla justifica desde un punto de vista religioso la destrucción de Lagash, exonerando de culpas a Uruinimgina y exige futuras responsabilidades contra el profanador.

Lugalzagesi no adoptó, sin embargo, en su amplia titulatura el título de Rey de Lagash como primer componente, sino el de Uruk, a pesar de que Lagash le facilitase la conquista de Uruk, Ur y otras importantes ciudades. Ante la realidad de los hechos, el clero de Nippur le reconoció como Rey y le autorizó a que se llamase Gran Vicario de Enlil (*ensi-gal-en-lil*).

Sus 25 años de gobierno vieron nacer en Sumer la primera unificación territorial, históricamente conocida, aunque, como señalamos en su momento, no nos ha llegado ningún texto con los detalles concretos que nos describiese aquel importante acontecimiento político y administrativo que cerraba, sin lugar a dudas, una gran etapa histórica.

Este personaje fue derrotado junto con sus 50 gobernadores, en su propia capital, Uruk, por el *copero* de Ur-Zababa (segundo rey de la IV dinastía de Kish), llamado Sargón, al que antes se aludió. Lugalzagesi cargado con una argolla al cuello fue expuesto frente al templo de Enlil en Nippur. Sin embargo, pasados unos años fue perdonado y se le permitió volver a Umma, donde fue dejado como gobernador provincial.

BIBLIOGRAFIA

ADAMS, R. McC, *Hearthland of Cities: Surveys of Ancient Settlement and Land use on the Central Flood plain of the Euphrates*, Chicago, University of Chicago

Press, 1981. BOESE, J., «Mesanepada un der Schatz von Mari», Berlín, ZA, 68, 1, 1978, pp. 6-33. CARROUE, F., «Les Villes de l'Etat de Lagash au IIIe. millénaire», Ginebra, *Les Cahiers du CEPOA*, 1, 1983, pp. 97-112. CIVIL, M., «The Sumerian Flood Story», en W. G. Lambert, A. R. Millard, *Atra-Hasis, The Babylonian Story of the Flood*, Oxford, Clarendon Press, 1969, pp. 138-145; 167-172. COOPER, J. S., *Reconstructing History from Ancient Inscriptions: The Lagash-Umma Border Conflict*. (Sources from the Ancient Near East, 2. 1), Malibu, Udena publications, 1983. FINKELSTEIN, J. J., «The Antidiluvian Kings: a University of California Tablet», Cambridge, Mass., JCS, 17, 1963, pp. 39-51. GELB, I. J., «Sumerians and Akkadians in their ethno-lingüistic relationship», Ginebra, *Genava*, 8, 1960, pp. 258-271. HALLO, W. W., «A Sumerian amphictyony», Cambridge, Mass., JCS, 14, 3, 1960, pp. 88-114. JACOBSEN, T., «Early political development in Mesopotamia», Berlín, ZA, 18, 1956, pp. 91-140. JACOBSEN, T., «Primitive Democracy in Ancient Mesopotamia», Chicago, JNES, 2, 1943, pp. 159-172. LAMBERT, M., «La période présargonique. Essai d'une histoire sumérienne», Bagdad, *Sumer*, 8, 1952, pp. 198-216. LIVERANI, M., *L'origine della città (Le prime comunità urbane del Vicino Oriente)*, Roma, Editori Reuniti, 1986. PARROT, A., *Mari, capital fabuleuse*, París, Payot, 1974. PETTINATO, G., «Bollettino militare della campagna di Ebla contro la città di Mari», Roma, OA, 19, 4, 1980, pp. 231-245. POLLOCK, S., «Chronology of the Royal Cemetery of Ur», Londres, *Iraq*, 47, 1985, pp. 129-158.

Capítulo III

EL IMPERIO ACADIO

Sumerios y semitas

El elemento étnico sumerio, arribado en tiempos neolíticos desde algún punto nororiental, fue siempre numéricamente superior en la zona sureña, *Ki-en-gi(r)*, desde Nippur al golfo Pérsico, mientras que más al Norte, *Ki-uri*, desde la propia Nippur hasta la zona del Diyala y aún de Mari, lo fue el conjunto de pueblos semíticos, que de modo continuo durante muchos siglos, se había ido infiltrando en Mesopotamia. Como contrapartida al expansionismo político sumerio hacia el Norte, las gentes semitas se desplazaron hacia el Sur, logrando instalarse de modo definitivo en la región de Kish, en cuyas proximidades fundarían Akkadé.

Mucho se ha argumentado acerca de los contactos entre los dos grandes grupos étnico-lingüísticos y de si hubo o no presión de uno sobre otro. Los hechos hablan de una sociedad mixta, con sus características específicas, en vías de total fusión, que si en época Dinástica Arcaica la iniciativa política y cultural había correspondido a los sumerios, a partir del Imperio acadio la situación iba a cambiar totalmente.

Como quiera que fuese, la constante migración semita de la mitad del tercer milenio logró hacerse con el país de Akkad y desde allí, gracias a una poderosa dinastía, pudo dominar el país de Sumer y en general toda Mesopotamia en una primera fase y durante dos siglos. La existencia, pues, de dos zonas con cultura propia, en proceso de fusión y que terminarían por confundirse, semitizarse, fue una realidad. Muchos años más tarde, Hammurabi de Babilonia diría que reinaba sobre un país que se llamaba *mat Shumerim u Akkadim* (país de Sumer y Akkad).

La dinastía de Akkad

También la *Lista real* sumeria incluye a Akkad como sede de una dinastía que alcanzó el poder por el mismo método que las anteriores, las armas. La indicada fuente dice: *Uruk fue abatida por las armas, la realeza pasó a Akkad*. Tras esta escueta información sobre el fin de la III dinastía de Uruk y el inicio de la de Akkad, se recogen los nombres de los once reyes atribuidos a ésta, encabezados por Sargón, que gobernaron un total de 181 años.

La figura de Sargón de Akkad (2334-2279) adquirió muy pronto carácter de héroe al centrarse en él diferentes leyendas, recogidas más tarde en colecciones de presagios (*omina*) y en diferentes Crónicas. Una muy significativa describe su nacimiento e infancia bajo unas especiales circunstancias que luego se aplicarían a otros personajes de la Historia, *salvados de las aguas* (Moisés, Rómulo y Remo, Khrishna, Perseo, Ciro, Habis).

Según dicha leyenda, Sargón fue hijo de una alta sacerdotisa (*entum*) y de padre desconocido, viniendo al mundo en una ciudad llamada Azupinaru, situada junto al Eufrates. Depositado en una cesta de juncos, fue abandonado a su suerte en las aguas del río, de las que lo rescató un aguador (*naq mê*), llamado Aqqi, quien lo adoptó y lo crió. Siendo jardinero, dice la leyenda, la diosa Ishtar (la Inanna sumeria) se enamoró de él y así le otorgó la realeza que ejerció durante 56 años.

La realidad histórica sólo está clara en un hecho, y éste negativo. Muy difícilmente pudo haber nacido con el nombre de Sargón (*Sharru-kin*, Rey legítimo), el cual habla bien a las claras de su forma de advenimiento al poder. El origen humilde de su padre, que es identificado indistintamente con un tal La'ibum, un cultivador de dátiles (fuentes sumerias), con un jardinero anónimo (*Lista real*), y con una persona desconocida (leyenda acadia reciente), contrasta con el de su madre, una alta sacerdotisa, cuyo nombre no ha llegado. Por otra parte, dada la categoría social de su padre, puede aceptarse que Sargón hubiese sido jardinero en su juventud y que aprendiera el oficio de copero, pues con este cargo aparece en la corte del rey Ur-Zababa de Kish.

Sin que sepamos cómo se rebeló contra su rey, aunque es di-

fácil creer que ocupara inmediatamente Kish tras la derrota o el fallecimiento de Ur-Zababa, pues la *Lista real* situó tras éste a otros seis reyes que gobernaron aún 66 años en la propia Kish. Lo más lógico es pensar que estos reyes, que fueron contemporáneos de Sargón, controlasen Sumer, y que Sargón hubiera de retirarse al Norte, a las zonas de asentamiento semita. Allí dedicó sus primeros años a consolidarse como rey independiente en el área de Akkad, en donde construyó una nueva ciudad junto al Eufrates, Akkadé, todavía no localizada, aunque se busca por los arqueólogos junto a la actual Ishan Mizyad.

Sus primeras conquistas las efectuó fuera de Mesopotamia, en el Oeste y Noroeste. Sus textos dicen que el dios Dagan, ante quien se había postrado en Tuttul (hoy Hit), le concedió el poder sobre toda la zona. Gracias a su disciplinado ejército, Mari, Iarmuti (a orillas del Mediterráneo), Ebla, e incluso el Bosque de los Cedros (Amanus) y la Montaña de plata (Tauro) cayeron bajo su poder. No está suficientemente aclarado si Mari y Ebla fueron o no destruidas por Sargón; lo más probable, sin embargo, es que hubiese exigido fuertes tributos a ambas ciudades y un juramento de vasallaje.

Carácter más novelesco, aunque no imposible, tienen otras leyendas (en especial la del *Rey del combate*) que sitúan a Sargón nada menos que en Anatolia, en el lago Tuz, adonde habría ido a proteger a los mercaderes acadios de los abusos fiscales del rey Nur-dagal de Buruskhanda.

Respecto al Nordeste, Sargón precisó dos campañas para derrotar a los reyes Lukhkhi-ishshan y Kishep-ratep de Awan y Sidgau de la lejana Markhasi (probablemente en el área de Kerman), que habían hecho frente común. Tras saquear diferentes ciudades, que acabaron reconociendo su autoridad, pasó a Susa y desde allí alcanzó el golfo Pérsico, arribando en barco hasta Dilmun, que también conquistó.

Con todas estas posesiones estableció un gran anillo territorial alrededor de Sumer y Akkad, pero sin desafiar todavía a ninguna de las antiguas ciudades-Estado. Fue de ellas de quienes partió el ataque, pues a la insurrección inicial de Kazallu (todavía no localizada, pero en plena zona sumeria) se sumaron todas las demás, aprovechando tal vez la vejez de Sargón. El cabecilla

de estos movimientos era Lugalzagesi de Uruk con quien intentó primero un arreglo amistoso; al fracasar éste, el rey acadio reaccionó enérgicamente, atacando Uruk, desmantelando sus murallas y cogiendo prisionero a Lugalzagesi y a sus cincuenta gobernadores, esto es, a los reyezuelos de las distintas ciudades-Estado sumerias sometidas a Uruk.

Al perder las principales ciudades sumerias (Uruk, Ur, Kish) *el favor de Enlil* (en realidad, al estar derrotadas por las armas), Sargón pudo reinar durante sus últimos años plenamente como Señor de todo Sumer y Akkad, esto es, en calidad de verdadero Rey de la totalidad (*shar kishshati*).

Su largo reinado significó una etapa fundamental en la Historia de Mesopotamia, dado que supo echar las bases estructurales de un Imperio universal (su poder, dicen los textos, alcanzaba desde las tierras del nacimiento del sol hasta las de su ocaso), asentado en un nuevo concepto de sucesión dinástica y de legitimidad divina en una familia real particular.

En esas bases hay que señalar el prudente tacto que empleó para aunar las relaciones entre sumerios (*dumu-gi*) y semitas acadios (*lu-ki-uri*) en sus respectivas áreas geográficas. Para evitar roces creó el doble cargo de alta sacerdotisa (*entum*) del dios Nannar en Ur y del dios Anu en Uruk, invistiendo con tal sacerdocio a su hija Enkheduanna; autorizó como oficial la lengua sumeria junto a la acadia, si bien al final se decantó únicamente por ésta (*lishanum akkaditum*); y mantuvo a los jefes sumerios vencidos como gobernadores en sus ciudades, colocando únicamente acadios en los nuevos enclaves. La economía siguió gravitando en torno a los templos en el área sumeria, sin que se modificase este ancestral control, pero giró sobre el palacio en el área de Akkad, en donde la propiedad privada —frente al colectivismo del Estado sumerio— se desarrolló plenamente.

Sargón fue una figura importantísima, cuyo culmen lo alcanzó al ser divinizado tras su muerte (un texto, sin embargo, habla de un tal *Sharru-kin-ilu*, «Sargón es mi dios», estando todavía vivo Sargón) y pasar así al campo de la teología. Su divinización introducía en Mesopotamia una radical transformación de las concepciones relativas no sólo a la realeza sino también al mundo de los dioses.

Tras Sargón ocupó el trono de Akkad su hijo Rimush (2278-2270), quien hubo de hacer frente a una gran revuelta sumeria, originada al morir el viejo rey acadio y dirigida por el *lugal* de Ur, Kaku, a quien ya vimos al tratar de la II dinastía de aquella ciudad. El nuevo rey la reprimió muy duramente, matando, deportando y haciendo prisioneros (que estableció en un campo de concentración) a miles de sumerios, entre ellos Kukuid (o Kitushid) de Lagash, Kaku de Ur y Asharid de Kazallu.

Tras aquella masacre, y dominada el ansia independentista de Sumer, Rimush pudo dedicar una estatua a Enlil, divinidad que *le acordó su amistad*. Esto es, el clero de Nippur, visto el baño de sangre y las duras represalias, hubo de capitular ante el acadio y reconocerle Rey de Sumer.

Los elamitas aprovecharon también la coyuntura y se sublevaron durante el tercer año del reinado de Rimush, quien se vio obligado a acudir personalmente a Markhashi y desafiar a su rey Abalgamash, que fue finalmente derrotado. Antes de regresar a Akkadé, aún derrotó a otras ciudades elamitas, causando también muchas bajas y miles de prisioneros. Otra nueva estatua fue dedicada a Enlil, a quien entregó, como acción de gracias, un rico botín (30 minas de oro, 3600 de cobre y doce esclavos, además de vasijas y mazas de piedra).

Por sus tablillas de arcilla sabemos que Rimush controló todo el país, si bien a base de continuas luchas. Tras gobernar nueve años fue muerto en el transcurso de una revolución palaciega, tal vez a consecuencia de los golpes propiciados por los cilindros-sellos (*kunukku*) de sus servidores, de las gentes de su palacio (*mari ekallishu*), si hemos de hacer caso al texto de un presagio.

A la muerte de Rimush, su hermano gemelo (¿o mayor?) Manishtushu (2269-2255) ocupó el trono de Akkad, junto con las tradicionales titulaturas de la realeza. Los sumerios, no recuperados de las derrotas que anteriormente Rimush les había infligido, se hallaban sometidos, por lo que no crearon ningún tipo de problemas o al menos no se conocen. No ocurrió lo mismo en el altiplano iránico, contra el cual hubo de partir el rey para hacer frente a una revuelta originada en Anshan (junto a la actual Shiraz) y a la cual se había unido la ciudad de Sherikhum (junto a Bushir). Manishtushu resolvió la situación con-

tundentemente, quedando aquella zona elamita otra vez sometida.

Tras esta campaña, el rey acadio emprendió una expedición marítima en búsqueda de todo tipo de minerales a través del golfo Pérsico. Los textos dicen que durante la misma hizo frente de modo victorioso a 32 ciudades que se habían sublevado y de las cuales sacó un fabuloso botín, consistente en plata y *piedras negras* (diorita), que hizo llevar al muelle fluvial de Akkadé.

Como acción de gracias por sus victorias, Manishtushu hizo fabricar una estatua suya que dedicó a Enlil en Nippur. Por una inscripción hallada en Assur sabemos que fundó un templo en Nínive, dedicado a Ishtar, lo que demuestra también su presencia por la región norteña de Subartu.

En Susa se hallaron diferentes estatuas y un obelisco de este rey acadio, provenientes de Eshnunna y de Akkadé y que habían sido transportadas a aquella ciudad elamita en el siglo XII por Shutruknakhkhunte, verdadero coleccionista de antigüedades.

Sobresale por su interés, sobre todo, el obelisco, un bloque de diorita tallado en forma de pirámide y cubierto con el texto de una carta de donación de tierras a sus leales, tierra que el rey había adquirido a un grupo de ocho vendedores.

Manishtushu, lo mismo que su hermano, murió también asesinado en el transcurso de una conjura de palacio tras quince años de gobierno, en los que su meta fue mantener la unidad del Imperio creado por su padre.

A Manishtushu le sucedió en circunstancias poco claras su hijo Naram-Sin (2254-2218), cuyo reinado de 37 años (algunas variantes de la *Lista real* le asignan 56) transcurrió prácticamente en medio de constantes luchas (en algunos textos se autointitula *el vencedor de nueve batallas en un año*), tanto en el interior de su Imperio como en la periferia del mismo.

El carácter literario de la mayoría de las fuentes que se ocupan de este rey y la escasez de inscripciones y monumentos contemporáneos dificultan ordenar y evaluar los acontecimientos de su agitado reinado que, sin embargo, constituyó el más brillante período de todos los del Imperio acadio.

Por el Oeste saqueó Armanum (quizás Aleppo) y conquistó

Ebla; luego pasó a Ulisum en la costa mediterránea, plaza que también sometió. Tras alcanzar otras poblaciones del Eufrates sirio, llegó al Amanus, a la Montaña de los Cedros. En base a estas conquistas es posible aceptar históricamente un texto hitita de la mitad del segundo milenio, y relacionado con la *Leyenda de Naram-Sin*, en el que se narra la victoriosa campaña de dicho rey contra otros 17, entre ellos Khuwaruwa de Amurru, Madakina de Armanum, Pamba de Khatti y Zipani de Kanish, en Capadocia.

Hacia el Norte llevó sus armas contra los hurritas, según sabemos por una estela de basalto con la efigie de Naram-Sin, encontrada en Pir Hussaim (cerca de Diyar Bakr). Recuerdo de su paso por estas zonas norteñas fue la construcción de un palacio en Tell Brak, en el Valle del Khabur, enclave que funcionó como centro de control de impuestos y tributos de la zona.

Naram-Sin hubo de resolver problemas fronterizos en la zona Nordeste, motivados por los lullubi y los uman-manda, pueblos montañeses, creídos incivilizados y sin temor a los dioses, quienes amenazaban con sus rapiñas e incursiones la estabilidad del Imperio.

Según sabemos por la escultura rupestre de Darban-i-Gawr (al Sur de Sulaimaniyah) y sobre todo por su famosa *Estela de la victoria*, logró derrotar totalmente a los lullubi, a cuyo rey (jefe de Sidur y de Satin), sin embargo, le perdonó la vida.

En la *Leyenda del Rey de Kutha*, de época paleobabilónica y conocida por varias copias neoasirias, se recoge la victoria que, gracias a la ayuda de los dioses, posibilitó a Naram-Sin rechazar a los uman-manda, hordas de guerreros *con cara de cuervo*, mandados por siete reyes hermanos, hijos de Anubanini (a quien una estela lo hace, por otro lado, rey de los lullubi).

Por el Este Naram-Sin tuvo problemas graves, aunque logró solventarlos mediante un pacto con Khita, uno de los últimos reyes de la primera dinastía de Awan, según sabemos por una tablilla, muy fragmentada, escrita en elamita y que recoge el largo tratado. También hizo lo mismo, probablemente, con su sucesor Puzur-Inshushinak (en elamita Kutik-Inshushinak).

Otro texto histórico-literario incompleto, conocido como *La gran rebelión*, recoge la lucha contra una coalición de reyes ene-

migos, de distintas ciudades sumerias y acadias, encabezadas por Ipkhur-Kish de Kish. Si aceptásemos esta referencia como plenamente histórica, estaríamos de hecho ante una sublevación general del Imperio contra Naram-Sin. La realidad es que dicho rey hubo de luchar contra gran parte de aquellos reyes, pero en distintas épocas de su reinado y no al comienzo, como quiere el citado texto.

Sus numerosas victorias le hicieron ampliar su titulatura —quizás fuese ésta la mayor innovación— arrogándose a los títulos tradicionales, el de Rey de las cuatro zonas (*Shar kibratim arbaim*), con un claro significado imperialista, titulatura que asumirían después los reyes mesopotámicos que aspirasen al dominio universal. Hacia el final de su reinado, a su lista de títulos añadió el de *dannu*, «fuerte», y que vino a equivaler a Grande, epíteto muy apetecido por los gobernadores posteriores.

Su megalomanía incluso le hizo autointitularse dios de Akkad (*il A-ka-de*), según recogen algunas inscripciones. En sus textos hizo preceder su nombre casi siempre con el ideograma *ilu* (en sumerio *dingir*), «divino», tal vez por exigencias de la concepción imperial acadia que reclamaba una ligazón espiritual fuerte como base fundamental de la unidad política. Esta práctica de la divinización aplicada al soberano evolucionó rápidamente hasta finalizar en el culto al gobernador viviente, y también al de los reyes fallecidos, en torno a una estatua.

En asuntos de política interior, Naram-Sin institucionalizó las reformas que Sargón había implantado. Al igual que Enkheduanna había sido suprema sacerdotisa en Ur, su hija Enmenanna llegó a desempeñar idéntico cargo en tal localidad, en los cultos dedicados al dios Nannar (Sin en acadio). Asimismo, situó en importantes puestos religiosos o civiles al resto de su numerosa progenie (Lipit-Ishtar gobernador de Mari; Nabi-Ulmash gobernador de Tutu; Sumshani gran sacerdotisa de Shamash en Mari; Tudanashpum sacerdotisa en Nippur, etcétera).

Aunque Sargón introdujo, al parecer, hacia el final de su reinado la datación oficial de las fechas mediante un *nombre* que designase el recuerdo de algún hecho importante del año anterior (sistema conocido por otra parte ya en Lagash), fue a Naram-Sin a quien se debió la puesta en práctica de este modo de cómputo.

Una larga tradición describe a Naram-Sin como el perfecto modelo del rey desgraciado que fracasó al final de sus días. Su caída, según esta tradición, fue provocada por su propio sacrilegio: en la versión sumeria (*La maldición de Akkad*) contra el dios Enlil en Nippur; en la versión acadia, mucho más moderna (*Crónica Weidner*), contra el dios Marduk en Babilonia.

Ambas versiones coinciden en identificar el instrumento de castigo divino con los qutu (pueblo bárbaro de las montañas). Sin embargo, este grupo étnico no aparecería en los textos contemporáneos hasta la época de su sucesor, Sharkalisharri, y este rey, que se sepa, conservó el Imperio, al menos nominalmente, durante todo su reinado. Hay que concluir, pues, que la tradición presentaba flagrantes anacronismos.

A Naram-Sin le sucedió uno de sus hijos, Sharkalisharri (2217-2193), cuyo reinado según la *Lista real* fue de 25 años (otras variantes dan 24), durante los cuales se inicia la decadencia del Imperio acadio.

El nuevo rey, que había actuado como príncipe de Nippur durante el gobierno de su padre, hubo de ver la independencia del Elam, cuyo rey Puzur-Inshushinak, tras desaparecer Naram-Sin, tuvo la osadía de invadir la propia Akkad, de la que pudo ser apartado a costa de muchos esfuerzos. Puzur-Inshushinak, ya en su país, pudo titularse no sólo Rey de Awan, sino también Rey de las cuatro regiones, con un claro deseo de disputar el poder imperial frente a Akkad.

Sharkalisharri hubo de hacer frente por el Occidente de sus fronteras a un nuevo peligro, los amorreos o martu, pueblo semita, todavía seminómada, que aparece ahora por vez primera en la Historia y que, a la caída definitiva de Sumer, llegaría a jugar un importantísimo papel. A pesar de haberles vencido en la montaña de Basar (Djebel al-Bishri), lo cierto es que los amorreos lograron adueñarse de toda la zona Noroeste del Imperio acadio.

Asimismo, se vio obligado a combatir por dos veces a los qutu, el pueblo montañés antes citado, y a pesar de que Sharkalisharri diga en sus textos que venció a su rey Sarlagab (o Sarlag), tercer sucesor de Erridupizir, la realidad es que no pudo hacerle frente, viéndose obligado a retirarse al interior de sus fron-

teras acadias, prácticamente al primitivo solar de Akkad, dejando el resto abandonado a los qutu.

También Uruk se sublevó, con lo cual el país de Sumer se sumaba al estado general de insurrección, dado que sus ciudades-Estado deseaban mucho más volver a sus pequeñas unidades políticas independientes que a formar parte de un proyecto imperial.

La titulatura de Sharkalisharri reflejó la realidad de los hechos. Ya no se titula Rey de las cuatro zonas, sino simplemente Rey de Akkad (*shar A-ka-de*, o *lugal A-ka-de*), como vemos en algunas de sus inscripciones menores (maza de armas dedicada en Sippar al dios Shamash, sello del gobernador de Lagash, Lugal-Ushumgal, sello del escriba Ibni-Sharrum, etcétera). En un bol de bronce, sin embargo, sigue proclamándose *dios del país de Akkad*. Su procupación religiosa por el santuario de Enlil en Nippur, del que también se había preocupado Naram-Sin, le llevó a continuar los trabajos de restauración del indicado santuario, para lo cual hizo arribar a tal ciudad nada menos que 300 kg. de oro, 900 kg. de plata y más de 600 toneladas de cobre.

Sharkalisharri pudo mantenerse en el poder hasta el 2139. De hecho, siempre estuvo, sin embargo, pendiente de los qutu, cuya presencia y actos de pillaje provocaban la inseguridad en el país, según deja ver la documentación del archivo de un dominio real acadio en el área de Umma-Lagash (carta de Ishkun-Dagan a Lugal-ra, ambos funcionarios).

Sin que se sepan las razones —y de acuerdo con la tradición de los *omina*—, Sharkalisharri, al igual que Rimush y Manishtushu, fue muerto por los golpes de las tablillas de arcilla en el transcurso de una conjura palaciega. Ignoramos en qué situación quedaría su hijo Sharaddiqubbisin (creído por algunos como un rey qutu o un rey de Uru-sagriga) y que lógicamente aspiraría al trono de Akkad.

Los años de anarquía: los seis epígonos

A la muerte de Sharkalisharri, el país quedó un poco a su suerte. La anarquía se apoderó durante tres años de Akkad, años

que coincidieron con el asentamiento de los qutu por amplias zonas del Norte y su infiltración posterior por toda Mesopotamia.

Al no existir documentación histórica para llenar este período de tiempo, hemos a acudir a la escueta *Lista real* en busca de información. Esta fuente señala, no sin preocupación, al aludir a estos momentos: *¿Quién fue rey? ¿Quién no fue rey?* Estos mismos interrogantes los aplica a continuación a los cuatro aspirantes al trono: *¿Era rey Igigi (o Irgigi)? ¿Era rey Nanum (o Nani)? ¿Era rey Imi? ¿Era rey Elulu (o Ilulu)?* Con un tono no exento de admiración, finaliza: *¡Su tétrada era rey y reinó tres años!*

Muy poco, como se ha dicho, sabemos de estos años y de los cuatro reyes aspirantes al trono, que en todo momento se habrían opuesto a las legítimas reclamaciones del hijo de Sharkalisharri, Sharaddiqubbisin, gobernador de Kish.

Las pocas citas existentes, sin la más mínima relevancia histórica, se refieren únicamente a Elulu (escrito LI-lu-ul), que hubo de contar muy probablemente con la ayuda de los qutu —él mismo fue tal vez de este pueblo, pues en la relación de sus reyes aparece un Elulumesh— y que le permitirían titularse *el fuerte, el Rey de Akkad* (*Kala lugal A-ka-de*), según sabemos por las inscripciones de una daga de cobre, descubierta en el Diyala, y algunos cuencos de bronce.

Quien pudo finalmente hacerse con el poder y, en cierta manera, asegurar un tanto el orden en Akkad, e incluso recuperar momentáneamente la parte Norte de Sumer, fue un tal Dudu (2189-2169), de quien conocemos algunas inscripciones, en las que se titula también *el fuerte, el Rey de Akkad*. Sus 21 años de gobierno le permitieron dar cierta estabilidad política al país. Una fecha, o *nombre de año*, escrita sobre una tablilla, menciona una campaña contra Umma y quizás otra contra el Elam, lo que habla de problemas internos y amenazas externas.

A Dudu le sucedió su hijo Shu-Durul (o Shu-Turul o Shunaran) que gobernó durante quince años (2168-2154). Conocemos muy pocos datos de este rey, que llevó idéntica titulatura que su padre; pero, por algunos de sus textos y sobre todo por los sellos de sus muchos servidores, se sabe que dominó la franja comprendida entre Kish y Tutub (Khafadye). Su reinado coin-

cidió con la desaparición política del Imperio de Akkad, a la cual contribuyeron muy directamente las ciudades sumerias, que dirigidas por el clero de Nippur, reacio siempre a la imposición de reyes foráneos, y por las armas de Uruk, acabaron por solicitar la ayuda de los qutu, los cuales lanzándose contra Akkadé, lograron conquistarla.

De esta manera, por las armas —y aquí coincide la realidad histórica con la *Lista real*—, se puso fin a los once reyes acadios.

La caída de Akkadé

Como se dijo al hablar de Naram-Sin, un texto literario neosumerio, *La maldición de Akkadé*, atribuyó la destrucción del Imperio acadio a los qutu, a causa de la impiedad de dicho rey al profanar el templo de Enlil en Nippur, acción que había llevado a cabo al no transmitir tal divinidad los presagios favorables para construir un templo a Ishtar (Inanna) en Akkadé.

Este texto, que eleva la cólera divina a categoría histórica, fue el primero en incluir en la Literatura a los qutu como los causantes de la caída del Imperio, gente que *innumerable como los saltamontes cubrieron la tierra*, destrozando todo a su paso, desorganizando la economía y arruinando el país.

Diferentes historiadores lo han analizado, intentando averiguar cuáles de los acontecimientos narrados tuvieron autenticidad histórica y si lo dicho fue realmente la causa de la destrucción del Imperio acadio. Las preguntas que se podrían formular se pueden resumir en tres: ¿El Ekur, el templo de Enlil en Nippur, fue destruido por Naram-Sin? ¿Se construyó un templo en Akkadé a la diosa Ishtar? ¿Akkadé fue destruida totalmente por los qutu?

El manejo de las fuentes, de muy variada índole, ha venido a dar respuesta a las tres grandes cuestiones antes formuladas. Respondiendo a la primera, se sabe que Nippur se sublevó con su rey Amar-Enlila, formando parte de una coalición, contra el rey acadio. Es muy posible que las tropas de Naram-Sin, al hacer frente a dicha ciudad, saquearan y profanaran el templo de Enlil. Sin embargo, y esto contradice ese posible sacrilegio, sa-

bemos que Naram-Sin fue un devoto seguidor de Enlil, a quien incluso le había reconstruido el propio templo Ekur, según testimonia el texto con el *nombre* de un año de reinado. Más tarde, durante el Imperio de Ur III, en la propia ciudad de Nippur las gentes rindieron culto religioso a las estatuas de Sargón y de Naram-Sin. Si este rey hubiese destruido el Ekur, sería muy extraño que las gentes de Nippur le hubiesen tributado culto.

A la segunda pregunta, respondemos afirmativamente, si bien con ciertas reservas. En Akkad existió un templo a la diosa Ishtar, según sabemos por otra fórmula de año de reinado, aunque, lamentablemente, se ignora qué rey lo ordenó edificar y en qué lugar concreto se construyó.

La respuesta a la tercera cuestión no coincide con el texto de *La maldición de Akkadé*. Akkadé no fue destruida totalmente, pues esta ciudad contó con unos cuantos reyes acadios después de Naram-Sin. Es más, subsistió aún muchos siglos, siendo abandonada en la época del aqueménida Jerjes I (485-465).

Por lo anteriormente indicado, la realidad histórica no coincidió con lo narrado en el texto de la *Maldición*, lo que quiere decir que los acontecimientos fueron otros muy distintos o que al menos fueron tergiversados. En cualquier caso, la caída del Imperio acadio habría sido motivada sobre todo por razones religiosas a las que se unieron circunstancias coyunturales (reformas políticas, presión fiscal, pueblos periféricos en movimiento). Bien sea por una reacción del clero de Nippur contra Akkadé al ver cómo su dios nacional Enlil perdía prestigio frente a Inanna-Ishtar, bien sea por la reforma llevada a cabo por el propio Naram-Sin en favor del dios Sin de Ur, el clero sumerio reaccionó violentamente y aprovechando las incursiones de diferentes pueblos se alzó en armas, reclamando la independencia de sus ciudades.

A la caída del Imperio de Akkad contribuyeron, si hemos de hacer caso a los textos, los qutu, pero no fueron el factor tan decisivo como las mismas fuentes parecen reflejar. Es improbable que estas gentes montañesas, *pueblo que no tolera control alguno, cuyo entendimiento es el del hombre, pero cuyo aspecto y lenguaje balbuciente son los de un perro*, tuvieran tanto poder como para destruir desde sus bases la organización imperial acadia.

Indudablemente, otras gentes y otros factores coyunturales, como se dijo, contribuyeron a la caída de Akkadé en tiempos de Shu-Durul. Entre esas otras gentes hay que señalar a los elamitas, enemigos irreductibles a pesar de las campañas desarrolladas en su área por los reyes acadios. También los lullubi, gente situada todavía más al Norte y en constante guerra con las ciudades de la llanura que devastaban periódicamente, tuvieron su peso específico. A éstos habría que añadir los hurritas que desde los tiempos presargónicos presionaban las fronteras de Mesopotamia y a los cuales los acadios habían tenido que asediar en el Khabur según se desprende de algunos textos (documento fundacional de Tishatal, *edan* (¿rey?) de Urkish; sello de Tishatal, rey de Karakhar; tablilla de Ari-Shen, rey de Urkish y de Nawar).

Mientras todos estos pueblos incrementaban sus asaltos a lo largo de la frontera Nororiental, la frontera opuesta mostraba también otra persistente presión, la de los amorreos, centrada en la montaña de Bassar, donde Sharkalisharri había trabado combate contra ellos, y la de los umman-manda, de los que no sabemos prácticamente nada (¿creación literaria para describir una invasión contra Naram-Sin? ¿indoeuropeos de Anatolia en proceso de movimiento hacia el valle del Indo?).

Los movimientos de estos pueblos, unidos al malestar general de las ciudades sumerias, causado por las reformas acadias y por problemas religiosos que provocaron levantamientos independentistas (caso de Uruk con su IV dinastía) motivaron la definitiva caída del Imperio acadio.

La Arqueología nos habla de destrucciones para esta época, mucho más acusadas en el Norte que en el Sur mesopotámicos. En Assur, el gran templo de Ishtar fue destruido; en Tell Brak lo fueron los palacios. Sippar, Umma y Uruk conocieron grandes destrucciones...

La IV dinastía de Uruk

La caída de Akkadé (*sakluqti Akkade*), que tanto eco tuvo en leyendas, y en textos de adivinación y astrológicos, posibilitó la vuelta de reyes sumerios a sus propias ciudades-Estado. Las

consecuencias políticas, sociales y económicas que originaba la vuelta al sistema de organización cantonal hubieron de ser compatibilizadas con la presencia de gentes qutu, establecidas prácticamente por todo el país.

La *Lista real*, que nos sigue sirviendo de hilo conductor, y que no especifica qué pueblo o dinastía fue la causante de la desaparición de la dinastía de Akkadé, indica que tras ser esta ciudad y dinastía destruidas por las armas, *la realeza fue traspasada a Uruk*, en donde gobernaron cinco reyes, pertenecientes a su IV dinastía, durante un período de 30 años (otras variantes dan 26).

A pesar de conocerse el nombre de sus reyes, sabemos muy pocas cosas de la actuación de los mismos. Ur-nigina (2153-2147), el primero de ellos, y que gobernó localmente en Uruk durante los últimos años de Sharkalisharri, participó en las revueltas sumerias contra los acadios, especialmente en la gran coalición contra Naram-Sin.

De su hijo, Ur-gigira, que gobernó seis años (2146-2141), se conocen dos inscripciones de poca significación histórica. Y nada se sabe de los siguientes: Kudda reinó seis años; Puzur-ili, cinco, y Ur-Utu, seis.

En algunas variantes de la *Lista* se omiten incluso los nombres de Kudda y Puzur-ili; en otras el nombre de Ur-Utu es sustituido por el de Lugalmelam.

La dinastía qutu

Tras la IV dinastía de Uruk, la *Lista real* sitúa al frente de Sumer a la *horda de los qutu*, a la que adjudica una dinastía formada por 21 reyes y un gobierno de 91 años y 40 días (o de 124-125 años con los 40 días, según otras variantes).

La realidad es que de este pueblo, llamado en algunos textos *la serpiente, el escorpión de las montañas*, han llegado muy pocos datos para poder averiguar de qué modo ocuparon Mesopotamia, qué extensión geográfica abarcaron, cuánto tiempo permanecieron en el poder (la duración que otorga la *Lista* es sólo aproximada) y quiénes fueron y cómo actuaron sus reyes.

Las pocas respuestas que podemos dar a estas preguntas en el estado actual de conocimientos motivan que la etapa qutu sea una de las más oscuras de toda la Historia sumeria.

En realidad, la primera cuestión sería la de averiguar quiénes fueron realmente estos qutu, vecinos de los lullubi. Sólo sabemos que fueron los habitantes de una zona montañosa, denominada de diferentes formas según las fuentes (Kutiim, Gutium, Kutuum, Guti, Kuti, Qutu, Qudu, etcétera) y cuya exacta ubicación geográfica no está muy claramente definida, aunque se deba buscar por el curso alto del Zab Superior, en la zona del actual Kurdistán.

Una vez establecidos en Mesopotamia, tras haber sojuzgado al Imperio acadio, ocuparon al menos nominalmente la extensión de sus tierras; sin embargo, su dominio en ningún momento fue efectivo, siendo además muy débil en el Sur, en donde algunos enclaves (el caso de Lagash es el más significativo) gozaron de total autonomía.

Tampoco sabemos con exactitud cuánto tiempo permanecieron en el poder, pues el dato cronológico facilitado por la *Lista real* y sus variantes no es aceptado por los especialistas, quienes fijan la dominación qutu entre un máximo de 145 años y un mínimo de 99, entre los años 2220 y 2120.

Al no disponer de documentación es muy difícil comprobar la historicidad de los reyes qutu y sobre todo fijar su número (para algunos serían 23), su cronología y los sincronismos con los demás gobernadores y príncipes autónomos de Sumer.

La tantas veces citada *Lista real* no recoge a Erridupizir (2220-2211), aceptado por los sumerólogos como el primer rey qutu, quien coincidiendo con los últimos años de Naram-Sin y los primeros de Sharkalisharri realizó una violenta incursión al corazón de Sumer, devastando cuanto encontró a su paso. En una tablilla (hoy perdida) que copiaba un largo texto se nombraba con los títulos de *Fuerte, Rey de Gutium y Rey de las cuatro regiones*. Sin embargo, estas titulaciones no reflejarían la realidad, pues muy probablemente sólo hubo de mandar sobre algunas zonas mesopotámicas del Norte.

La mencionada *Lista real*, tras señalar que la realeza desde Uruk pasó a la horda qutu, abre la relación de sus reyes con esta

inesperada indicación para el primero de los mismos: *¡Un rey sin nombre!*.

Esta laguna en la relación onomástica de los reyes qutu, que ha sido valorada por algunos historiadores como un error del redactor de Isin que compiló la *Lista real* y de los copistas que le siguieron, puede ser rellenada simplemente poniendo como primer rey a Erridupizir, antes citado. No han faltado autores que hayan identificado con el rey qutu sin nombre conocido a Sharaddiqubbisin, *hijo de rey* (*dumu lugal*), a quien citamos en páginas anteriores como posible hijo de Sharkalisharri actuando en Kish.

Tras el primer rey sin nombre conocido, la *Lista* da otros 20 (de etimología qutu, acadia y amorrea) que encabeza un tal Imta' (variante Imbia), con un gobierno de tres años, y que finaliza Tiriqan, con sólo cuarenta días de reinado.

De los 20 reyes citados, sólo seis han tenido confirmación histórica (Sarlagab, La'erabum, Puzur-Sin, Iarlaganda, Si'um y Tiriqan); del resto se han de esperar documentos que confirmen o no su historicidad.

Tanto de Imta' como de su sucesor, Inkishush (éste con 6 o 7 años de reinado) no sabemos absolutamente nada. Del cuarto, Sarlagab, que reinó seis años, conocemos sus luchas contra Sharkalisharri, según referencias de éste último, en las que se vanagloria de haberle vencido, aún cuando la realidad, como dijimos, hubiese sido muy otra.

Del quinto rey, Shulme' (una variante da en su lugar el nombre de Iarlagash), que reinó seis años, tampoco tenemos noticias. Elulumesh, su sucesor, con 6 o 7 años de gobierno, puede ser identificado con Elulu, uno de los aspirantes al trono de Akkad, durante los años de anarquía que se habían sucedido a la muerte de Sharkalisharri, según vimos al hablar del Imperio acadio.

Desde el sexto al duodécimo rey no sabemos nada, excepto sus nombres y el número de años de reinado. De Laerabum (2147-2141), leído también Laerab o Lasirab, nos ha llegado una maza de piedra en la cual se califica de *Fuerte* y *Rey de Gutium;* aunque la *Lista* le otorga dos años de reinado, hubo de gobernar probablemente algunos años más. De los tres siguientes no se po-

see ninguna referencia, salvo sus años de mandato y sus nombres (Irarum, Ibranum, Khablum). Sí, en cambio, poseemos un sello de Puzur-Sin (2140-2134), hijo del rey Khablum, en donde se califica de *trabajador eterno* de Ur.

El siguiente rey qutu, Iarlaganda (2133-2127) o Iarlagan fue contemporáneo de Nammakhani de Umma, según referencia de un *clavo* de arcilla de este príncipe, en donde se expresa la sincronía de ambos personajes a la hora de aludir a la restauración del Eula de Umma, probablemente devastado por los qutu.

Si'um (2126-2120), nombre que no aparece en la *Lista real* por rotura de ésta, fue contemporáneo de Lugalannatum de Umma, según testimonia una inscripción de este príncipe, en la cual se conmemora la construcción del templo Egidri de Umma.

El último rey qutu, Tiriqan (2120), nombre que también aparece en mal estado de conservación en la *Lista*, gobernó únicamente 40 días. Por una inscripción monumental de Utukhegal, de la IV dinastía de Uruk, sabemos de los actos de pillaje de aquel rey sobre campos y caravanas, así como de su lucha contra el rey de Uruk y que finalizó con la derrota de Tiriqan, quien hubo de exiliarse con su familia a Dubrum.

Una serie de himnos de la época de Isin (2017-1794) y algunos textos de las más tardías neoasiria y seléucida hablan negativamente del pueblo qutu, de lengua y etnias desconocidas, indicando que además de devastar los campos y robar las estatuas de los dioses y los tesoros de los templos, agobiaban al pueblo con corveas e impuestos y dejaban en el abandono más absoluto canales y campos.

La presencia de esta horda, que no conocía el temor de los dioses, fue sentida en Sumer como cosa totalmente negativa, como opresión extranjera. Por ello, se recibió con tanto alborozo su expulsión.

BIBLIOGRAFIA

McEwan, G. J. P., «Agade after the Gutian Destruction: the after life of a Mesopotamian City» (*28 Rencontre Assyriologique Internationale in Wien*, 1981),

Horn, 1982, pp. 8-15; COOPER, J. S., HEIMPEL, W., «The Sumerian Sargon Legend», New Haven, JAOS, 103, 1, 1983, pp. 67-82; GLASSNER, J. J., «Naram-Sin poliorcète. Les avatars d'une sentence divinatoire», París, RA, 77, 1, 1983, pp. 3-10; GRAYSON, A. K., SOLLBERGER, E., «L'insurrection générale contre Naram-Suen». París RA, 70, 1976, pp. 103-128; GRAYSON, A. K., «The Empire of Sargon of Akkad». Horn, AfO, 25, 1974-1977, pp. 56-64; HIRSCH, H., «Die Inschriften der Könige von Agade», Horn, AfO, 20, 1963, pp. 1-82; KLENGEL, H., «Lullubum, Ein Beitrag zur Geschichte der altverderasiatischen Gebirgsvölker», Berlín, MIO, 11, 1966, pp. 349-371; KRAUS, F. R., *Sumerer und Akkader, ein Problem des altmessopotamischen Geschichte*, Amsterdam, North-Holland, 1970; KUPPER, J. R., «Les inscriptions triomphales akkadiennes», Roma, OA, 10, 1971, pp. 91-106; LAFONT, B., «Zabar.dab et le culte d'après les textes de Drehem», París, RA, 77, 2, 1983, pp. 97-117; LEWIS, B., *The Sargon Legend*, Cambridge, Mass., ASOR, n.º 4. Diss. 1980. LAMBERT, M., «Les villes du Sud-Mesopotamien et l'Iran au temps de Naram-Sin», Roma, OA, 13, 1, 1974, pp. 1-24; MAEDA, T., «King of the Four Regions in the Dynasty of Akkade», Tokio, *Orient*, 20, 1984, pp. 67-82; RÖMMER, W. H. PH., «Zur Siegensinschrift des königs Utuhegal von Unug (2116-2110 v. Chr)», Roma, *Or.*, 54, 1985, pp. 274-288; WEISS, H., «Kish, Akkad and Agade», New Haven, JAOS, 95, 3, 1975, pp. 434-454.

Capítulo IV

EL RENACIMIENTO SUMERIO

La etapa neosumeria

Con la caída del Imperio acadio, el centro y Sur de Mesopotamia, a pesar de estar nominalmente en manos de la dinastía qutu, volvió a atomizarse en diferentes ciudades-Estado, incluso mucho antes de que el nacionalismo sumerio fuera capaz de expulsar a tal dinastía.

La nueva etapa que se abría y que abarcó aproximadamente del 2110 al 2004, se caracterizó por la rápida alternancia de fuerzas políticas disgregadoras y unificadoras, así como por la continuidad, con algunos retoques, de las estructuras administrativas y económicas del Imperio acadio, salvo unos pocos casos aislados de vuelta al antiguo concepto de ciudad-templo (por ejemplo, Lagash).

Los sumerios, que habían cooperado con los qutu en la caída de los acadios y que expulsaron después a los qutu, volvieron a sus tradicionales formas políticas centrífugas que hacían de sus ciudades el centro autónomo de sus intereses. Sin embargo, una de esas ciudades, Ur, con una perfecta simbiosis de lo sumerio y lo acadio, lograría retomar la idea imperial, volviendo a hacer de Mesopotamia un todo unitario. El largo período de paz que se abría y la prosperidad económica permitieron que todo lo sumerio renaciera: Lagash, Uruk y Ur fueron las artífices de tal renacimiento.

La II dinastía de Lagash

Lagash había estado gobernada, durante el Imperio de Akkad, por príncipes locales dependientes del poder central. De los

cuatro primeros *ensi* de su II dinastía conocemos sus nombres y también, afortunadamente, los sincronismos con los reyes acadios.

El primero, Ki-Ku.id o Kitusida (*ca.* 2275), fue coetáneo de Rimush, según puntualiza un texto. El siguiente *ensi*, Engilsa (*ca.* 2265), lo fue de Manishtushu, sincronismo que conocemos por el célebre obelisco del rey acadio, y en el cual, entre *los hijos de Akkadé*, se cita a Engilsa.

El tercer componente de esta dinastía fue Ur'a (*ca.* 2245), coetáneo de Naram-Sin según sabemos por una carta que su hijo y futuro sucesor había enviado al citado rey acadio. En tal escrito, el *ensi* lagashita Lugalushumgal —hijo de Ur'a— le recordaba los derechos de su Estado sobre dos villas, que su padre le había reclamado tiempo atrás.

De Lugalushumgal (2230-2220), *escriba* según un prisma y su sello personal, sabemos que fue contemporáneo de Naram-Sin y también de Sharkalisharri por una serie de sellos dedicados a estos reyes y por algunas tablillas acadias en las que se cita al *ensi* de Lagash.

De los siguientes y hasta Ur-Baba (cuyo orden no ha sido fijado definitivamente por los sumerólogos), carecemos de sincronismos y, lo que es más grave, de datos históricos. El inmediato sucesor de Lugalushumgal fue Puzur-Mama, de quien tenemos tres referencias, en las que aparece en una con el título de *ensi* y en las otras dos con el de *lugal*. Este cambio de titulatura cuadra perfectamente con el período que Sumer vivía a finales del tercer milenio, pues como vimos, en la capital imperial, en Akkadé, nadie sabía *quién era rey, quién no lo era*.

Tras Puzur-Mama fueron *ensi* de Lagash Ur-Utu, Ur-Mama, Lu-Baba, Lu-gula y Kakug, de quienes las referencias textuales únicamente nos han transmitido sus nombres y algún que otro dato menor. Ignoramos si Lugirizal (posible hermano de Ur-Baba y padre de Nammakhani, el último *ensi* de esta II dinastía) gobernó tras Kakug y antes de Ur-Baba, aunque algunos autores aceptan esta posibilidad.

Después gobernaron en Lagash (o más exactamente en Girsu, convertida ahora no sólo en núcleo religioso, sino también

administrativo del Estado) una serie de seis *ensi* que por sus vínculos familiares se sucedieron unos a otros, logrando así que el Estado lagashita alcanzase sus más altas cotas de prosperidad económica y cultural.

El primero de ellos fue Ur-Baba (2155-2142), coetáneo de la IV dinastía de Uruk, período en el que el poder central prácticamente no existió. Tal personaje, probablemente, hubo de acceder al gobierno mediante un golpe de Estado, pues su figura no se relaciona con ninguno de los anteriores gobernadores que hemos citado, desplazando tal vez a Lugirizal. Gracias a un texto inscrito en una de sus estatuas conocemos los trabajos de construcción de numerosos templos, entre ellos el famosísimo Eninnu, dedicado al dios Ningirsu; también sabemos por las referencias de sus *nombres de año*, algo de sus empresas agrícolas, centradas sobre todo en la excavación de canales.

Que Ur-Baba dominaba una amplia zona del Sur sumerio (Larsa y Eridu entre otras ciudades) lo demuestra el hecho de que, siguiendo el ejemplo de Sargón, nombró a su hija Enannepadda como gran sacerdotisa de Nannar (Sin) en el templo de Ur, sacerdocio que mantuvo tal mujer al menos durante 32 años.

A Ur-Baba le sucedió su yerno Gudea (2141-2122), quizás el *ensi* más significativo de Lagash y personaje que ha pasado a la Historia como el prototipo de príncipe piadoso, justo, sabio y perfecto.

A pesar de ser Gudea una figura de primera fila, son muy pocos los datos que se poseen de él para poder reconstruir su biografía y su actuación política, al frente de la ciudad-Estado de Lagash. Por su matrimonio con Ninalla, una hija de Ur-Baba (Gudea tuvo luego una segunda esposa llamada Gemeshulpa'e), llegó al trono lagashita, en el que se mantuvo veinte años. Pocas cosas se saben de su gobierno, ya que las dieciséis dataciones que conservamos de sus años de reinado (faltan otras cuatro) aportan muy poca luz, pues se reducen a conmemorar construcciones de templos, fabricación de objetos cultuales (arpas, tronos, estatuas, mazas, vasos) y excavación de canales. Son datos históricamente irrelevantes que sólo sirven para testimoniar su interés por las cosas religiosas y por los trabajos de utilidad pública.

Causa extrañeza que en sus *nombres de año* o en sus textos de tipo religioso no se haga mención alguna a reyes sumerios de otras ciudades ni a reyes qutu coetáneos, así como tampoco se recojan datos de tipo político. Lo que está fuera de duda (y así lo admiten los especialistas) es que Gudea fue un buen gobernante y mejor administrador, alcanzando Lagash, y por extensión todo Sumer, su más alto nivel en el campo de las Artes y en el de la Literatura.

Al mismo tiempo, su reinado, si nos hemos de fiar de sus textos autobiográficos, fue pacífico, no conociéndose ningún enfrentamiento con los qutu, que en teoría dominaban el país y con los cuales forzosamente hubo de pactar. Sabemos, sin embargo, de una única acción militar de tal *ensi*, que llevó contra Anshan y el Elam, expedición punitiva que le significó un rico botín para el templo Eninnu de Girsu.

Gudea realizó también una serie de reformas administrativas (pesos y medidas, reajuste del calendario) y legislativas (protección de las gentes desfavorecidas), que redundaron en beneficio de sus 216.000 súbditos.

Las ganancias obtenidas por su actividad económica y comercial efectuada por puntos de la India, Arabia, Elam, Asiria, Siria (Urshu, Ebla, Khakhum) y Capadocia se invirtieron en el embellecimiento de Girsu —la capital del Estado de Lagash— y en menor medida en el de las otras ciudades que estaban bajo su dominio.

La recuperación de más de treinta estatuas personales, relieves, estelas, estatuillas fundacionales, cilindro-sellos, vasijas y otros objetos menores, que han permitido por su estilo unitario ser catalogados como de *tipo Gudea*, han contribuido a su popularidad y sobre todo a la aureola de devoto con la que quiso pasar a la Historia.

La importancia de este *ensi* para las generaciones futuras (sobre todo las de la III dinastía de Ur) se plasmó en la elevación de su figura a la categoría de dios, recibiendo culto por personal especializado en templos levantados en su memoria. También la Literatura le acogió en sus himnos y poemas didácticos.

Tras Gudea, su hijo Ur-Ningirsu (2121-2118) tuvo el mando sobre Lagash. De dicho *ensi* nos han llegado unas cuantas *data-*

ciones de año de reinado, así como diferentes oráculos y referencias a la construcción de templos. Durante los cuatro años de su gobierno prosiguió la prosperidad de Lagash, que fue posible por la continuidad de las pautas socio-económicas anteriores y porque ya los qutu había sido expulsados del país por el *ensi* de Uruk, Utukhegal.

A su muerte le sucedió su hijo Pirigme (2117-2115), del cual nos ha llegado una inscripción en la que recuerda la construcción de un canal en Girsu, así como otros *nombres de año* de gobierno de poco interés histórico. Con este *ensi*, nieto de Gudea, Lagash se debilitó, sobre todo porque su reinado coincidió con la recuperación de la ciudad-Estado de Uruk, de la cual Utukhegal era el líder indiscutible.

Lagash contó aún con otro *ensi* independiente, Urgar (2115-2114), yerno también de Ur-Baba, pues estuvo casado con otra de las hijas de aquel prestigioso gobernante. De Urgar nos han llegado unos pocos textos, gracias a los cuales conocemos su acceso al poder y sus segundas nupcias con Nininimgina, (¿o fue su concubina?), una hija de Kakug, otro *ensi* lagashita.

Al desaparecer Urgar, el poder pasó sin ningún tipo de problemas a un tercer yerno de Ur-Baba, Nammakhani (2113-2111), hijo de Lugirizal. Durante su breve reinado, Lagash conoció la secesión de algunas ciudades, entre ellas Ur, que pasó a depender de Uruk, y cuyo rey, Utukhegal, la entregó a su general (¿su propio hijo?) Ur-Nammu. Nammakhani al cabo de tres años de gobierno fue muerto por Un-Nammu, hecho que le había sido facilitado, en buena medida, por la traición de un personaje lagashita llamado Ur-abba. En pago a este servicio, más tarde, Ur-abba sería nombrado gobernador de Lagash, pero bajo la total dependencia de Ur.

La II dinastía de Umma

La ciudad-Estado de Umma, vecina de Lagash y con la cual había mantenido tiempo atrás el largo contencioso por la posesión de la llanura Gu'edenna, también había quedado incluída en el Imperio acadio, pasando luego a depender de los invasores

qutu. No obstante, contó con algunos príncipes locales (al autor de la *Lista real* no le pareció oportuno consignarlos) que, al igual que los restantes *ensi* sumerios, mantuvieron la idea de volver a las estructuras políticas del pasado, sumándose a cuantas sublevaciones y manifestaciones independentistas organizaban las demás ciudades.

No conocemos nada relevante de esta ciudad durante los períodos acadio y qutu, con excepción de los nombres de unos pocos príncipes locales y unas pequeñas referencias textuales. De Shurushkin, coetáneo de Manishtushu de Akkad (2269-2255), únicamente nos ha llegado su nombre. De Lu-Utu conocemos tres *clavos* de arcilla, en los que conmemora la construcción de dos templos. De Nammakhani (no confundirlo con su homónimo de Lagash), que vivió en tiempos del rey qutu Iarlaganda (2133-2127), y gracias también a otro *clavo* de arcilla, sabemos que restauró el templo Eula de Umma, destruido por los qutu.

Aún conocemos a otro príncipe de Umma, Lugalannatum, que fue coetáneo de otro rey qutu, Si'um (2126-2120) por las referencias de una tablilla de mármol en la que el príncipe ummaíta recuerda los 35 años en que la ciudad *había estado dividida*.

El hecho de que tanto Nammakhani como Lugalannatum mencionen en sus cortas inscripciones a los reyes qutu quizás deba ser interpretado como alusión a una época en que la presión qutu fue muy fuerte en Sumer. Desaparecidos estos invasores, Umma pasó a poder de Ur-Nammu de Ur, personaje que buscaba la formación de un Imperio.

La V dinastía de Uruk

La *Lista real*, tras señalar que la horda qutu había sido derrotada por las armas, puntualiza: *el poder real pasó a Uruk. En Uruk, Utukhegal llegó a ser rey y reinó siete años, seis meses y quince días*.

El autor de la mencionada fuente otorga un sólo rey a la V dinastía de Uruk. Muy probablemente, Utukhegal (2123-2113) hubo de ser un componente más de la anterior dinastía de tal ciudad, pero su designación como único componente de una nueva

dinastía se debería más a un deseo de magnificar la figura del sumerio que expulsó a los invasores qutu que a la realidad histórica de la existencia de una quinta dinastía en Uruk.

Fue Enlil, según una inscripción monumental, cuyo contenido nos ha llegado por copias en tablillas de arcilla, quien encomendó a Utukhegal (2123-2113), Rey de Uruk y Rey de las cuatro regiones, la misión de expulsar a los qutu. Determinada su suerte por Dumuzi, reconfortado también por Inanna y bajo la protección de Gilgamesh, pudo el *lugal* urukita, seguido por *su ciudad* que le asistió *como un solo hombre*, marchar contra el último rey qutu, Tiriqan.

Los datos de sus acciones tanto religiosas (sacrificios) como militares (captura de los generales Ur-Ninazu y Nabi-Enlil, derrota de Tiriqan) son recogidos en la mencionada inscripción de modo sucinto, pero clarificador. Tal fuente también nos informa, aunque indirectamente, de un eclipse lunar que determinaría —religiosamente— la derrota y la captura final de Tiriqan, su mujer y sus hijos en Dubrum, al Norte de Umma, adonde habían escapado. Allí, dicen los textos, puso el pie sobre la nuca del último qutu y así *restituyó la realeza a Sumer*.

Además de esta acción de indudable prestigio personal y celebrada en la tradición posterior como un ejemplo de recompensa divina, Utukhegal también fue sujeto de otros hechos menores, entre ellos un arbitraje entre Lagash y Ur, por cuestiones fronterizas, que se venía arrastrando de tiempo atrás. De acuerdo con la opinión de Utukhegal los terrenos fronterizos reclamados por Lagash le fueron devueltos a esta ciudad, gobernada entonces por Urgar o quizás más probablemente por Nammakhani.

Tales terrenos los reclamaba *el hombre de Ur*, persona identificada con Ur-Nammu, el general de Utukhegal (para algunos posiblemente su hijo), quien, en realidad, buscaba liberarse del dominio de su rey utilizando a Lagash, ciudad-Estado entonces ya en la más absoluta decadencia, como arma de distracción.

Utukhegal vio cómo en sus dos últimos años de gobierno, Ur-Nammu se proclamaba independiente desde Ur, e incluso se lanzaba contra él, desplazándole finalmente del poder (2113). Sabemos por la *Crónica Weidner*, aunque esta fuente es tardía y dis-

torsiona en muchos de sus pasajes los hechos históricos, que Utukhegal murió ahogado, en justo castigo enviado por Marduk a causa de los planes criminales que el rey de Uruk había tramado contra Babilonia. Ni esta ciudad ni Marduk tenían en la época de Utukhegal la menor importancia.

Libre ya de Utukhegal, el rey de Ur eliminó a Nammakhani de Lagash, poniendo en el trono de esta ciudad a un colaboracionista local, llamado Ur-abba, como ya dijimos en páginas anteriores.

La III dinastía de Ur

Nuevamente, la *Lista real* sumeria nos sirve de hilo conductor para el conocimiento de la III dinastía de Ur, última de las dinastías sumerias. Con su estilo habitual, dicha fuente dice: *Uruk fue vencida por las armas; la realeza pasó a Ur. En Ur, Ur-Nammu reinó 18 años como rey; el divino Shulgi, hijo del divino Ur-Nammu, reinó 48 años; el divino Amar-Sin, hijo del divino Shulgi, reinó 9 años; Shu-Sin, el hijo del divino Amar-Sin, reinó 9 años; Ibbi-Sin, hijo de Shu-Sin, reinó 24 años. Cinco reyes reinaron 108 años.*

Al igual que en las dinastías anteriores, ignoramos en virtud de qué hechos militares concretos Uruk fue derrotada. Que sepamos, Ur-Nammu (2112-2095), *shagina* de Utukhegal, había sido enviado a Ur para controlarla y si en un primer momento había actuado correctamente, iniciando incluso trabajos de restauración en el gran templo de Ur en nombre de su soberano, luego, desde ella, se sublevaría contra su legítimo rey.

Muy probablemente, la causa de esta sublevación habría sido la resolución del contencioso entre Lagash y Ur que Utukhegal, como titular indiscutible de la soberanía sumeria, hubo de dirimir en favor de Lagash y negándosela a su propio *shagina*, situado en Ur. Esta decisión sería, en opinión de algunos, la que impulsó a Ur-Nammu a rebelarse contra Utukhegal y a declararse independiente.

Ignoramos totalmente la ascendencia del *shagina* de Ur y después primer *lugal* de la III dinastía de aquella ciudad. Algu-

nos han argumentado que Ur-Nammu, muy bien hubiese podido ser un hijo de Utukhegal, situado en Ur como general, lo que explicaría la facilidad de su ascenso al trono. No obstante, en algunos textos, Ur-Nammu es presentado como hijo de la diosa Nintur (o de Ninsun) y gran hermano de Gilgamesh, con evidente deseo de conectarle con Uruk, de donde tal vez él o su familia serían originarios.

La rebelión de Ur-Nammu contra Utukhegal sería justificada en tiempos de su hijo Shulgi en base a motivos religiosos, haciéndose intervenir en ella a los dioses Anu y Enlil, quienes habrían elegido *como rey* al dios Nannar, titular de Ur, el cual designaría a su vez a Ur-Nammu como su representante en la tierra. Esta designación divina, lógicamente, le dejaba las manos libres para actuar como quisiera.

En cualquier caso, Ur-Nammu inició su reinado cuando todavía Utukhegal no había concluído el suyo. Poco después, Ur-Nammu ocupó Lagash, como se dijo, tras haber ejecutado al último *ensi* de su II dinastía, Nammakhani. Luego, ocuparía la propia Uruk, en donde situaría rápidamente a un hijo suyo como gran sacerdote de Inanna. Al frente del sacerdocio femenino de Ur puso a su hija Ennirgalanna.

Su dominio sobre Sumer y Akkad, motivó que Ur-Nammu ajustase su variada titulatura a la realidad, por lo cual introdujo en ella el título de Rey de Sumer y Akkad (*lugal ki-en-gi ki-urige*), en virtud de ser también soberano de Nippur (ciudad que otorgaba la realeza), a cuyo clero se habría ganado al reconstruir los tempos de las divinidades sumerias nacionales, Enlil y Ninlil.

Dueño del país, Ur-Nammu se dedicó a la tarea de organizarlo administrativamente, superando el concepto de ciudad-Estado, al centralizar los poderes en su persona y la capitalidad en Ur, para lo cual la dotó de un grandioso palacio real. Asimismo, levantó magníficas construcciones religiosas en el área del templo de Nannar y Ningal, destacando sobre todas la gran torre escalonada Etemenninguru, y restauró y construyó algunos canales (cuatro como mínimo en las cercanías de Ur) tan necesarios para la agricultura y para el comercio del país, pues servían como formidables vías de comunicación.

Por unos *clavos* de fundación, encontrados en la zona de Diq-

diqqah, sabemos que, restablecida la seguridad de las costas, las naves de Magan llegaron otra vez a varios muelles fluviales (Ur, Nippur, Lagash), reabriéndose así las comunicaciones y el comercio marítimo a gran escala, lo que aseguraba la prosperidad económica del país.

Ur-Nammu fortificó con murallas su capital (*bad uri-ki-ma mu-na-du*), estableció un nuevo sistema de pesas y medidas, así como un calendario, y resolvió problemas territoriales, sobre todo en la zona del Norte, mediante una adecuada reforma catastral que copió en detalladas estelas levantadas en Nippur. El territorio de su Estado lo dividió en provincias, al frente de las cuales colocó a sus antiguos gobernadores, a quienes confirmó sus derechos territoriales a cambio de fidelidad, impuestos y colaboración en los trabajos públicos.

En un himno religioso, escrito evidentemente con fines propagandísticos, se recoge la referencia de que Ur-Nammu hubo de completar la expulsión de los qutu (*deshice la mano cruel de los qutu, los saqueadores, traje el lamento a su boca*). Sin embargo, la única empresa militar que se le conoce es la que había llevado a cabo en Lagash contra Nammakhani.

Otra composición hímnica, centrada en su muerte, exequias y entrada en el mundo del Más Allá, recoge la información de que Ur-Nammu había muerto en una batalla (¿lucha contra los qutu?), siendo abandonado en el propio campo.

Tras su muerte fue deificado, lo que significó un culto religioso hacia su figura, según testimonia un templo-mausoleo localizado no lejos de las tumbas reales de la necrópolis de Ur, obra del propio Ur-Nammu, de Shulgi y de Amar-Sin.

A Ur-Nammu, le sucedió su hijo Shulgi (2094-2047), el cual logró mantenerse en el poder durante 48 años. De los primeros veinte años no nos ha llegado, prácticamente, ningún tipo de información, excepto algunas *referencias de años* de reinado sin apenas ningún interés histórico (colocación de la primera piedra del templo de Ninurta, restauración de la ciudad de Der, reordenamiento de las tierras que pertenecían al dios de Nippur).

Ese largo período de tiempo lo emplearía el nuevo rey en consolidar la herencia económica y social de su padre y en proseguir, dentro de una paz general, con el renacimiento cultural de

Ur, sabiendo resolver en buena medida los deseos de la cada vez más diluida sociedad mixta sumero-acadia.

Shulgi fue un constructor tanto o más activo que su padre, siendo el encargado de finalizar no pocas de las obras iniciadas por aquel (entre ellas el Tummal), según sabemos por numerosos ladrillos y tablillas de fundación encontrados en muchos lugares del país.

Del año 20 de su reinado tenemos una referencia que ha sido interpretada de variadas maneras. La indicación de que *los hombres de Ur prestaron juramento como arqueros*, lo mismo podría aludir a la existencia de graves desórdenes internos, que habrían motivado el reclutamiento forzoso de sus súbditos, como a una reforma militar, al incluir dentro de la infantería un cuerpo de guerreros de aquella especialidad.

Las referencias a hechos militares, a partir del año 24 de su reinado, nos hablan de dos puntos conflictivos en la periferia Nordeste del Imperio: el Kurdistán y las zonas del Elam y Anshan. En la región del Kurdistán, a la que hubo de acudir en no menos de quince ocasiones, luchó sobre todo en el triángulo comprendido entre las ciudades de Shashrrum (llamada después Shusharra), Urbilum (la moderna Erbil) y Kharsi (Tuz Kurmatli). El centro de interés era la fortaleza de Simurrum (cerca de Altin Köprü), a la que, finalmente, en el año 44 de su gobierno, pudo doblegar, al vencer a su reyezuelo Tappadarakh, según recuerdan los posteriores textos de presagio.

Las expediciones de Shulgi a tales lugares (reducto de los qutu, los lullubitas y los hurritas) fueron, en realidad, más bien intimidatorias que de conquista, pues tan pronto como las abandonaba volvían los nativos a sublevarse (casos de Karakhar, Urbilum, Shashrrum). En algunas ocasiones, estas localidades podían *ser destruidas* hasta nueve veces. Contra las posibles incursiones de estos pueblos, sobre todo de los hurritas, ordenó construir el llamado «Muro de los territorios no incorporados» (*bad mada*), levantado probablemente al Este del Tigris.

Las expediciones contra el Elam fueron menos difíciles. La zona se hallaba aún en la anarquía que habían provocado los qutu a su paso y no estaba controlada todavía ni por los elamitas ni por la dinastía de Simashki, entonces sin capacidad operativa.

En el año 18 de su reinado, Shulgi concertó la paz con Markhashi, que fue refrendada con el matrimonio de una de sus hijas con el rey de tal ciudad. Más tarde, unos diez años después, situó en Susa como gobernador a Zariqum, alto oficial, que luego bajo Amar-Sin sería gobernador de Assur. En el año 32, otra de sus hijas era entregada en matrimonio al gobernador de Anshan, con vistas a tener pacificado el flanco oriental de su Imperio, poder abastecerse de lapislázuli y del estaño que le arribaban de Afganistán y disponer de apoyo diplomático contra los hurritas.

Sin embargo, estas relaciones no fueron lo suficientemente profundas para impedir que aquella zona fronteriza se sublevase continuamente. Dos años después hubo de acudir Shulgi y enfrentarse a su propio yerno.

Por el Occidente parece ser que reinaba la paz, si bien hacia el final de su mandato se menciona un *botín de Amurru*, lo que testimonia algún enfrentamiento contra los amorreos.

Además de organizar el ejército y de reformar pesas y medidas, (instauró el *gur* real, cuyo valor fijó en 300 *sila*), Shulgi fue capaz de articular un *Código jurídico* (aprovechando las experiencias del reinado anterior), con el cual deseaba regularizar la actividad económica de su Imperio, que había comenzado a florecer como nunca lo había hecho antes y, sobre todo, asegurar el orden social. Tal *Código de Shulgi* consta de un prólogo y un cuerpo legislativo, habiéndose perdido el epílogo que sin duda tuvo. En el prólogo, el rey justifica la actuación de su padre Ur-Nammu, que se había apoderado del Estado, y se recuerdan sus reformas (pesas y medidas, protección de huérfanos y viudas) que tendían a establecer la *ordenación justa del país*. En el cuerpo legal se articularon diferentes leyes de las que únicamente son legibles unas 24.

Otra de las innovaciones más interesantes de Shulgi, que conocemos por los textos del archivo de Puzrish-Dagan (hoy Drehem), villa creada en el año 37 de su reinado, como centro ganadero, fue la exigencia de unas obligaciones mensuales en especie (*bala*) a todas las provincias y que debían satisfacer sus gobernadores a fin de hacer frente a los gastos sacrificiales de los templos de Nippur (y en menor medida los de Uruk y Ur). Venía a ser la institucionalización de la antiquísima *Liga Kengir*,

de la que ya hablamos al aludir a la ciudad de Nippur, la única que estaba exenta de tal impuesto periódico.

Por los textos sabemos que Shulgi utilizó nuevamente el título de Rey de las cuatro zonas del mundo (*shar kibratim arbaim*), que añadió al de Rey de Sumer y Akkad. También los mismos transcriben su nombre con el determinativo divino (*dingir*), por lo que hay que aceptar que hacia la mitad de su reinado, y con el visto bueno del clero de Nippur, sería ya divinizado.

Su actuación en el campo de la cultura fue notable. El propio Shulgi era un rey instruido en las artes de los escribas, así como en música, sabiendo tocar no menos de ocho instrumentos (sería así el primer rey músico de la Historia, muy por delante del bíblico David). Su afán por el saber le movió a la creación de escuelas en Ur y en Nippur, en donde se fijaron por escrito los grandes ciclos épicos que trataban de las antiguas dinastías de Uruk (con las cuales se sentía identificado Shulgi al creerse hijo de Lugalbanda y hermano, por lo tanto, de Gilgamesh).

También Shulgi aventajó a Naram-Sin en el número de su progenie. Cerca de 55 príncipes y princesas reales se conocen para esta dinastía y, probablemente, la mitad de ellos pueden haber sido hijos de Shulgi. Casi todos sirvieron como altos funcionarios civiles y religiosos: su hija Ennirzianna fue, por ejemplo, gran sacerdotisa de Nannar en Ur; tres de ellos, Amar-Sin, Shu-Sin e Ibbi-Sin, alcanzaron sucesivamente el trono de Ur, y algunas hijas fueron casadas con príncipes extranjeros.

Se desconoce cómo murió Shulgi. Según unos moriría asesinado, de acuerdo con un complot planeado por tres de sus hijos; según otros moriría víctima de alguna epidemia. En cualquier caso, su cuerpo fue enterrado en el magnífico templo-mausoleo que su padre había ordenado construir en las proximidades de las tumbas reales de la necrópolis de Ur.

Tras Shulgi, el trono de Ur lo ocupó su hijo Amar-Sin (2046-2038), sin que se produjera contestación alguna ni revoluciones internas. Sus nueve años de gobierno transcurrieron dentro de la tónica de paz general, tan sólo alterada a causa de dos campañas llevadas a cabo contra el Kurdistán y el Elam, y que finalizaron victoriosamente.

La toma y destrucción de Urbilum, en el segundo año de su

reinado, en recuerdo de la cual se construyó un lujoso trono para el dios Enlil, señaló el apogeo de la III dinastía de Ur, pues a partir de entonces y haciendo salvedad de la campaña del Elam (sexto y séptimo años de su gobierno) todo Sumer disfrutó de una etapa de prosperidad general, marcada por una saneada economía, según dejan ver los textos administrativos de Ur, Lagash y Umma.

La paz interna y la prosperidad material, como señalan algunas referencias epigráficas, le permitieron dedicarse a la construcción de suntuosos templos y edificios públicos en diferentes ciudades (Ur, Nippur, Eridu).

Con la salvedad de dos tablillas que registran entregas de alimentos a 150 mujeres prisioneras de guerra establecidas en un campo de concentración, poco más se conoce de este Rey, que se intituló, según recoge un ladrillo, «Dios de la vida» (*dingir-zi*) y «Dios sol de su país» (*Babbar kalam-ma-na*). Los textos de tres presagios aluden al final de Amar-Sin, indicando que murió a causa de *la mordedura de su zapato*. Esto nos hablaría de una muerte provocada por la infección de alguna herida que le habría causado alguno de sus zapatos, o bien, simplemente, de alguna enfermedad ósea (gota, por ejemplo). Se sabe que fue enterrado en el mismo mausoleo que lo habían sido Ur-Nammu y Shulgi.

A pesar de tener numerosos hijos e hijas (conocemos al menos los nombres de dieciocho de ellos) el trono pasó a manos de su hermano Shu-Sin (la *Lista real* le considera su hijo), sin que se hubiesen producido reclamaciones ni altercados de ningún tipo. Algunos autores ven en esta descendencia de hermano a hermano la consecuecia lógica del pacto que los tres hijos de Shulgi (Amar-Sin, Shu-Sin e Ibbi-Sin) acordaron en el momento de asesinar a su padre.

Como se ha dicho, Shu-Sin (2037-2029) sucedió en el trono de Ur a su hermano Amar-Sin sin ningún tipo de problemas. Del *divino* Shu-Sin tenemos más información que de su predecesor, por lo que sus textos nos permiten conocer buena parte de sus campañas, la mayoría realizadas con fines puramente económicos.

En el tercer año de su reinado hubo de acudir en socorro del

rey de Simanum, casado con una de sus hijas, al ser destronado en el transcurso de una revuelta. Shu-Sin logró dominar la situación, deportando a continuación a los rebeldes, para quienes construyó (siguiendo el ejemplo de su hermano Amar-Sin) un campo de concentración en las cercanías de Nippur.

Por otras tablillas, que copiaban una inscripción monumental levantada en Nippur, conocemos sus acciones devastadoras en el país de Simashki y en otros seis de sus cercanías (Zabshali, Sigrish, Iamulmat, Alumiddatum, Garta y Shatilu). Con una parte del rico botín de guerra (*nam-ra-aga*) obtenido, se hizo construir una estatua de oro que luego dedicó al dios Enlil.

El peligro, sin embargo, amenazaba a Sumer, según se deduce del gran muro que ordenó construir en el cuarto y quinto años de su reinado, que unía el Tigris y el Eufrates por la zona Norte de la actual Bagdad. El mismo, llamado *Muro de Amurru* o, más exactamente, *El que aparta a Tidnum* (*murik tidnim*), alude claramente al país y al pueblo semita de los amorreos, que merodeaban por la zona Oeste del Eufrates una vez más (recordemos que ya habían amenazado Mesopotamia durante el reinado de Sharkalisharri). Esta muralla, de *veintiséis horas dobles* de longitud (unos 286 km), y los esfuerzos del propio Shu-Sin detuvieron la invasión de tales seminómadas durante algunos años.

Shu-Sin también continuó con la política de alianza matrimonial con otros Estados. Además del matrimonio de una de sus hijas con el rey de Simanum, al que ya antes hemos hecho alusión, casó también a otras dos, respectivamente, con los reyes de Markhashi y de Anshan, buscando así la tranquilidad de sus fronteras orientales y la posibilidad de relaciones comerciales con los pueblos de aquellas zonas y con otros más lejanos.

La seguridad de las fronteras del Nordeste no sólo la garantizaban los matrimonios políticos (aunque muy pronto se enfrentó con su yerno de Anshan), sino también la presencia de un poderosísimo personaje, afecto a Ur, de nombre Urdunanna (o Irnanna), que acumulaba multitud de cargos políticos y religiosos.

El reinado de Shu-Sin, persona bellamente alabada en dos cantos de amor escritos por su concubina Kubatum, finalizó sin que sepamos cómo.

A la muerte de Shu-Sin, ocupó el trono su hermano (y no su

hijo como dice la *Lista real*) Ibbi-Sin (2028-2004), quien continuó calificándose como «dios» (*dingir*), además de titularse legítimamente Rey fuerte, Rey de Ur y Rey de las cuatro regiones, como lo habían hecho sus antecesores.

La sucesión entre hermanos se produjo sin ningún tipo de altercados disfrutando el país de una paz general durante dos años seguidos. Sin embargo, dada la inestabilidad de las fronteras, al año siguiente, el nuevo rey hubo de llevar una expedición hacia el Norte, contra Simurrum, que resultó victoriosa.

En el quinto (o sexto) año de su reinado casó a una de sus hijas con el príncipe de Zabshali, buscando así una alianza efectiva para luchar contra los reyes de Simashki. A continuación, y durante tres años al menos, Ibbi-Sin se dedicó a reparar las fortificaciones de Ur y de Nippur, según sabemos por algunas inscripciones.

En una fecha que no se puede precisar (¿año 9? ¿año 11?), y de acuerdo con uno de sus textos, se lanzó *como un huracán* sobre el Elam, sometiendo *en un día* a los señores de Susa, Adamtu y del país de Awan. También, más tarde (¿año 14?) lograría capturar la ciudad de Khukhunuri, considerada *la llave* del país de Anshan, contra la que se arrojó *como una tempestad y un diluvio*.

A esta serie de luchas y subsiguientes problemas, se unió el no menor creado por la invasión de los amorreos, cuando en el 2017 franquearon el *Muro de Amurru* (*murik tidnim*), que había levantado Shu-Sin, y se lanzaron sobre Sumer. Parece ser que Ibbi-Sin, si hacemos caso al *nombre de un año* de gobierno, venció a tales invasores, *fuerza torrencial, que desde tiempos antiguos no conocían una ciudad*. Más tarde, sin embargo, en una de sus cartas, lamentaría el que uno de sus comandantes, Puzur-Marduk, hubiese abandonado el control de tal muralla defensiva, dejando entrar a los semitas. Lógicamente, los amorreos, tras haber sorteado aquel obstáculo, asumieron el control de las provincias norteñas del Imperio.

Ante la crítica situación, Ibbi-Sin recurrió al comandante de sus tropas septentrionales, un amorreo de Mari, llamado Ishbi-Erra, que con su ayuda pudo prolongar su reinado, pero a costa de un elevadísimo precio. Ishbi-Erra alcanzó, a cambio, ple-

no control de la provincia de Isin y de la cercana capital religiosa de Nippur, la única que dispensaba la legitimidad monárquica. Poco después reclamaría también la lealtad de las restantes provincias sumero-acadias hacia su persona.

Esta situación fue aprovechada, naturalmente, por algunas ciudades para obtener su propia independencia. Comenzaron por no enviar los tributos debidos, ni la mano de obra para hacer frente a las necesidades económicas y militares del Imperio; a continuación los gobernantes sustituyeron en sus inscripciones y nombres personales el nombre del deificado Ibbi-Sin por el de sus divinidades locales. Al quedar sin respuesta estas acciones, procedieron a proclamarse reyes de sus respectivas ciudades y a fechar los años con sus propios nombres y no con el de Ibbi-Sin.

Estas usurpaciones se produjeron primero en las ciudades alejadas (Assur, Eshnunna, Der, Susa), pero pronto lo hicieron también las más próximas (Lagash, Nippur, Umma). Las defecciones, sucedidas en cadena, al tiempo que debilitaban el poder central, causaban serios golpes al conjunto de la economía de Sumer, dada la interrupción de los tributos, lo que provocó una fortísima inflación (más del 60 por ciento) que desembocó irremediablemente en una terrible carestía de productos básicos.

Gracias a tres cartas, que han llegado a nosotros por las copias que de ellas se hicieron, se conoce algo de aquellos tiempos difíciles que se vivieron en época de Ibbi-Sin. Por una de ellas, que sería respuesta a la petición de grano por parte del rey, sabemos de la negativa de Ishbi-Erra, al argumentar que no disponía de barcos para transportar el grano a Ur. Por otra, enviada a Ibbi-Sin por el gobernador de Kazallu, Puzur-Numushda (llamado también Puzur-Shulgi), se conoce la secesión de Ishbi-Erra, declarado independiente en Isin, desde donde se había apoderado de otras ciudades. La tercera carta es la respuesta del rey de Ur a Puzur-Numushda: viene a ser la confesión de un rey creyente, lamentando que Enlil hubiese concedido la realeza a Ishbi-Erra, que no era de *semilla sumeria*, y expresando el deseo de que algún día los propios martu junto a los elamitas, si lo querían los dioses, capturarían al traidor Ishbi-Erra.

La realidad es que el *ensi* independiente, que se había titulado ya «dios de su país» (*dingir kalam-ma-na*) y «Rey del terri-

torio» (*lugal ma-da*), pudo comprar la retirada de los martu o amorreos (algunos argumentan que logró expulsarlos) y hacer así efectiva la ruptura del Imperio de Ur en dos monarquías: una la de Ur, con Ibbi-Sin al frente, prácticamente con sólo el control de las tierras de la capital y sus cercanías; y otra, la de Isin, con el sublevado Ishbi-Erra, quien detentaba además el mando efectivo sobre la mayoría de las ciudades sumero-acadias.

En el año 21 del reinado de Ibbi-Sin, los elamitas, aliados a los subarteos, los sua y otras gentes de los Zagros, atravesaron el Tigris y conducidos por Kindattu, rey de Simashki se lanzaron contra Ur. Ibbi-Sin, que contaba con la ayuda de algunos *ensi* afectos a su causa, pudo contenerlos y rechazarlos, pero en la nueva embestida, sobrevenida tres años después, ya no pudo hacer nada.

Los elamitas, tras apoderarse de Ur, saquearla salvajemente, destruirla e incendiarla, la abandonaron, dejando una pequeña guarnición junto a sus ruinas. El *divino* Ibbi-Sin fue hecho prisionero y llevado a Anshan, en donde moriría.

El final de la Historia sumeria

La memoria de la caída de Ibbi-Sin, nombre asociado en la posteridad a predicciones funestas, quedaría reflejada en diferentes textos de adivinación, de presagio (la caída del Imperio de Ur coincidió con un eclipse de luna) y también de lamentación (*Elegía por Ibbi-Sin, Lamento por la destrucción de Ur*), en los que se achacaba el desastre a la intervención de los dioses. Habría sido la ira de Enlil y el espíritu tempestuoso de An los que propiciaron la desaparición de Ibbi-Sin y la caída de Ur y, en consecuencia, a ellos se debía la ruina total de Sumer y Akkad.

Sin embargo, para el autor de la *Lista real*, el final de la III dinastía de Ur no hubo de significar nada en especial, dado que tras Ur incluyó la nueva dinastía de Isin; la última, sin embargo, de su larga relación dinástica y la que, de alguna manera, se erigía en legítima legataria del pasado sumerio.

En su monótona exposición dinástica, dice: *Ur fue destruida*

por las armas; su realeza pasó a Isin. En Isin, Ishbi-Erra fue rey y reinó 33 años.

La nueva dinastía, que contó con un total de 14 reyes que gobernaron 203 años (o 213), de origen semita, hubo de hacer frente muy pronto a la de Larsa, también semita, que reclamaba igualmente la herencia de Sumer. La debilidad, sin embargo, de ambas dinastías y el atávico deseo de autonomía, junto a un empobrecimiento progresivo del país, provocado por factores naturales (sequías, inundaciones, salinidad de las tierras), condujo irremediablemente a un cantonalismo territorial, a una regresión económica y a constantes episodios armados que provocaron el desmenuzamiento político de Mesopotamia. Esta etapa, de unos dos siglos de duración, verdadera época de pequeños *reinos combatientes*, se diluyó ante el nacimiento del pujante Imperio babilónico.

BIBLIOGRAFIA

BUCELLATI, G., *The Amorites of the Ur III Period,* Nápoles, Istituto Orientale. Seminario di Semitistica, 1966; CIVIL, M., «Su-Sin's Historical Inscriptions. Collection B», Cambridge, Mass., JCS, 21, 1969, pp. 24-38; DAVIDOVIC, V., «Testi di Ur III concernenti bottino di guerra?», Nápoles, AION, 44, 1984, pp. 177-205; EDZARD, D. O., *Sumerische Rechtsurkunden des III, Jahrtausends aus der Zeit von der III. Dynastie von Ur,* Munich, Bayerische Akad, d. Wiss., 1968; FALKENSTEIN, A., «Ibbisin-Isbi'erra», Berlín, ZA, 49, 1950, pp. 59-79; FRAYNE, D., «Sulgi, the Runner», New Haven, JAOS, 103, 4, 1983, pp. 739-748; HALLO, W. W., «The Coronation of Ur-Nammu», Cambridge, Mass, JCS, 20, 1966, pp. 133-141; JACOBSEN, T., «The reign of Ibbi-Suen», Cambridge, Mass., JCS, 7, 1953, pp. 36-47; KLEIN, J., *Sulgi Hymns. Sumerian Royal Hymns glorifying King Sulgi of Ur.* Ramat-Gau, Bar-Ilan University Press, 1981; KLEIN, J., «Sulgi and Gilgames: Two Brother-Peers (Sulgi O)», Neukirchen-Vluyn, AOAT, 25, 1976, pp. 271-292; MICHALOWSKI, P., «The Death of Sulgi», Roma, *Or,* 46, 1977, pp. 220-225. PETTINATO, G., «Il tesoro del nemico elamita, ovvero, il bottino della guerra contro Ansan di Sulgi», Roma, OA, 21, 1982, pp. 49-72; SOLLBERGER, E., «Sur la chronologie des rois d'Ur et quelques problèmes connexes», Berlín, Graz, Horn, AfO, 17, 1955, pp. 10-48; TANRET, M., «Nouvelles données à propos de l'amphictyionie néo-summérienne». Bruselas, *Akkadica,* 13, 1979, pp. 28-45; WOOLLEY, L., *Ur, la ciudad de los caldeos,* México, FCE, 1953.

Capítulo V

LAS INSTITUCIONES SUMERIAS

La estructura social

Desgraciadamente, ignoramos el grado de organización social y urbana que los sumerios alcanzaron en las etapas de Uruk y Jemdet Nasr y en los primeros momentos del Dinástico Arcaico. Algunas representaciones figuradas, halladas en Uruk, recogen al que muy bien habría podido ser el jefe de la comunidad: un hombre barbado, vestido con túnica, tocado con un bonete y armado con lanza o arco. Al propio tiempo unas cuantas tablillas de arcilla, localizadas en el mismo lugar (y una en Tell Billa) tienen grabado un dibujo que ha sido leído como *en*, signo que designaría en sus primeros momentos tanto al *señor* como al *sacerdote*.

En cualquier caso —se argumenta— *en* equivaldría al título de un personaje importante que, viviendo en un magnífico palacio (*e-gal-makh*), dirigiría los destinos de su comunidad urbana o, si se quiere, de su *unidad de riego*, dentro del contexto general hidráulico de Sumer.

La mitología sumeria indica que en los orígenes de los tiempos el supremo consejo de los dioses había parcelado la tierra en diferentes Estados que se asignaron a otros tantos dioses, quienes, a su vez, los delegaron en unos cuantos mortales (los *en*) para que fuesen sus representantes administrativos.

El nacimiento de las ciudades-Estado, cuya característica común era la presencia del templo en el que habitaba la divinidad propietaria de las tierras, sería, así, una consecuencia religiosa y también al mismo tiempo el resultado de unos condicionantes económicos que, bien dirigidos, permitirían la prosperidad material del templo y de sus súbditos.

Esta es la teoría más aceptada sobre el origen de la ciudad sumeria. Sin embargo, la Arqueología ha demostrado que los tra-

bajos de irrigación fueron conocidos por los habitantes del Sur mesopotámico mucho después del nacimiento del gobierno teocrático, por lo que no puede hablarse de conexiones entre la regulación de las aguas y la aparición de dicho tipo de gobierno.

Surgen, así, una serie de cuestiones de difícil solución en torno al principal problema, centrado en el cómo, cuándo y por qué los bienes económicos y las tierras llegaron en buena parte a ser propiedad de los templos (estructura en su origen no económica) y en menor proporción de los palacios o del representante del poder civil.

Muchas han sido las respuestas argumentadas a tales cuestiones y que van desde la desintegración del sistema tribal neolítico hasta las medidas coercitivas o los cambios ideológicos como factores fundamentales para que fuesen los templos quienes en un principio se apropiasen de las tierras y de los demás bienes económicos.

Sea lo que fuere, la Baja Mesopotamia, a comienzos del tercer milenio, estaba ya estructurada en diferentes ciudades-Estado de carácter teocrático, que habían sabido evolucionar desde formas de organización tribal a formas ya urbanas, incluso con apariencias democráticas (asambleas de ancianos y guerreros) y que presentaban una serie de características comunes: territorio con fronteras delimitadas, organización social, mantenimiento de la paz interna, leyes consuetudinarias, ideologías y relaciones exteriores con otras ciudades-Estado.

El jefe de la ciudad

Como se ha dicho, el *en* fue el jefe de la comunidad urbana, en cuanto representante de la divinidad. Muy posiblemente, este personaje sería el responsable de la organización religiosa del primitivo sistema tribal anterior al nacimiento de la ciudad (*uru*), teniendo, además, a su cargo como funciones específicas la construcción y reparación de los templos y la organización de las ceremonias del culto. También planificaría el sistema hidráulico, para la adecuada explotación de las tierras, administraría los bienes del templo y sería el responsable de la

adecuada defensa del *temen* o recinto sagrado de la ciudad.

Aunque sólo aparece citado el título de *lugal* (hombre grande), traducido más tarde como *rey*, una sola vez en el estrato IIIb de Uruk (el de *en* es mucho más antiguo), ambos títulos fueron conocidos juntos desde el Dinástico Arcaico. Probablemente, el *lugal* (un líder guerrero en sus orígenes) habría poseído la más alta autoridad civil, concedida de modo temporal para hacer frente a situaciones excepcionales, pasadas las cuales, quedaría desposeído de dicha prerrogativa. Sin embargo, la propia marcha de los acontecimientos y la personalidad de quienes ejercieran tal autoridad, acabarían por convertir en permanente el *lugalato*.

Incluso se conoció una tercera titulatura, la de *ensi* (o más exactamente *ensi-ak*, administrador del cultivo), de menor importancia que las otras dos anteriores. Dicho título de *ensi*, traducido generalmente como *príncipe*, se aplicó primero a pequeños soberanos independientes o a príncipes subordinados a otra ciudad-Estado, para pasar a equivaler a *gobernador* en época neosumeria.

No faltan casos en que una misma persona se titulase *lugal* de una ciudad, pero fuera considerada *ensi* por los *lugal* de otras ciudades (caso, por ejemplo, de los reyes de Umma), o bien que adoptase a un tiempo las dos titulaturas (según puede verse en Eannatum, *ensi* de Lagash y *lugal* de Kish).

El poder del jefe de la ciudad, fuese *en*, *lugal* o *ensi*, se transmitió usualmente, a partir del Dinástico Arcaico III, por vía hereditaria o por parentesco político, siguiendo el orden de primogenitura.

Templo y palacio

Las funciones religiosas, civiles y militares de los enclaves urbanos sumerios se controlaron desde dos organismos distintos, el templo (*e-gal-makh*) y el palacio (*e-gal*), funciones asumidas en sus orígenes por un único personaje (el *en*), aunque a partir de Mesalim de Kish (*ca.* 2550) esta dicotomía haría crisis para cobrar mayor importancia el *lugal* y con ello la institución monárquica (*nam-lugal*).

El cargo de *en*, y, sobre todo, su significado religioso, se refugiaría en la ciudad de Nippur, la santa sede de Enlil, única divinidad capaz de dotar la investidura real a los hombres, prerrogativa probablemente consensuada y que era el claro recuerdo de la primitiva anfictionía sumeria (*Liga Kengir*) que allí había tenido su cabeza religiosa.

El que el cargo de *en* precediese al de *lugal* estaba basado en razones históricas, pues ya desde la etapa neolítica la existencia continuada de santuarios en las aldeas y poblados daría prioridad a sus responsables religiosos en los asuntos económicos, frente a una posible organización estatal, controlando así, bajo el pretexto de tutela sagrada, no sólo la producción y sus excedentes, sino también buena parte de las tierras de la comunidad.

A este control sobre los productos se uniría luego el de los graneros y excedentes almacenados, así como la supervisión de todo el proceso de la distribución de los mismos. Este control puede retrotraerse a la temprana época de Umm Dabaghiyah, de Yarim Tepé I y II, de Tell es-Sawwan y de Tepé Gawra IX-VIII, lugares en donde se han encontrado grandes construcciones destinadas a almacenamiento de granos y otros productos, cuyo volumen, allí acumulado, hubo de exceder en mucho a las necesidades de sus habitantes.

Muy posiblemente estos excedentes se habrían almacenado para hacer frente a los intercambios comerciales que se precisaban; hasta tanto no se empleasen lo más prudente era situarlos dentro de los recintos sagrados para una protección más eficaz. De esta manera, la producción, dejada en depósito en los santuarios, formaría parte de ellos. En buena lógica, el jefe religioso sería el único responsable de aquella riqueza.

Aunque el templo sumerio no tuviese la propiedad de lo almacenado en su recinto, hay que implicarle, de alguna manera, en la administración y redistribución de los productos y grano acumulados. Como contrapartida, una parte de los mismos sería utilizada para el mantenimiento del templo, costo que se complementaría con otras entregas en régimen de ofrendas. Habría de llegar un momento en que el templo se haría con el control de todos los excedentes, los cuales podrían hacerse revertir bien en beneficio de la comunidad (en caso de carestía y hambrunas)

o bien en provecho del propio templo, si se dedicaba a comerciar con ellos. El beneficio de esta actividad motivaría la rápida prosperidad de los mismos y, consiguientemente, el del propio enclave social (economía templar). Luego, como inversión de la riqueza adquirida, el templo iría comprando paulatinamente lotes de tierra. De este modo, dejando a un lado razones ideológicas e incluso religiosas, el templo acabaría siendo el principal factor económico de la comunidad.

El palacio, el otro polo de la organización administrativa sumeria, hubo de estructurarse poco después del templo. En las pequeñas comunidades y ante la dificultad que tendrían sus Consejos de Ancianos (*abba*) y sus Asambleas de guerreros (*ukkin*) para hacer frente a las múltiples formas de relación social que se iban generando, y para vigilar sus intereses económicos, surgiría la necesidad de que alguien asumiese el poder de tales asambleas.

Así aparecería la institución del *lugal*, cargo que se depositaría tal vez en un rico propietario, joven y capaz de aglutinar en torno a su persona una amplia clientela. En un primer momento el *lugal* sería elegido por la propia asamblea, únicamente para hacer frente a situaciones excepcionales (conflictos armados, calamidades sociales) y durante un tiempo limitado (*bala*). Sin embargo, en cuanto los poblados evolucionaron a ciudades-Estado y sus necesidades se hicieron más complejas, la propia mecánica social (o la ambición personal del elegido) obligó a que el concurso del *lugal* fuese necesario —o impuesto— de modo continuo. Así, la realeza perdería su carácter temporal para dar paso a la monarquía, sistema en el cual las primitivas asambleas pasarían a ser un simple órgano consultivo.

Si este sistema fue así para los primeros momentos, ya en la temprana época del período de Uruk se volvió más complejo, pues ante la presencia de gentes seminómadas por el Norte y el Oeste de las fronteras sumerias las ciudades-Estado más importantes hubieron de pactar una alianza o Liga, con sede en Nippur, el centro nacional religioso sumerio, en donde bajo ropajes de anfictionía, se delinearía la política conjunta.

La conexión del *lugal* con la divinidad motivaría que su autoridad civil se asentase cada vez más en la *elección divina* que

en una asamblea humana. Los textos hablan muy claramente de que el *cargo de rey*, y no el título del cargo, eran de origen divino, pues la realeza *había descendido de los cielos*.

El *lugal* vivía en el palacio (*e-gal*) y hacía descansar su poder no sólo en su nombramiento por la asamblea o su designación por la divinidad, según las épocas, sino también en una guardia palaciega, formada por un numeroso séquito de servidores y esclavos, que constituían, de hecho, un ejército permanente.

Entre las principales funciones del *lugal* hay que destacar, además de interpretar la voluntad de los dioses, la de constructor o reparador de templos, canales y edificios públicos; la de director de las actividades económicas civiles, entre ellas el comercio; la de promulgar el Derecho y la de dirigir, como jefe supremo, los contingentes militares.

El rey, en suma, equiparado pronto al *en* (con Mesalim de Kish se había producido la clara escisión entre estos dos poderes) y con autoridad luego sobre el *ensi*, llegó a poseer plena autonomía, siendo responsable sólo ante quien lo había elegido —la asamblea en un primer momento, después los dioses—, aunque tendió poco a poco a anular esta responsabilidad perpetuándose en el poder y creando la figura del príncipe heredero. No obstante, los dioses, en algunas ocasiones, podían quitarle el cargo (ésta era la justificación ante las derrotas militares o los golpes de Estado) y dárselo a otra persona.

Organización administrativa

Con Lugalzagesi de Umma (2342-2318), el único representante de la III dinastía de Uruk, el título de *lugal* sobrepasó en todos los aspectos al de *ensi*. Incluso lo llegó a dotar de mayor contenido político al aplicárselo como Rey de Sumer (*lugal kalam-ma*), distinguiendo así lo que era el gobierno sobre todo un país frente a lo que había sido sobre una sola ciudad-Estado.

Con el título de *lugal kalam-ma* intentó poner en práctica un destino político de mayores alcances sociales y económicos que el que había posibilitado la tradicional poliarquía de ciudades-Estado, pero no pudo llevarlo a cabo al ser desplazado, poco después, por los acadios.

Sería con éstos cuando Mesopotamia conoció por vez primera en su Historia la autoridad de un único Rey (en acadio, *sharrum*) quien, respaldado por soldados de élite (*maru damqu*), concentraba en su persona la totalidad de poderes. Los reyes acadios organizaron su Imperio bajo tres coordenadas que supusieron toda una novedad: universalismo, militarismo y centralismo administrativo. Sobre la figura física del rey gravitó todo el proceso imperial, especialmente al titularse Rey de las cuatro regiones (*shar kibratim arbaim*) y asumir la divinización (*il A-kade*) en vida.

La marcha del Imperio exigió una compleja máquina burocrática, precisa en todo momento para el control de ciudades y territorios; por ello, los reyes acadios no dudaron en delegar sus poderes, en buena medida, en los antiguos *lugal* y *ensi* vencidos, quienes, tras jurar obediencia al nuevo poder central (y siempre vigilados) conservaron sus ciudades, donde actuaron como gobernadores delegados. De cualquier modo, al no haberse localizado los archivos ni las principales residencias reales acadias (entre ellas Akkadé), no se puede juzgar, ni siquiera apreciar, la obra administrativa de tal dinastía.

Durante la etapa neosumeria, aparte de una vuelta al antiguo concepto de ciudad-templo (caso de Gudea de Lagash, por ejemplo), los reyes de Ur serían los únicos *lugal* legítimos, considerándose también Reyes de las cuatro regiones, en un claro deseo de dominio universal. Fueron capaces, además, de poner en práctica un gran aparato burocrático de infinitas ramificaciones, según sabemos por algunos archivos (Ur, Lagash, Umma). Así, la cancillería se puso bajo las órdenes de un Gran Visir o primer ministro (*sukkal-makh*), el más alto funcionario del Estado. En cada provincia se hallaba un *ensi* o gobernador con funciones civiles y judiciales y un *shagin* o comandante militar, cargos que si la coyuntura lo exigía eran intercambiables.

La maquinaria administrativa de los templos de la época neosumeria, muy semejante a la del palacio (y en cierto modo confundidas las dos), descansaba en el administrador o director del templo (*sanga*), en el jefe del catastro (*sag-tun*), en el jefe de los escribas (*dub-sar-makh*) y en el prefecto de los cultivos (*shabra*), de quienes dependían un gran número de empleados de distintas categorías.

La administración neosumeria tuvo también otros funcionarios de segundo rango, pero de gran eficacia, caso de los inspectores (*sukkal*), los correos (*lukasa*), los contables (*sha-dub-ba*), los coperos (*sagi*), los consejeros (*abgal*), los alcaldes (*rabianum*), los corregidores (*khazzanum*) y los gendarmes (*aga-ush*).

Asimismo, se conocen otras actividades que no formaban parte propiamente de la administración de esta época, pero que el Estado confiaba a sus propios funcionarios: comisario (*mashkim*), vigilante (*ugula*), heraldo (*nimgir*), nombres que también aparecen en el ámbito de lo militar.

Hacia el final del Imperio de Ur, las regiones fronterizas, dada la presión de elamitas y amorreos, se entregaron a personas de confianza, que alcanzaron gran poder, llegando muchos de ellos (caso de Ishbi-Erra, según vimos) a rebelarse contra su soberano y formar su propia dinastía. Dislocadas las estructuras político-administrativas de Ur III, cada *ensi* local buscó su propia independencia, volviéndose así a la antigua poliarquía de ciudades-Estado, en lucha constante entre ellas.

La sociedad

En los primeros momentos, dada la economía de autosubsistencia de las ciudades-Estado, la gran masa de la población sumeria y semita, estructurada en familias patriarcalas (*ir-ri-a*), aparece muy diluída bajo el control de los *en*, *lugal* y *ensi* respectivos, empleada en infinidad de trabajos que giraban, fundamentalmente, en torno a las explotaciones agrícolas, ganaderas y artesanales.

El palacio, con sus funcionarios y personal, aparece también como una entidad muy similar al templo, cuando no confundida con él en las primeras etapas, con la particularidad de controlar, en un momento determinado, contingentes militares ya organizados (*Estandarte de Ur, Estandarte de Mari, Estela de los buitres*), que la ciudad-Estado precisaba para defenderse de vecinos y enemigos. Sus responsables (*lugal* o *ensi*), asumen sus propias funciones políticas, a las que añaden también las religiosas, al ir usurpando poco a poco el papel que le correspondía al *en*.

De acuerdo con la terminología sumeria, existieron tres grandes capas sociales: libres, semilibres y esclavos, cuyo análisis presenta no pocos problemas.

A la primera (*lu* = hombre) pertenecieron los dirigentes, los sacerdotes y los funcionarios, que ocupaban la cúspide de la pirámide social, así como una gran masa de trabajadores, sin más beneficio que el poder de su trabajo, designada con el término general de *gurush*.

Entre estos *gurush* (hombres, mujeres y niños), en principio personas libres, hay que incluir a los *erin*, *un-il* y *dumu-gi*, cuya situación social es difícil determinar. Estos tres últimos vocablos se aplicaban al sumerio, cuando se le reclutaba para trabajos públicos (caminos, canales, edificios) o para el servicio militar. Tales personas, durante sus trabajos, estaban controladas por un *shagin* o *ensi*, lo que nos habla de gentes *dependientes*, de movimientos restringidos. La presencia en los textos de *gurush* y *erin*, tanto libres como esclavos, es una dificultad añadida para desentrañar la exacta realidad social de tales grupos.

La segunda clase social (*mashda*) estuvo formada por aquellas personas que se veían obligadas a acudir a la llamada del *lugal* sin poderse sustraer a la misma. Eran *shub-lugala* (sometidos al rey), esto es, semilibres.

En esta clase hay que incluir también a los *lu-khun-ga*, obreros o jornaleros que se alquilaban en régimen de dependencia mientras durase su trabajo. Eran contratados por los *ugula*, y una vez recuperada su libertad por haber finalizado su compromiso laboral, volvían a buscar nuevos trabajos.

La última clase social la formaban los esclavos (*sag* = cabeza; *ir* = servidor; *nam-arad* = esclavo), cuyo número es muy difícil evaluar en las primeras épocas y que no ocupaban, a pesar de su condición, un puesto aparte en la producción, sino que desempeñaban los mismos trabajos que los libres. Solían llevar unas señales que delataban su condición, sobre todo para ser reconocidos en caso de huída. Eran considerados como objetos, como una cosa de la que su dueño podía disponer a voluntad.

Con el Imperio acadio apareció un sistema socioeconómico de tipo palaciego, caracterizado por la presencia de una clase dirigente funcionarial, que se identificó con el Estado y del cual

recibió propiedades y prebendas. Nacieron así las clases sociales diferenciadas por la riqueza en un contexto de despotismo, al frente del cual se hallaba el *poderoso dios de Akkad* (en realidad el propio monarca) con pleno derecho sobre sus súbditos.

En la etapa neosumeria, el divinizado soberano ocupaba el primer lugar de la sociedad, que seguía dividida en libres, semilibres y esclavos.

Entre los primeros, y dejando a un lado los estamentos sacerdotal (encabezado por el *sanga*), militar (por el *shagin*) y funcionarial (por el *shabra*), existió un gran contingente de pobres de solemnidad, para quienes se hubieron de dictar medidas humanitarias.

Los semilibres, llamados ahora ***mash-en-kak***, eran personas que debían vender su trabajo al palacio o al templo, disponiendo así, al igual que en etapas anteriores, de una libertad restringida.

El último grupo social lo formaban los esclavos (*arad*), divididos en dos subclases, de acuerdo con su origen. La primera era la de los *ir* (esclavos) y las *geme* (esclavas), condenados a la esclavitud por disposición judicial (deudor insolvente) o por haber vendido sus servicios (autoventa personal) o haber sido vendidos, siendo niños, o entregados en adopción (que era una venta encubierta). La segunda fue la de los ***namra*** o prisioneros de guerra, básicamente de origen extranjero. Los *ir* y *geme* al ser sumerios de nacimiento, gozaron de personalidad jurídica y fueron empleados en labores domésticas y agrícolas o fueron alquilados a terceros para obtener de ellos los beneficios de su fuerza de trabajo. Los *namra*, sin estatuto jurídico por ser extranjeros, pasaron a trabajar en los talleres, en las granjas estatales y en las obras públicas o fueron enrolados en la milicia como tropas de guarnición o de choque.

Al no habernos llegado ninguna referencia sobre protestas levantadas en contra de la institución de la esclavitud (cuyo origen hay que buscarlo en las guerras) ni tampoco manifestaciones de simpatía hacia las víctimas de tal sistema, podemos afirmar que la clase social esclava ni fue importante en Sumer ni nunca causó problemas a los libres, quienes no vieron en los esclavos nada potencialmente subversivo.

Gracias a algunos *di-til-la* (pleitos resueltos) conocemos la existencia de la manumisión de esclavos, no recogida en los textos de reformas sociales ni en los Códigos jurídicos, a pesar de la existencia del término *ama-ar-gi* (libertad).

La manumisión fue de dos tipos: por adopción o por compra. En el primer caso, al esclavo se le convertía en hijo del dueño y, a cambio de determinadas obligaciones, recobraría su libertad cuando su amo muriese; en el segundo, el esclavo, si disponía de bienes suficientes, podía comprar directamente su libertad.

El ejército

Un componente social cada vez de mayor importancia fue el ejército (*erin-ni*) que se había ido organizando ya desde la época Dinástica Arcaica, dadas las constantes luchas entre las ciudades vecinas (los cambios dinásticos según la *Lista real* se habían debido a derrotas militares) y las expediciones en búsqueda de materias primas a lugares lejanos (luchas de Kish contra el Elam, por ejemplo). Algún autor ha hablado de *monarquías militares* para designar el sistema político de las primeras ciudades que contaron con murallas defensivas y con dinastías propias, remarcándose la importancia que alcanzaron Kish, Umma, Uruk y Lagash.

Por lo que sabemos, durante el período Dinástico Arcaico, no existió un ejército permanente, aunque los conflictos fuesen numerosos (bástenos citar las guerras entre Umma y Lagash por la posesión de la llanura Gu'edenna). Faltan, en realidad, elementos para evaluar los efectivos militares de esta primera etapa sumeria al desconocer los niveles de movilización social y carecer de datos demográficos. Algunos textos citan contingentes de entre 70 y 640 soldados, que van y vienen a la batalla, junto a indicaciones de la reparación de carros de guerra —lo que demuestra la existencia de conflictos armados— pero poco más nos indican.

La época acadia plantea también otra serie de incógnitas. Si bien el mayor número de hombres hizo posibles nuevos objeti-

vos militares (algunos a larga distancia), como contrapartida los compromisos defensivos contra pueblos fronterizos y el mantenimiento del Imperio exigieron esfuerzos más serios. Ello ha llevado a sostener que el ejército en este período hubo de ser permanente y estar profesionalizado (un cierto Lugalgish llevó el título de *ur-sag*, héroe, hombre de guerra.)

Es razonable aceptar la cifra de 5400 hombres que Sargón cita en uno de sus textos al hablar de la campaña de Siria (*que comían cada día delante de él*) como el número normal de una tropa en pie de guerra para una expedición lejana y de duración media. A dicha cifra se le han añadido, según estimaciones de algunos estudiosos, otros 40.000 hombres que se precisarían para controlar adecuadamente el resto del Imperio y hacer frente a cualquier evento (recordemos las luchas de Naram-Sin contra la compleja coalición de ciudades sumerias sublevadas).

La etapa neosumeria conoció un ejército aún más profesionalizado, unido, incluso, por lazos de juramento militar, y en el que sobresalían cuerpos de especialistas (arqueros, ingenieros) y tropas mercenarias (montañeses elamitas). La existencia de provincias militares, mandadas por un *shagin*, equiparado en significación al *ensi* civil, habla a las claras de la importancia que tuvo el ejército para los reyes de Ur III.

Estamos mucho mejor informados del armamento empleado, gracias a la documentación arqueológica que nos ha llegado. Para el estudio de esta temática son de incalculable interés el *Estandarte de Ur*, la *Estela de los buitres*, la *Estela de Sargón* y la *Estela de Naram-Sin*, así como diferentes objetos de tipo militar encontrados en distintos lugares.

Sabemos que el primitivo ejército sumerio constaba de un cuerpo de infantería pesada, armado con una larga lanza (*gidda*) y un hacha de combate (*kha-zi-in-na*) de cobre o de bronce, sujeta a la cintura. El soldado usaba para protegerse cascos de cuero y también metálicos (de cobre o bronce) y capas de cuero o de fieltro con discos cosidos que llegaban hasta los muslos, así como grandes escudos rectangulares reforzados con umbos metálicos. Algunos autores sostienen que cada lancero iría acompañado por un portador de escudo a fin de que el guerrero tuviese amplia libertad de movimientos para manejar su lanza.

Aunque se conocía el arco (*gish ban*), su uso como arma bélica hubo de ser muy restringido en la época del Dinástico Arcaico, dado el sistema de lucha cuerpo a cuerpo.

La infantería se organizaba en falanges de 500 a 700 hombres, completada, a veces, con otras tropas ligeras, armadas con mazas o con hondas. Estas tropas auxiliares (*illat*), además de su función de choque, servían también para proteger los flancos de la infantería.

Se supone que la falange, mandada por capitanes (*nu-banda*), estaría dividida en subunidades, siendo la menor la de diez infantes, controlada por el *ugula-nam 10* (Jefe de los 10) y que, agrupadas, a su vez, en otras unidades (entre seis y diez) estarían mandadas por un *nu-banda*.

Complemento importante de la infantería eran las tropas de carro, vehículos arrastrados no por caballos (que no fueron conocidos en Sumer), sino por onagros en número de cuatro o de dos, según sabemos por las representaciones de carros que nos han llegado. Como instrumento militar, el carro (*gish gigir*) fue un vehículo lento, pues además de poseer cuatro ruedas macizas y pesadas, carecía de eje móvil, y el yugo era muy primitivo, por lo que no permitía maniobrar con rapidez, siendo, además, obsoleto en terrenos que no fuesen llanos. Estaba ocupado por dos personas: el conductor y un guerrero, armado con jabalinas y con hacha.

Durante la época acadia, se asistió a profundos cambios tanto estratégicos como tácticos en el ejército. El uso del carro como máquina militar decayó e incluso, por lo que sabemos, cesó por completo por su poca operatividad. Al propio tiempo, la falange anterior fue sustituida por un aguerrido cuerpo de infantes, mandados por el *shagin lu-gis-ti*, y armados con arcos compuestos, arma potente que evitaba el choque frontal en los primeros momentos del combate. Las armas convencionales anteriores (hachas, lanzas, hondas, picas), así como los mismos elementos defensivos, fueron también de uso común, aunque apenas se utilizó el escudo, si hemos de hacer caso de las representaciones que conocemos.

El Derecho

Los textos cuneiformes sumerios, los que se centran en los hechos de la vida cotidiana, ofrecen una extensa variedad de aspectos acerca de la práctica jurídica, que podemos remontar documentalmente a comienzos del tercer milenio.

Todo ese material, más que recoger cuerpos doctrinales (con algunas pocas excepciones), lo que hace es exponer casos concretos de actuación, basados en prácticas consuetudinarias, descriptivas de un Derecho de origen privado y local, más que en redacciones de inspiración oficial, pues era al *en*, al *lugal* o al *ensi* (dada su elección por los dioses) a quienes correspondía legislar, para así hacer reinar la justicia (*gi-na*), mantener el orden (*du-ga*) y la equidad (*ni-si-sa*) en el país.

Los primeros textos de carácter jurídico son, en realidad, los documentos económicos de Shuruppak, de comienzos del tercer milenio, que si bien no contemplan elementos de un Derecho evolucionado, sí dejan presuponer complejas relaciones y actos legales.

Con la I dinastía de Lagash, hacia la mitad del tercer milenio, la mayor abundancia de documentación permite acercarnos con mayor precisión a la vida jurídica sumeria. Por lo que sabemos, Enmetena (2404-2375) fue el primero en poner en práctica una serie de *reformas sociales*, que afectaron a los usos y costumbres de las distintas ciudades bajo su dominio, dictadas con el fin de terminar con la crítica situación socioeconómica en que se vivía.

Ochenta años más tarde, y mediante un golpe de Estado, Lagash fue ocupada por Uruinimgina, quien para legitimar y conservar el poder se vio obligado a realizar diferentes *reformas* tendentes a lograr un equilibrio sobre todo económico, entre las clases más desfavorecidas y las del palacio y el templo. Por diferentes variantes del importante texto que mandó componer, y que marcó una verdadera revolución moral y social en su ciudad-Estado, conocemos en buena parte las reformas que implantó para cortar de raíz los abusos que los funcionarios del palacio y los sacerdotes cometían con los ciudadanos de Lagash. En virtud de las decisiones que Ningirsu le había dictado, Uruinimgina orde-

nó la devolución al estamento clerical de los bienes que les habían sido arrebatados en época de Lugalbanda; promulgó también la supresión de impuestos y la incautación de bienes, al tiempo que prohibía todo tipo de extorsiones (entre ellas, por ejemplo, llevar obligatoriamente las ovejas a palacio para ser esquiladas a precios injustos, abuso en las tasas de los funerales, ventas forzosas de casas y animales por debajo de su valor real). A todo ello se añadían medidas para una mayor seguridad ciudadana (expulsión de usureros, lapidación de ladrones), mejora de costumbres (se castigaba con la lapidación a la mujer que practicaba la diandría, se le rompían los dientes a la mujer que dijera algo a un hombre *que no debía haberle dicho*) y una mayor justicia social (abastecimiento de alimentos a pobres y ciegos, excarcelación de acusados de robo e impago de tasas, protección de viudas y huérfanos).

De la época del *lugal* de Uruk llamado Urzage (¿*ca.* 2340?) nos ha llegado un gran documento jurídico, localizado en Nippur y publicado recientemente, cuyo contenido alude al reparto de la propiedad del *sanga* Lugalnigtildug. Esta acta notarial y otras paralelas que se conocen revelan el gran dominio que los sumerios tuvieron en la práctica jurídica.

Nada conocemos de la posible existencia de algún *Código acadio*, dictado quizá por Sargón o por alguno de sus sucesores. Las indudables relaciones que existieron entre el Derecho sumerio y el acadio deben ser analizadas teniendo presente el conjunto de actas jurídicas de los reinos de la época paleobabilónica y sobre todo del *Código de Eshnunna*. Las diferencias apreciadas entre ambos Derechos obedecen a concepciones jurídicas totalmente distintas. Salvo unas cuantas tablillas de tipo administrativo y del famoso *Obelisco* de Manishtushu (2269-2255), no nos ha llegado nada que nos permita conocer el Derecho acadio.

Como vimos en su lugar, Sumer logró recuperar su tradicional modo de vida tras la expulsión de los qutu. Las ciudades del período neosumerio volvieron a conocer una gran actividad jurídica, dada la mayor complejidad política y social, promulgándose medidas reformistas en usos y costumbres y, sobre todo, legislándose ya de modo positivo por parte del Estado.

Es a Gudea de Lagash (2141-2122) a quien se le adscriben im-

portantes medidas reformistas (poco sistematizadas), que se recogen en algunos de sus *textos de oración*, grabados en sus estatuas y sobre todo en sus famosos *cilindros* de arcilla. Tal *ensi* se gloría de haber purificado su ciudad, de haber conseguido que las relaciones entre amos y criados fueran correctas y de que no hubiese contiendas judiciales inútiles, todo ello como marco necesario para emprender la construcción del grandioso santuario de Ningirsu. También legisló en el campo del Derecho privado, al establecer que en la casa en la que no hubiese hijo heredero, las hijas podrían heredar sin ningún tipo de problemas.

Con la III dinastía de Ur, se creó, como vimos, un poder político fuerte y, sobre todo, unificador de todo lo sumerio. Es al primero de sus reyes, Ur-Nammu (2112-2095), que se había sublevado contra Utukhegal de Uruk, a quien se debieron nuevos avances jurídicos, que plasmó en una *reforma catastral* que afectaba a las cuatro provincias del Norte de Nippur y en distintas *disposiciones* sobre usos y costumbres de todo Sumer, que serían recogidas por escrito durante el reinado de su hijo y sucesor Shulgi.

Es a este rey (y no a Ur-Nammu) a quien se le debe atribuir el *Código* conocido hasta hace muy pocos años como de Ur-Nammu. Tal obra jurídica, quizá originariamente escrita en una estela de piedra, nos ha llegado por copias en diferentes tablillas muy deterioradas, localizadas en Nippur, Ur y Sippar. Del texto, redactado en lengua sumeria, y que comprendería probablemente tres partes, sólo nos han llegado dos y aún incompletas: el prólogo y 29 artículos del cuerpo legal; el epílogo, si es que lo tuvo, se ha perdido.

En el prólogo, que sólo puede leerse parcialmente, se nos muestra a Ur-Nammu como *representante* terrenal de la divinidad. Tal rey, por el poder de Nannar (dios luna) y de acuerdo con la verdadera palabra de Utu (dios sol, titular de la justicia), determinó establecer la rectitud en el país y expulsar la maldición, la calumnia y la lucha. Tras estas indicaciones se analiza el mandato del rey y se mencionan las medidas sociales tomadas para establecer una *ordenación justa* en el país.

Las 29 leyes legibles del cuerpo legal, redactadas bajo fórmulas condicionales, aluden a los asesinatos, robos y violacio-

nes, que serían castigados con la pena de muerte; también se legisla sobre divorcios, sobre prácticas de brujería y sobre la recompensa que recibiría quien devolviera un esclavo huído a su dueño; se establecen las compensaciones económicas a satisfacer por quienes causasen determinadas lesiones corporales, se apropiasen ilegalmente de campos, los inundasen de agua o los volvieran improductivos.

No existe en los artículos conservados ninguna alusión a la llamada Ley del Talión —ojo por ojo y diente por diente—, compensándose las lesiones corporales mediante el pago de metales o cereales.

Los sumerios contaron también con otras disposiciones legales, hoy difíciles de fechar por su variada cronología y su dispersión en numerosas tablillas, en su mayor parte copiadas en épocas tardías. Todas ellas, conocidas de modo incompleto, muy bien podrían haber correspondido a un *Código sumerio* unitario que, modificado según las necesidades y los tiempos, pudo haber estado vigente en las ciudades-Estado sumerias. De este posible Código contamos como mínimo con dieciséis artículos referentes a daños corporales, esclavos, relaciones paterno-filiales, raptos de hijas, responsabilidad de pastores, castigos, dotes, herencias, etc., que ilustran ampliamente la práctica de relaciones jurídicas.

De gran interés son, también, las sentencias *di-til-la* (litigios resueltos), hoy perfectamente estudiados, que nos ponen en antecedentes del Derecho específico de algunas ciudades sumerias, singularmente de la época de la III dinastía de Ur y que nos dan a conocer la praxis jurídica de finales del tercer milenio.

En época paleobabilónica se publicó un último Código en lengua sumeria, a iniciativas de Lipit-Ishtar (1934-1925), un rey amorreo de la ciudad-Estado de Isin. Constaba de prólogo, un mínimo de 43 artículos y un epílogo y únicamente tuvo vigencia en Isin y Nippur. Terminó por servir de texto literario para la práctica escolar de los escribas babilonios que se ejercitaban en la antigua lengua sumeria.

La organización judicial de los primeros tiempos deja entrever una justicia impartida en los templos por los *ensi*, los sacerdotes y aún las sacerdotisas, y otra que se ejecutaba por los an-

cianos y notables de la ciudad en el palacio. En cuanto el *lugal* desbancó al *ensi*, la justicia quedó en manos del poder civil, aunque para los asuntos relacionados con los juramentos (elemento normal en el proceso judicial) el templo seguía participando activamente.

El cuidado de la administración de justicia fue otra más de las atribuciones de los reyes sumerios, pero a fin de hacerla más operativa hubieron de delegar su cometido en jueces (*lu di-ku*), cuyo número ha sido fijado entre dos y siete por ciudad, aunque debemos decir que no se conoció tal figura como oficio o profesión. Podía ser juez una persona cualificada (administrador de un templo, escriba, anciano, etc.). Quizá en Nippur, dada su condición de ciudad religiosa, hubo de existir alguna corte suprema de apelación, pero esto no pasa de simple conjetura. Tampoco se conoció la figura del abogado, por lo que cada cual debía defender personalmente sus intereses.

BIBLIOGRAFIA

BORGER, R., LUIZMAN, H., RÖMER, W. H. Ph. y SCHULER, E. VON, *Reschtsund Wirtschaftsurkunden. Historisch- Chronologische Texte. I Rechtsbücher*, Gütersloh, G. Mohn, 1982. BRÜSCHWEILER, F., «La ville dans les textes littéraires sumériens», Ginebra, *Les Cahiers du CEPOA*, 1, 1983, pp. 181-198. CIVIL, M., «Ur III Bureaucracy: Quantitative Aspects», *The Organization of Power*, Chicago-Illinois, The Oriental Institute, 1987, pp. 43-53. FALKENSTEIN, A., «La Cité-temple sumérienne», París, CHM, 1, 4, 1954, pp. 784-815. FOSTER, B., «Notes on Sargonic Legal and Judicial Procedures», Gottinga, WO, 13, 1983, pp. 298-305. GELB, I. J., «Prisoners of War in Early Mesopotamia», Chicago, JNES, 32, 1973, pp. 70-98. HALLO, W. W., *Early Mesopotamia Royal Titles: A Philologic and Historical Analysis*, New Haven, AOS, 43, 1957. KRAMER, S. N., «The Ur-Nammu Law Code: Who was its Author?», Roma, *Or.*, 52, 1983, pp. 453-456. KRAUS, F. R., «Le rôle des temples depuis la troisième dynastie d'Ur jusqu'à la 1ère dynastie de Babylone», París, CHM, 1, 3, 1954, pp. 518-545. LAMBERT, M., «Recherches sur les Reformes d'Urukagina», Roma, *Or.*, 44, 1975, pp. 22-51. LAMBERT, M., «Gran document juridique de Nippur du temps de Ur-zag-e, roi d'Uruk», París, RA, 73, 1, 1979, pp. 1-22. ROSENGARTEN, Y., «La notion sumérienne de souveraineté divine: Uru-ka-gi-na et son dieu Nin-gir-su», París, RHR, 156, 2, 1959, pp. 129-160. SZLECHTER, E., «La procedure accusatoire en

Droit suméro-babylonien», Bruselas, RIDA, 16, 3.ª ser., 1969, pp. 73-102. SZLECHTER, E., «Le Code de Lipit-Istar», París, RA, 51, 1957, pp. 57-82; 177-196; RA, 52, 1958, pp. 74-90. VANSTIPHOUT, H., «Political ideology in Early Sumer», Lovaina, OLP, 1, 1970, pp. 7-38. WINTER, I. J., «Legitimation of Authority through Image and Legend: Seals Belonging to Officials in the Administrative Bureaucracy of the Ur III State», *The Organization of Power*, Chicago-Illinois, The Oriental Institute, 1987, pp. 69-116.

Capítulo VI

LA ESTRUCTURA ECONOMICA

El esquema económico

Es inútil buscar en la economía sumeria los esquemas comerciales y de valor de nuestra época, por lo que cae fuera de contexto aplicar a la misma los conceptos de estatismo, socialismo o liberalismo. Los sumerios, como toda sociedad antigua, tuvieron su específica economía (aunque no emplearon ningún término para designar tal actividad), fundada sobre principios propios, condicionados por su sociología y geografía, y sin posible referencia a otros países de su entorno.

Dado que disfrutaron de una base agrícola autosuficiente y de un marco ambiental que les facilitaba sin mucha dificultad la vivienda y el vestido, su economía fue de simple subsistencia en las fases iniciales. Con los bienes primarios de producción local (cereales, carne, pescado, grasas, frutos) pudieron hacer frente durante todo el Neolítico y el Calcolítico a las necesidades cotidianas elementales (de grupo y aldea), basándose en una sencilla redistribución interna.

Cuando la producción originó excedentes, de los que se beneficiaron determinado número de individuos, y las necesidades sociales fueron más complejas (urbanismo) el sistema económico se modificó, haciéndose descansar en un comercio exterior (tanto de intercambio pacífico como de pillaje), llevado a cabo por aquel grupo que disponía de rentas superiores a sus necesidades (templos, palacios) y cuyos beneficios se aplicaron a la importación de materias primas útiles (metales, piedra, madera), originándose así ya una macroeconomía, cuyos mecanismos se desconocen, aunque se supongan.

Un tercer paso económico se produjo en Sumer al introducirse en la escala de necesidades los bienes superfluos (oro, pla-

ta, piedras preciosas, marfil, perfumes, especias), arribados al país bien por intercambio comercial bien por guerras o tributos. Con los nuevos productos se pudo hacer frente a exigencias ya más complejas, como las derivadas de la religión, con la consiguiente tesaurización de metales preciosos (estatuas, joyas) o las derivadas del prestigio social (palacio, funcionarios, clero).

En la cadena económica sumeria, de múltiples matices, intervinieron diversas instituciones y personas. El centro económico, como se dijo, radicó en el templo en una primera época, para pasar luego al palacio. Estas dos instituciones controlaron siempre la economía del país. En todas las ciudades-Estado, tanto de la etapa Dinástica como de la época imperial acadia o neosumeria, el *ganun*, especie de almacén de productos y oficina de trabajo, se convirtió en el órgano económico fundamental. No sólo era el centro a donde arribaban los productos del exterior, sino también el eje que controlaba al personal laboral (*gurush, erin*). Asimismo, alcanzaron gran importancia el *esh-ta-gur-ra* o centro de redistribución de productos y el *e-kash* u oficina de comunicaciones, donde se acogían a los agentes y a las misiones comerciales.

Millares de textos nos han transmitido las infinitas categorías de trabajadores que conoció Sumer y que podemos agrupar, para una visión de conjunto, en torno a los sectores primarios laborales, agrícola, ganadero y artesanal.

Puesto que la economía sumeria dependía esencialmente de la agricultura, los esfuerzos más considerables se consagraron a este sector. Un numeroso personal, perfectamente organizado, trabajaba las tierras (*a-shag*). El jefe del cultivo era el *lu-sar*, que estaba asistido por diferentes intendentes (*nu-banda-erin*, intendente de obreros; *nu-banda-gud*, intendente de bueyes, etc.), por un archivero (*sha-dub-ba*), por un jefe de catastro (*sag-tun, sa-sug*), por un jefe de almacén (*ka-gur*), y por diferentes escribas (*dub-sar*). Este engranaje administrativo, controlado por el inspector (*shabra*) y el administrador (*sanga*), supervisaba a los equipos de cultivadores (*en-gar*), dependientes de un contramaestre (*ugula*).

El templo tenía también bajo su control grandes rebaños, los cuales le garantizaban la carne para el sostenimiento del culto,

así como le permitían desarrollar una importante industria subsidiaria de cueros y textiles.

Entre el personal ganadero hay que señalar al pastor (*sipad*), al guardián (*ragab*) y al vigilante (*na-gad*), que trabajaban en el aprisco o establo (*e-udu, e-tur*), así como al lechero (*ga-gur*), que distribuía la leche entre los diferentes templos de la ciudad. Estas personas formaban el *dumu-dib-ba* (gente encargada), que actuaba como célula de personal laboral fijo, teniendo a su cargo las numerosas ocupaciones relacionadas con la ganadería.

Las diversas clases de obreros de este sector eran repartidas en equipos dirigidos cada uno por un contramaestre (*ugula*), a su vez bajo las órdenes de un intendente (*nu-banda*). Si uno de esos equipos trabajaba para el exterior, el responsable del mismo era el *gir*, quien se encargaba sobre todo de que el importe de los jornales trabajados llegasen a la administración central del templo o palacio.

El personal artesano, dependiente también de los templos y del palacio, según las épocas, trabajaba cada uno en sus talleres específicos, en donde se procedía a la manipulación de distintas materias primas y su transformación en productos manufacturados. Todas las labores se realizaban bajo la supervisión de oficiales al servicio de la administración (*gasham*, jefe de taller; *ush-bar*, *gir*, controladores), a quienes rendían cuentas los respectivos intendentes (*nu-banda*).

Dada la gran cantidad de modalidades artesanales es difícil sintetizarlas aquí. Citaremos sólo a los trabajadores de la industria textil y del cuero, actividad que ocupaba a mayor número de mano femenina (*geme-ush-bar*) que masculina (*lu-ush-bar*); a los guarnicioneros (*ashgab*), a los bataneros (*azlag*), a los trabajadores de la madera (carpinteros y ebanistas, conocidos como *zagar*), al ladrillero (*sig-dud-du*), al alfarero (*bakhar*), a los canteros, entre los que podemos distinguir a los talladores de sellos (*bur-gul, za-dim*), a los perfumistas (*i-ra-ra*) y sobre todo a los metalistas (*gish-kin-ti*), éstos a su vez divididos en especialidades según la exigencia de las diferentes técnicas de la metalurgia (*tibira, simug, dinig*).

En no pocas ocasiones todo este personal agrícola, ganadero y artesanal era inspeccionado por un escriba real (*dub-sarlugal*)

que, a modo de inspector general, revisaba la calidad del trabajo y la contabilidad.

Que sepamos, durante toda la Historia sumeria, los jornales de las personas que intervenían en el proceso económico fueron muy bajos, aunque su cuantía dependió de la categoría o especialización que se tuviese, del sexo y de la edad de las personas. Los mismos se percibían usualmente en especie, en cebada (*she*) y en cantidades de lana (*sig*), repartiéndose también aceite (*i-ba*), pan (*ninda-ba*), peces (*ku-ba*) y vestidos. Se sospecha que en no pocas ocasiones tales entregas obedecieron más a raciones de subsistencia (*she-ba*) que a verdaderas soldadas (*a lu khun-ga*).

No se pueden precisar cifras sobre jornales, pues éstos estuvieron sometidos a medidas coyunturales y a variaciones de una ciudad-Estado a otra. Por citar algún ejemplo, en la época de Akkad y en la etapa neosumeria los hombres percibían un mínimo mensual de 60 *sila* de grano (300 *sila* equivalían a un *gur* y éste a unos 252 litros de cereal), las mujeres de 30 a 40, los jóvenes de 20 a 30 y los niños sólo 10 *sila*. El mínimo vital que precisaba un hombre adulto no llegaba a dos *sila* por día, por lo que, como se deduce de las cantidades indicadas, los jornales fueron bajísimos.

La economía sumeria que a mitad del tercer milenio superó la fase del simple trueque, contó para sus transacciones económicas como elemento referencial con el patrón cebada, y en menor medida el de cobre y el de plata, aunque durante la época de Shulgi (2094-2047) este último metal comenzó a desempeñar las tres funciones clásicas del dinero: como medio de cambio, como unidad de cuenta y como un patrón de precio. Este último aspecto puede comprobarse en las largas listas de artículos que valorados en plata nos proporcionan un índice de precios exactos de todos los componentes principales de la economía mesopotámica.

Es difícil establecer baremos de equivalencias entre los patrones basados en los cereales y en los metales, pues no todas las ciudades se ajustaron a un patrón unitario, salvo en los breves períodos de unificación política. Sin embargo, sí podemos aludir a un tipo medio (en Ur, durante su III dinastía, un *gur* de cebada —unos 252 litros— equivalía a un *siclo* de plata —9 gra-

mos— y 60 *gur* a una *mina*), lo que facilitó la doble conversión cebada-plata y plata-cebada sin ninguna dificultad. En casos coyunturales la fluctuación del valor de la plata y de la cebada haría alterar esas correspondencias, aunque siempre se tendió a buscar un patrón manejable y fijo.

Agricultura

La zona Sur de Mesopotamia por sus condiciones naturales y sobre todo por el complejo sistema hidráulico que se estableció desde antiguo (canales, diques, presas, depósitos), contó con los medios más favorables para el desarrollo de una floreciente agricultura.

Sin embargo, la práctica de cultivos intensivos y, sobre todo, la constante irrigación (a lo que se asociaba la escasez de lluvias y la sequedad del clima) provocaron la progresiva salinización de las tierras y la consiguiente ruina de grandes áreas de cultivo. Este problema no fue ignorado por los sumerios, según sabemos por sus propios textos, pero no supieron resolverlo, viéndose así obligados a abandonar paulatinamente grandes zonas agrícolas para poner en explotación otras nuevas.

Las actividades agrícolas, que requirieron metódicos conocimientos y técnicas apropiadas, comenzaban en otoño con la preparación de los terrenos mediante el adecuado laboreo a base de arados de madera con reja de cobre o de bronce de dos tipos (*shukin* y *bardil*); luego se debían rastrillar por tres veces y finalmente aplastarlos con mazas. No eran precisos los abonos, pues el limo que dejarían las aguas, tras irrigarlos, eran lo suficientemente ricos para suplir tal necesidad.

Dispuesto así el campo, se efectuaba la siembra, que se hacía bien a mano, bien mediante un contenedor que se aplicaba en forma de embudo al arado y que llevaba con facilidad la semilla al surco. El regadío, por cuatro veces y siempre con un nivel de agua apropiado, y el rastrillado venían a continuación. Una vez crecidas las semillas y ya el cereal maduro, el agricultor debía vigilar que los ratones y los pájaros no dañasen la producción.

Llegado el momento de la cosecha en abril o mayo, equipos de tres hombres debían proceder a la recolección de la misma. Uno segaba los tallos con hoces adecuadas, otro ataba las gavillas y un tercero las reunía. A ello le seguía la trilla, durante la cual carromatos, trillos y animales aplastaban los montones de cereal. Luego se procedía al aventado para la separación del grano de la paja y al almacenamiento en graneros apropiados, controlados éstos por un Ka-*guru*.

Todas estas actividades, vigiladas estrechamente por el responsable del trabajo agrícola, las conocemos con tanto detalle gracias a un texto, del que se poseen varias copias, usualmente denominado *Almanaque del agricultor*, escrito hacia el 1700 y que describe las instrucciones que un granjero dio a su hijo siguiendo los dictados del dios Ninurta (el dios agricultor favorito de Enlil), a fin de que sus cosechas alcanzasen óptimos resultados.

Ignoramos exactamente cuáles fueron los rendimientos, pues hubieron de variar mucho según los lugares. Aunque un texto sumerio habla del ciento cinco por uno del producto de la siembra, hay que pensar en que hubo de ser muchísimo menor. Algunos autores han evaluado tal rendimiento entre un 30 y un 50 por ciento.

La cebada (*she*) fue el cereal más cultivado, siguiéndole el trigo (*gig*) y la espelta (*ziz*), cereales todos ellos base de la alimentación de personas y animales.

La horticultura estuvo muy desarrollada, cultivándose en los numerosos huertos y jardines de las ciudades, protegidos del sol y del viento por cinturones de árboles, diversas clases de leguminosas o *u-niga* (almortas, judías, garbanzos, lentejas, guisantes, habas), así como las más variadas hortalizas o *nissa* (lechugas, pepinos, nabos, rábanos, cebollas, ajos, puerros).

También se cultivaron plantas beneficiosas y especias utilizadas en medicina y en la condimentación (azafrán, mostaza, hisopo, coriandro, tomillo) que se complementaban con las silvestres (comino, achicoria, menta, palo dulce, adormidera).

Fueron, asimismo, muy cultivadas dos plantas herbáceas: el lino (*gish gada*), del cual se obtenían fibras para la fabricación

de lienzos y el aceite de linaza, y el sésamo (*she-gish-i*), de cuyas semillas se extraía aceite comestible.

Entre los árboles frutales, el más importante, sin discusión, fue la palmera datilera (*gishimmar*), cuyos frutos constituían parte usual de la dieta alimentaria del sumerio. De dicho árbol y de su fruto se podían obtener otros numerosos beneficios, que iban desde su utilización como combustible a la fabricación de bebidas alcohólicas. Junto a la palmera, que se polinizaba artificialmente, hay que citar la higuera (*gish pesh*), el manzano (*gish hashhur*), el granado (*gish nu-ur-ma*) y la vid (*gish geshtin*). También se conoció el níspero (*gish sennur-kib*), el álamo (*gish asal*), y el tamarisco (*gish shinig*). Dada la carencia de árboles maderables, la caña (*gi*), crecida de forma espontánea en las zonas pantanosas y riberas de los canales y cursos de agua, alcanzó una gran importancia económica.

En las épocas protohistórica y Dinástica Arcaica, según se puede deducir de la documentación existente, una gran parte de las tierras cultivables estuvieron en poder de los templos, dado el principio de que la tierra era propiedad del dios de cada una de las ciudades. Sin embargo, el palacio contó también con grandes propiedades, que fueron en aumento cada vez más, debido sobre todo a la compra de terrenos o a la secularización de las parcelas de los templos.

Los textos hablan para estos tiempos —y en relación con el templo— de tierras arables, fundamentalmente cerealícolas (*gana*) de tres tipos: *gana ni-en-na; gana kur* y *gana uru-la*. El primero (*gana ni-en-na*, Campo del Señor o, mejor, Campo del sacerdote *en*) lo formaban las tierras propias del dios, cuya producción se destinaba exclusivamente a las necesidades del culto y de la economía interna del templo. Esta primera clase de tierras representaban, al parecer, aproximadamente, un cuarto del total de las arables. La tierra *gana kur* (Campo de sostenimiento) era tierra también propiedad del estamento clerical, pero que el templo asignaba a sus sacerdotes y empleados en usufructo para su mantenimiento. Finalmente, la tierra *gana uru-la* (Campo en arriendo) era la que el templo entregaba a las gentes no pertenecientes a él para que pudiesen subsistir a cambio de un arriendo evaluado por algunos en una séptima u octava parte de la cosecha.

A estas tierras hay que añadir los jardines, huertos, bosques y terrenos pantanosos, según los casos, así como algunos sectores de estepa en la que los rebaños, también del templo, encontraban parte de su subsistencia.

Las tierras que no pertenecían al templo, y que comprendieron probablemente la mitad o algo más de los territorios de las ciudades-Estado de la época Dinástica Arcaica, estaban en manos de los príncipes gobernantes y de sus familias, así como en las de los grandes funcionarios del palacio y los más importantes sacerdotes.

El resto de las tierras no poseídas por el templo o por la nobleza, pertenecía a los ciudadanos ordinarios de la población que, organizados en familias patriarcales, las trabajaban o las vendían según los casos.

La estructura económica de las tierras se modificó durante el Imperio acadio, dado que con sus reyes se desarrolló aún muchísimo más la propiedad laica (privada o colectiva) de los campos de cultivo, dando ejemplo uno de sus reyes, Manishtushu, al comprar tierras a ocho grupos de vendedores (totalizaban 98 propietarios) de la zona de Kish, que luego distribuyó entre 49 nuevos ocupantes, todos ellos acadios. En el valle del Diyala la tierra estuvo repartida, por lo que se sabe, en grandes dominios, que no excluían, sin embargo, la pequeña propiedad.

Este individualismo económico acadio modificaría poco a poco las relaciones sociales, dándose paso a la distinción de las clases según la riqueza material y cuyas consecuencias aparecerían plenamente después de la III dinastía de Ur.

Tras el paréntesis acadio y qutu, en el período neosumerio se volvió a la misma división de las tierras arables de la época Dinástica Arcaica, pero estando ahora en mayor porcentaje en manos del palacio, pasando los templos a ser en muchas ciudades simples administradores de las tierras, función que les encargó directamente el rey. Sin embargo, el responsable último de la agricultura en la última etapa de la Historia sumeria, era el gobernador de las respectivas ciudades (al menos en Lagash, Umma y Nippur, según sabemos por las fuentes), siéndolo de Ur los miembros de la familia real.

Como hecho curioso se ha observado que la propiedad pri-

vada durante la III dinastía de Ur hubo de ser muy restringida o no existió, habida cuenta de que entre la enorme masa de documentación administrativa, correspondiente a tal período, no se ha encontrado ni un solo contrato de compraventa de campos.

Las tierras, por lo que sabemos, continuaron con la misma división jerarquizada, si bien los antiguos Campos del Señor (*gana ni-en-na*) se llamaron *gana gu* (forma abreviada de *gana nu-banda-gu*, esto es, Campo bajo la jurisdicción del *nu-banda-gu*, literalmente, inspector de los bueyes), lo que quiere decir que las tierras propias del templo habían pasado a ser controladas por el poder civil, del cual dependían los inspectores de bueyes.

Ignoramos cómo se pudo producir este cambio tan radical en las formas de propiedad, cambio que se produjo sin traumas, si hemos de hacer caso a la documentación existente (ningún texto de la época hace alusión a pretendidas usurpaciones por parte de los reyes de Ur). En este cambio de propietarios mucho tendría que ver el carácter de divinidad que ostentaron los reyes del Imperio de Ur, pues si eran dioses en vida, lo normal era que fuesen los dueños de las tierras.

Las antiguas tierras *gana kur* siguieron asignándose a funcionarios de palacio y de templos y las *gana uru-la* a los particulares.

Ganadería, caza y pesca

Se conoce bastante mal todo lo relacionado con la ganadería sumeria que, sin embargo, hubo de desempeñar un importante papel económico, dadas las necesidades primarias de las gentes (alimentos, ropa, transportes), así como las del palacio y las del templo (sacrificios a los dioses, ofrendas, manufacturas).

Una vez domesticados una serie de animales, el sumerio los crió estabulándolos adecuadamente. A pesar del costo que significaba el pienso de los asnos (*anshe, eme*), de los que conocieron dos especies (gris y blanca), este animal fue muy numeroso, estando al alcance de un buen número de gente, que lo utilizaba como bestia de carga. También el onagro domesticado se empleó igualmente como animal de carga, a pesar de la peligrosidad de sus coces y mordiscos.

El ganado vacuno, también de costosa cría, fue muy utilizado en los trabajos agrícolas, especialmente el buey, empleado como animal de tiro, de arrastre y de carga. Toros, vacas y terneros alcanzaron un considerable valor por su carne, piel y leche.

Más barata resultaba la cría de ovinos (nos han llegado más de 200 palabras para designar sus clases y variedades), entre los que sobresalieron por su importancia económica las ovejas cebadas, las de cola gruesa y las de monte (muflón). De los ovinos se obtenían lana (el rendimiento fue escaso), piel y leche, sin olvidar la carne, que se consumía en días señalados o que se llevaba al templo como ofrenda. El pelo de las cabras era utilizado para fabricar alfombras y grandes canastos. La carne de cerdo fue en cambio muy apreciada y consumida, dado el escaso costo de su cría, aunque se cita a dicho animal muy poco en los textos.

En ocasiones, grandes perros (*ur-gi*) guardaban los rebaños y los protegían contra el ataque de hienas y lobos. Los gatos domésticos (*sa-a*) y las mangostas (*nin-kilim*) fueron empleados como cazadores de ratas y ratones, muy abundantes en campos y graneros. Los sumerios no conocieron el caballo, ni los camellos ni los dromedarios.

Gran importancia alcanzó la granja de Puzrish-Dagan (Drehem), una de las primeras de la Historia, instalada por el rey Shulgi para hacer frente a las necesidades del culto tributado a los diferentes dioses sumerios presentes en los cinco grandes templos de Nippur. En tal granja, según sabemos, trabajó el *mash-kim* Zabar-dab (¿o este nombre indica una función?) durante ocho años, siendo responsable de los aprovisionamientos de animales de sacrificio para los templos. La pujanza de tal centro ganadero la reflejan los asientos de entradas y salidas de todo tipo de animales. En un mes, por ejemplo, conoció un movimiento de 22.000 ovinos y 1.000 vacunos.

Entre las aves de corral, las gallinas, los gansos, los pavos y, sobre todo, las palomas, fueron criados para la obtención de su exquisita carne y el consumo de sus huevos. La apicultura no fue usual en Sumer, y el término *lal* que designaba a la miel, debería aplicarse mejor al jarabe de dátiles. Sin embargo, se conoció la miel de abejas, citada en los textos siempre en pequeñas cantidades y a precios muy elevados.

La caza también fue un pequeño complemento de este sector económico, dada la abundancia de gacelas, antílopes, cabras salvajes, jabalíes y ciervos, que proporcionaban óptima carne, pieles para vestir y huesos para la fabricación de instrumentos. Nos han llegado textos que recuerdan el reparto de los despojos de distintos animales cazados. También se persiguieron a los animales salvajes (león, lobo, zorros, bisontes y otras especies), pero más para protegerse de ellos que como puro deporte cinegético.

Entre las aves, las perdices, las grullas, las garzas y las avestruces fueron las piezas más cazadas por los pajareros (*mushen du*), que las obtenían con redes, trampas y flechas.

La pesca, en cambio, fue muy practicada, debido a la riqueza de agua en el país y sobre todo a las necesidades alimentarias. Mediante redes fijas o barrederas, jabalinas, arpones y nasas se consiguieron buenos ejemplares de todo tipo de peces (los textos anteriores al 2300 hablan de cincuenta clases), los cuales constituyeron un importante aporte proteínico para las clases económicamente más débiles, así como una considerable fuente de ingresos para el palacio y el templo, que habían hecho de tal actividad, practicada por pescadores profesionales (*shu-kua*), una floreciente industria, que se llegó a exportar.

Artesanía e industria

La carencia de materias primas obligó a los sumerios, como se ha señalado varias veces, a buscar lugares de aprovisionamiento de las mismas fuera de sus fronteras, bien mediante contactos pacíficos (comercio), bien mediante expediciones militares, cuyo reflejo aparece en diferentes mitos, poemas épicos y textos historiográficos. Gracias a aquellos dos medios de acopio contaron con una serie de bienes (metales, maderas, piedras) que junto a los propios (arcilla, betún, lana, carne, cereales) les permitió desarrollar una artesanía e industria bastante complejas.

Tales actividades se regularon y controlaron minuciosamente desde el templo o el palacio, únicos entes capaces de poseer la infraestructura necesaria para las mismas (almacenes, herramientas, materias, mano de obra libre y esclava).

Sus comienzos fueron muy pobres, y desde luego derivaron de los trabajos artesanales propios del Neolítico. Con el barro se obtuvieron gran cantidad de adobes y ladrillos, que se precisaban para las construcciones y reparaciones de templos, palacios y casas. El dato de que el templo del dios Shara en Umma (que no fue uno de los más importantes) precisó 117.000 metros cúbicos de ladrillos para su construcción puede ser revelador de la altísima producción de los ladrillares sumerios.

También con el barro se fabricaron una extensa variedad de cerámicas cuya técnica se dominaba ya desde los más remotos tiempos.

Con las cañas, tan abundantes en el país, y con las hojas de palmera se hicieron infinidad de cestas, recipientes o bandejas, así como cobertizos en apriscos y casas, y otros enseres de uso cotidiano, aparte de barcas de poco calado.

A pesar de la carencia de piedra, los sumerios la trabajaron excelentemente, obteniendo de ella diverso instrumental (hachas, martillos, puntas de flecha, cuchillos) y objetos menores (cilindros y cilindro-sellos, esculturillas, collares), llegando a ser unos consumados canteros y lapidarios al manipular todo tipo de piedras corrientes blandas o duras (calcita, sílex, diorita, obsidiana) y semipreciosas (lapislázuli, ágata, calcedonia), además del marfil.

Lo mismo ocurrió con la metalurgia, aunque el país tampoco tuviese ningún tipo de metal. Artesanalmente, los metalurgistas (*tibira, simug*) elaboraron muchísimos objetos y herramientas (sierras, taladros, martillos, cinceles, azadas, escoplos, cuchillos, puñales, espadas, alfileres, espejos) a partir del cobre (*urudu*) y del bronce (*zabar*), metales que se importaban en bruto o en barras y anillas. Con los metales preciosos realizaron espléndidas obras de orfebrería (anillos, brazaletes, pendientes, collares), cuya máxima expresión la hallamos en los tesoros de las tumbas reales de Ur (casco de Meskalamdug, arpas, puñales, copas), en el vaso de plata de Enmetena de Lagash y en otros objetos. La fundición, el repujado, la soldadura, la filigrana y la granulación de oro y plata no tuvieron secretos para los joyeros sumerios.

Para la etapa neosumeria puede hablarse incluso de una fabricación en cadena (sobre todo en los talleres de Ur, Lagash y

Umma), pues se conoce todo el proceso de manufacturación, que abarcaba desde la recepción del metal en los almacenes, hasta los trabajos que se realizaban en los obradores especializados.

Asimismo, de los productos agrícolas se derivaron algunas especialidades artesanales e industriales. De la cebada, por ejemplo (y aunque no conozcamos todavía las técnicas de elaboración), se obtuvieron varios tipos de cerveza (*bappir*), designados bien con los nombres del color de la bebida (roja, negra), bien por sus características intrínsecas (fina, espumosa, agria, de primera calidad). El volumen de producción hubo de ser alto, pues dicha bebida, aparte de ser muy consumida, se ofrendaba también corrientemente a los dioses en lugares santos, a los reyes y a los difuntos. La preparación de la cerveza estuvo relacionada con la fabricación de *panes de cereales* de cebada fermentada, que por su gran cantidad de carbohidratos y proteínas desempeñaron un importante papel en la alimentación.

De los dátiles se lograban aguardiente y vinos dulces (*geshtin*), aunque el más apreciado fue el de uva, del que se conocieron diferentes clases (*geshtin mud, geshtin-sur-ra, geshtin us*). También son citadas las almazaras (*shur-ra*), en donde se obtenía el aceite (*i-gish*) prensando las semillas oleaginosas del sésamo. El aceite se empleaba para muchos menesteres, que iban desde la alimentación a la farmacopea, pasando por el aseo personal (*i-ba*).

Mediante la mezcla de cebada cocida, con determinadas grasas, frutas y plantas aromáticas se fabricaron también diversos ungüentos, que se precisaban para diferentes necesidades (cultos religiosos o funerarios, medicina).

Con la madera de los árboles tanto frutales (sobre todo el manzano) como maderables (álamo, roble, abeto, sauce, cedro, ébano) se fabricaron todo tipo de objetos (recipientes, clavijas, cuchillas, vigas), los más variados muebles, así como vehículos (carromatos, carros, barcos, trineos). Esta labor, en la que participaban diferentes especialistas, comprendía desde la tajadura del árbol hasta el producto acabado.

Carácter de industria local, auspiciada también por el templo y el palacio, aunque existiese un pequeño sector privado, tuvieron la molienda de los cereales y la fabricación del pan (*ninda*),

así como el hilado y la tejeduría. En estas actividades la mano de obra femenina esclava era básica, si bien en la de los tejidos también participaban los hombres. Desconocemos si emplearon la rueca, pues para el hilado, según se sabe, sólo se utilizaba el huso. También nos falta información sobre los telares, aunque se conocían tanto los horizontales como los verticales. Todo el proceso textil estuvo sometido a un control muy estricto, según dejan ver las numerosas tablillas administrativas localizadas en Lagash y en Ur.

La abundancia de ganado hizo que se desarrollara una floreciente industria de curtidos, a partir de la elaboración de cueros (*kush*), y cuyo máximo consumidor fue el ejército (arreos para las monturas, látigos, cascos, escudos, trajes). Por lo que sabemos, el calzado se empleó relativamente poco, siendo común sólo entre las clases económicamente bien situadas; en cambio, otros productos (bolsos, pellejos de agua, llantas para ruedas de carros, correas, etc.), fueron de amplio consumo. Un texto de Lagash demuestra la importancia de la artesanía del cuero. En él se recoge la manipulación de 470 pieles de cordero, 84 pieles de cabra, 9 pieles de bueyes adultos y ocho pieles de becerro.

Comercio

Por los restos arqueológicos (que revelan diferentes materiales y productos importados) y, sobre todo, por los documentos epigráficos (textos históricos, económicos, literarios y lexicales) se puede delinear con bastante precisión los contactos comerciales que mantuvieron los sumerios con los países extranjeros, así como las principales rutas seguidas y la singularización de los productos (básicamente piedras, maderas y metales), que eran imprescindibles para el desarrollo y el progreso de su civilización, sin olvidar los nombres de importantes comerciantes (Ur-emush, Turam-ili, etc.).

La situación geográfica de Sumer y su configuración orográfica fueron también capitales para el desarrollo del comercio. Así, el mar y el Océano y las dos grandes arterias fluviales, que recorrían el país, le permitieron el contacto con países lejanos

como la India al Sur, Siria y Anatolia al Norte, el Elam y Afganistán al Este y el Sinaí y Egipto al Oeste.

A comienzos del tercer milenio, el país disfrutaba ya de una economía fuerte, basada en la agricultura, en la cría del ganado y en la industria textil y peletera, controlada, sobre todo, por los templos y el palacio. Sin embargo, esta economía con sus excedentes, a fin de desarrollarse adecuadamente hubo de recurrir al comercio exterior, pues precisaba de otros productos que su sociedad, ya desarrollada, exigía. A cambio de maderas, piedras y metales, Sumer ofreció los productos de su agricultura y los de su ganadería, aunque desconocemos exactamente la mecánica comercial, al menos para el período del Dinástico Arcaico, al no existir una moneda como elemento de referencia, ni datos que nos expliquen los procesos comerciales.

El comercio estuvo regulado por el Estado (los templos y el palacio) y no por los particulares, aunque se conozcan los términos que designaban al comerciante (llamado *shab-gal* en los textos de Shuruppak, y luego *dam-kar*), a sus agentes (*shab-tur*) y aún al gran comerciante (*gal dam-kar*).

Durante toda su Historia, Sumer mantuvo contactos mercantiles (bien mediante intercambios pacíficos, bien mediante expediciones militares) e incluso colonias comerciales (o las acogió en su territorio), que le posibilitaron la importación de diferentes materias primas, que fueron a buscar en tres direcciones: al Sur, a Dilmun, Magan y Melukhkha, accesibles por vía marítima; al Este, al Elam y al altiplano iránico en general, a donde se llegaba por mar o por vía fluvial y terrestre; y al Nordeste y Norte, esto es, a la zona que va del Mediterráneo con el Líbano, Siria y Asia Menor, hasta el lago Urmia, amplia zona a la que se arribaba por vía fluvial y terrestre.

Un cuidadoso examen de los textos nos permite conocer muchos aspectos del comercio sumerio, sobre todo el seguimiento individualizado de los materiales y productos de importación, que podemos ordenar, a efectos de síntesis, en siete grupos: piedra, arcilla y betunes; metales y sus manufacturas; maderas y elaborados; productos agrícolas y alimentarios; fauna (animales domésticos y salvajes); materias textiles; y operarios y mano de obra especializada.

Respecto al primer grupo, hemos de detenernos sobre todo en la dolerita y la diorita (*na esi*) de Magan, con la cual Gudea y algunos otros esculpieron sus estatuas, y en la piedra de construcción (*na na*), procedente de Umanum y Balla principalmente y que se destinaba a la edificación de templos y palacios. Junto a estas piedras, también se importaron otras de carácter precioso y semiprecioso: el topacio (*na duk-si-a*), la cornalina (*na-gug*), el ágata (*na nir*), el alabastro (*na nu-gal*) y sobre todo el lapislázuli (*na za-gin*), traído de Afganistán, si bien los textos mencionan como lugares de procedencia Tukrish y Melukhkha.

Entre las arcillas y gredas se recibía el yeso (*im-babbar-ra*) de Magda; un tipo de arcilla rojiza (*im*-Ha.UM), también de Magda, y otro de arcilla dura (*im-kal-ga*), que se importaba de Kakhursaga. Estas arcillas eran utilizadas en las construcciones, pero también se empleaban como colorantes y abrasivos.

El betún (*esir-a-ba-al*), además del existente en las zonas norteñas de Mesopotamia, se traía también de Magda, siendo muy utilizado en la construcción y en el calafateo de embarcaciones.

Por lo que se refiere a los metales, Sumer importó (o lo adquirió como botín) grandes cantidades de oro (*guskkin*), especialmente apreciado por el estamento clerical para destinarlo a los templos. Kharali, Aratta y Melukhkha eran sus principales puntos de procedencia y los de llegada Lagash, Nippur, Uruk, Isin, Akkadé y, sobre todo, Ur. Al oro le seguía la plata (*ku-babbar*) y el llamado *metal de primera calidad* (*ku-sag*). Mayor volumen adquirió el comercio del plomo (*lu-lu*), del estaño (*nanga*), del electro (*su-du-ag*) y, sobre todo, del cobre (*urudu*), éste traído de Aratta, Dilmun, Kagalad, Magan y Melukhkha.

También se comerció con productos metálicos ya manufacturados en el exterior: moldes de fundición (*aga-rin*), hachas (*khazi-in*) y diferentes metales, más o menos elaborados (*kudim-ma*).

Asimismo, las diversas clases de madera y sus elaborados alcanzaron especial estima entre los sumerios. Hay que citar, ante todo, como maderas nobles el cedro (*gish eren*), traído del Amanus y zonas del Líbano, utilizado para las vigas y puertas de palacios y templos, y el ébano (*gish esi*), que venía de Melukhkha y de Dilmun. Para diferentes objetos de uso corriente se emplea-

ron el álamo (*gish sennur*) y las denominadas maderas de mar (*gish ab-ba*) y maderas de montaña (*gish kur*), las primeras traidas de Magan, Dilmun y Gubin, y las segundas de Ursu. Asimismo, se trabajó con madera de encina (*gish kha-lu-uh*), de ciprés (*gish su-ur-me*), de plátano (*gish tu-lu-bu-um*) y de abeto (*gish u-shukh*), por citar las más comunes, todas ellas importadas.

En no pocas ocasiones los textos recogen también objetos de madera ya fabricados en origen. Así, se citan mesas (*gish banshur*), asientos y tronos (*gish gu-za*) y sillas de viaje fabricados en Magan y Melukhkha; barcos (*gish ma*), construidos en Melukhkha, pero también en Ur, y que se exportaban a Dilmun; carros (*gish mar-gid-da*), construidos en Subartu, Elam, Gutium, Mari y aún Amurru.

El tercer grupo de productos con los que se comerciaba eran los propios de la agricultura, cuyos excedentes eran capaces de soportar todo el comercio exterior. Sobre todos ellos destacaba la cebada (*she*), que se exportaba a numerosos lugares, y especialmente a Dilmun y Aratta, a cambio aquí de metales y piedras preciosas. En menor volumen se comerció con los dátiles (*su-lum*), aunque los sumerios prefirieron, al parecer, los producidos en Dilmun, famosos por su gran dulzor (*su-lum ku-ku*). Desde Ur se exportaba sésamo a toda Mesopotamia y a Dilmun. Otros productos con los que se comerció fueron los ajos, *sum-sikil-(lum)*, y la caña (*gi*), de la cual era especialmente abundante el país.

A Sumer arribaron diversos animales desde el exterior. Los textos hablan de un animal *ab-za-za* no identificado (¿tal vez el cebú?), que era importado junto al elefante (*gu am-si-makh*) de países no especificados. También se citan toros y bueyes (*gu*), siendo especialmente solicitados los de Melukhkha, Aratta y Amurru, así como diferente ganado ovino (*udu*) y caprino (*mash*) y de cerda (*shakh*), que se exportaba o importaba según los casos.

Un comercio significativo tenía el pescado seco (*ku*), que se enviaba sobre todo al Elam y a otros puntos del Norte. Entre la volatería debe citarse al francolín (*dar mushen*), al gallo de India (*dar mushen me-lukh-kha*), al pavo real (*kha-ia mushen*) y a

las ocas (*kur-gi mushen*). También el perro de raza (*ur-gi*) y los cachorros de perro (*ur-nim*) aparecen como animales de importación, traidos del Elam y de Markhashi.

Diferentes materias textiles tuvieron también un importante volumen comercial. Sumer exportaba sobre todo lana (*sig*), tanto peinada como bruta, pero también recibía partidas de tal producto, provenientes de Zalamgar y Elam, vía Dilmun, y de Amurru, Gutium y Khana. El lino (*gish gada*) de Dilmun fue también muy solicitado por los telares de Lagash, Ur e Isin. Los textos hablan de distintas calidades de paños (*tug*), que se exportaban a diferentes puntos, así como de sacos de pieles (*kush-lu-ub*) que se traían de Amurru.

Finalmente, junto a las materias primas importadas, también fue necesario en muchas ocasiones hacer venir voluntariamente (Gudea llamó a Girsu a gentes de Susania y del Elam para la construcción del Eninnu) o por la fuerza (Lugalbanda condujo a Uruk a orífices y joyeros) a numeroso personal especializado (en los textos *a*-KAL, «mano de obra») para que se ocupase no sólo de las grandes construcciones (templos y palacios de Uruk, Lagash y Ur, sobre todo), sino también de los trabajos de joyería y de pura creación artística.

BIBLIOGRAFIA

ARCHI A., (Ed.). *Circulation of goods in Non-Palatial context in the Ancient Near East*, Roma, Ateneo, 1984. CHARLES, M. P., «An Introduction to the Legumes and Oil Plants of Mesopotamia», Cambridge, BSAg, 2, 1985, pp. 39-61. DIAKONOFF, I. M., *Ancient Mesopotamia, Socio-Economic History*, Moscú, USSR, Academy of Sciences, 1969. FOSTER, B. R., *Administration and use of institutional land in Sargonic Sumer*, Copenhague, (*Mesopotamia*, 9), Akademisk Forlag, 1982. GOMI, T., «On the Critical Economic Situation at Ur Early in the Reign of Ibbisin», Cambridge, Mass., JCS, 36, 2, 1984, pp. 211-242. LAMBERT, M., «La vie économique d'un quartier de Lagash (Epoque de la III dynastie d'Ur)», París, RA, 55, 1961, pp. 77-90; 135-146. LIMET, H., *Le travail du métal au pays de Sumer au temps de la IIIe dynastie d'Ur*, París, Ed. «Les Belles Lettres», 1960. LIMET, H., «Les schemas du Commerce neo-sumerien», Londres, *Iraq*, 39, 1, 1977, pp. 51-58. PETTINATO, G., «Il commercio con l'Estero della

Mesopotamia meridionale nel 3. millennio av. Cr. alla luce delle fonti letterarie e lessicali sumeriche», Turín, *Mesopotamia*, 7, 1972, pp. 43-166. SALONEN, A., *Agricultura Mesopotamica nach sumerisch-akkadischen Quellen*, Helsinki, Annales Academiae Scientiarum Fennicae, 1968. SIGRIST, R. M., «Ir-in-un-il», París, RA, 73, 2, 1979, pp. 101-120; RA, 74, 1, 1980, pp. 11-28. STEINKELLER, P., «The Administrative and Economic organization of the Ur III State: The Core and the Periphery», *The Organization of Power*, Chicago-Illinois, The Oriental Institute, 1987, pp. 19-41. THOMSON, G. A., *Aspects of Economic behavior in the Ur III dynasty*, Ann Arbor, University of Nebraska, 1972. MIEROP, M., VAN DE, «Túram-ilí: An Ur III Merchant», Cambridge, Mass., JCS, 38, 1, 1986, pp. 1-8. ZETTLER, R. L., «Administration of the Temple of Inanna at Nippur und the third Dynasty of Ur: Archaeological and Documentary Evidence», *The Organization of Power*, Chicago-Illinois, The Oriental Institute, 1987, pp. 117-131.

Capítulo VII

LA ESCRITURA, LA LENGUA Y LA LITERATURA

La escritura cuneiforme

La invención de la escritura fue, como es sabido, el resultado de un larguísimo proceso, cuyos antecedentes se pierden en la Prehistoria, en la manifestación de su Arte, tanto realista como esquemático, siendo sus signos y dibujos para algunos historiadores los presupuestos de tal invención. Otros, en cambio, ven en algunos de los objetos materiales que han llegado a nuestros días (esferas, conos, discos de pequeño tamaño) una expresión mnemónica, que muy bien podría haber originado también la escritura.

Una vez que el hombre se sedentarizó, se dedicó al cultivo de los cereales, a la domesticación de animales y a la fabricación de determinadas manufacturas, la necesidad de su contabilidad, el llevar anotados adecuadamente la entrada de los productos y materias, la salida de los excedentes propios, la fiscalización de lo almacenado y de los gastos, exigió imperiosamente un sistema de control que desembocó en el hallazgo de la escritura.

Este sistema se originó por primera vez en Sumer, hacia la mitad del cuarto milenio, arbitrado mediante unos signos que eran capaces de fijar al principio cualquier necesidad contable y poco después incluso expresiones abstractas o intelectuales.

La técnica de reproducción de aquellos signos fue muy simple, pues se grababan con la punta de una caña sobre tablillas (*dub*) de barro aún blando, las cuales, secadas al sol o cocidas al horno, guardaban indefinidamente lo fijado en su superficie.

Si se acepta la posibilidad de que la creación de la escritura hubiese descansado en principios mnemotécnicos, habría que evaluar adecuadamente la multitud de esferas, cubos, conos, biconos, discos, tetraedros, prismas, etc. de pequeño tamaño, lo-

calizados en distintos puntos de Irán (Susa), Iraq (en la propia Uruk) y Siria y que funcionaron, como ha sido puesto de manifiesto por los especialistas, como unidades, submúltiplos y múltiplos o como objetos mercantiles específicos, necesarios para las transacciones comerciales y para el control de determinados productos, muchísimo antes de que los sumerios inventaran la escritura.

Estas fichas, macizas, perforadas e incluso huecas y conteniendo otras en su interior, adoptaron distintas formas a las que se daría un significado propio (panes, ovejas, madera, perfumes, brazaletes, vestidos) o simplemente valoraciones numéricas. Este sistema, considerado en su totalidad, y detectado ya para la temprana fecha del 8500 contó con quince clases de fichas, divididas en unas 200 subclases, basadas en el tamaño, marcas, valoración fraccional y otras consideraciones.

Para algunos autores esta serie de objetos de arcilla, con incisiones y marcas de punzón en muchos casos, que servían como registro contable, podrían muy bien —por un proceso evolutivo en el que las imágenes de las fichas suplantaron a las propias fichas— haber originado los logogramas sumerios, esto es, la escritura.

Las más antiguas tablillas de barro con escritura, que siguen sin ser descifradas en su mayor parte, llevan grabados simplemente signos numéricos (Uruk, Khafadye); dibujos con líneas curvas o rectas que pueden designar objetos y animales más o menos reconocibles y, posiblemente, nombres de persona. Son dibujos incisos de modo continuo con una caña muy aguda, correspondientes a una fase pictográfica primitiva en la que los dibujos anotaban palabras-imágenes (logogramas).

Luego, en otras tablillas, por condicionantes del propio medio escriturario y sobre todo por el avance del sistema, los signos se estilizan y se reemplazan por rectas escalonadas al transcribir primero ideogramas y después ya fonogramas. Con ello se daba el paso final hacia la expresión de todas las formas lingüísticas posibles, por muy abstractas que fuesen. El empleo de estiletes o punzones más adecuados, con puntas anchas y de sección triangular, que se imprimían por presión, produjo ya la escritura que por su grafía recibió a partir del siglo XVIII de nuestra era, el nombre de *cuneiforme*.

Los signos cuneiformes sumerios oscilaron entre los 2000 para la época más antigua (Uruk IV-III) y los 600 del resto de su Historia. De hecho, en muchísimos casos, se logró llegar a la igualdad signo-palabra, dado el carácter aglutinante y en buena parte monosilábico de la lengua; sin embargo, cuando se intentó sistematizar todo el cúmulo de signos, se introdujeron algunos valores silábicos (entre 150 y 100 signos) y bastantes determinativos, indicadores de la categoría del objeto expresado (dios, hombre, árbol, pájaro, ciudad, etc.) para facilitar su lectura. También, con vistas a una economía de signos, se recurrió a la polifonía y a la polisemia de los mismos, en virtud de las cuales un signo podría ser leído e interpretado de diferentes maneras.

La escritura cuneiforme se extendió por todo el Próximo Oriente antiguo, perviviendo hasta el primer milenio. Además de los sumerios (sus inventores) y los semitas (acadios, amorreos, babilonios, asirios), la utilizaron también los hurritas, los eblaítas, los hititas, los elamitas, los persas, los ugaríticos y los urartianos.

La lengua sumeria

El sumerio ha sido la lengua escrita más antigua. Al ser de tipo aglutinante presenta en su estructura algunos parecidos con el turco, el húngaro, el finlandés, el caucasiano, el vasco y otras lenguas africanas y malayo-polinésicas; sin embargo, no ha podido encontrarse todavía ninguna otra lengua, viva o muerta, con la que pueda relacionarse su vocabulario, gramática o sintaxis. Constituye, pues, un caso único.

La fonética sumeria sólo se conoce de modo aproximado, gracias a las listas lexicales y a los vocabularios tardíos asirio-babilónicos. Comprende seis vocales (tres abiertas y tres cerradas) y quince consonantes, muchas de ellas superfluas por no pronunciarse al final de la palabra, a menos que fueran seguidas de una partícula que empezara con una vocal. Sus raíces son monosilábicas en su mayoría, compuestas de una sola vocal (*a* = agua; *e* = casa); de vocal y consonante (*ab* = padre; *en* = señor) o al revés (*ba* = dar, *ka* = boca). Hay un mayor número de raíces formadas por consonante-vocal-consonante (*dug* = bueno;

sag = cabeza) y no faltan compuestos (*dingir-ama* = diosa, literal: dios-madre).

La morfología sumeria conoce los casos (aunque sus palabras no se declinen), que se expresan mediante sufijos: *-e*, ergativo y nominativo; *-ak(-k, -a)*, genitivo; *-ra*, dativo; *-a*, locativo; *-e*, locativo terminativo; *-(e)she*, terminativo; *-da*, *-de*, comitativo; *-ta*, ablativo instrumental.

El género se distingue gracias a la heteronimia (distinta raíz para el masculino y el femenido) (*gud* = toro; *ab* = vaca) o a un afijo característico (*-nita* para el masculino y *-mi* para el femenino: *dumu-nita* = hijo; *dumu-mi* = hija). De hecho, todos los seres se dividían en dos clases: seres superiores o animados, esto es, dioses, semidioses y personas; y seres inferiores o inanimados, clase aplicada a las cosas menores y a los animales. Gramaticalmente hablando, para el sumerio los animales pertenecían a la categoría de seres inanimados. Los abstractos se formaban con la partícula *nam* (*lugal* = rey, *namlugal* = realeza).

En cuanto al número hay que decir que no tenía plural. Este podía formarse mediante la reduplicación del singular (*a-a* = aguas) o los sufijos *-(e)ne, -mesh* y *-me* en los nombres de seres superiores (*dingir-ene* = los dioses, *dumu-me* = los hijos) y con los sufijos *-khi-a* o *-kha* aplicado a los seres inferiores (*gud-kha* = los toros). En algunos casos esta reduplicación indicaba totalidad (*kur-kur* = todos los países) o grado superlativo (*a-gal* = inundación, literal: agua-grande).

El adjetivo (el sumerio fue pobre en ellos) va detrás del sustantivo (*lu-gal* = hombre grande: rey) y funcionan como tal las raíces seguidas del sufijo *-a* (*kugg-a* = puro). También conocieron numerales cardinales, ordinales, multiplicativos, distributivos y fraccionarios.

Los pronombres personales pueden ser independientes: *ga* (yo), *zae* (tú), *(a)ne* (él); o bien sufijados, aunque en este caso adquieren valor de posesivos: *-mu*, mío; *-zu*, tuyo, etcétera.

Había también pronombres demostrativos (*-ne* = éste, *-ri* = aquel) sufijados o no, e interrogativos (*aba* = ¿quién?, *a-na* = ¿qué?). No existía pronombre relativo; sin embargo, las oraciones de carácter relativo, poco empleadas, se indicaban me-

diante la posposición *-a* o bien su sitio era ocupado por un participio pasivo.

Las cópulas y las conjunciones se usan raramente, pues tanto las palabras principales, como las compuestas, y las subordinadas, van sin conjunción.

Todos los componentes del grupo nominal se construían de acuerdo con el principio de la *cadena* (1. sustantivo; 2. adjetivo atributivo; 3. *rectum* de genitivo; 4. sufijo pronominal; 5.desinencia plural *-ene*; 6. posposición), que podría ampliarse en el supuesto de que el genitivo constituyese, a su vez, otra *cadena* (construcción de doble genitivo).

El verbo constituye la parte más dificultosa de la gramática sumeria. Podía aparecer en forma simple (*bi* = hablar) y reduplicada (*ag-ag* = hacer) o compuesta (*al-gar* = cavar, literal: pala-poner). Los verbos son intransitivos, con una sola forma verbal señalada con sufijos, y transitivos con dos formas verbales, la primera con sufijos y la segunda con infijos y sufijos, pudiento tener cuatro formas (*khamtu, khamtu* reduplicado, *maru* y morfema de futuro).

De hecho, la forma verbal está constituida en base a cinco elementos: 1. preformativos; 2. prefijos; 3. infijos de complementos (dimensionales y verbales); 4. tema verbal; y 5. sufijos. Todos estos componentes nos dan no sólo idea de toda la acción verbal, sino también un resumen gramatical de toda la frase.

Sintácticamente, la frase sumeria se polariza en dos núcleos; el agente y el verbo, situados respectivamente al comienzo y al final de la proposición.

No existía indicación de voz pasiva, la cual debía deducirse del contexto.

Otra de las características de la lengua sumeria fue, además de los modismos locales, la existencia de dialectos, que se correspondían a la categoría, oficio o posición del hablante. Los dioses, los hombres y los esclavos hablaban la lengua noble (*emegir*); las diosas, las mujeres, los animales y las cosas utilizaban el *eme-sal* o lenguaje torcido.

Por un texto tardío conocemos los nombres de otros dialectos sumerios que, en realidad, eran jergas o hablas coloquiales: *eme-gal,* gran lenguaje; *eme-sukud-(da),* lenguaje elevado: *eme-*

shukh-(a), lenguaje selecto; *eme-te-na*, lenguaje evasivo. A estos hay que añadir los dialectos específicamente técnicos o de uso restringido: *eme-ti-bal*, lenguaje criptográfico; *eme-malakh*, lenguaje de los marineros; *eme-udula*, lenguaje de los pastores; *eme-nu-esh* y *eme-gudu*, hablado por los sacerdotes, etc.

La escuela sumeria

El dominio de la escritura y de la lectura de textos cuneiformes se adquirió en Sumer en escuelas apropiadas, denominadas *e-dub-ba* (Casa de las tablillas). Esta institución, dependiente al principio de los templos, se detecta ya a comienzos del año 3000 para ser usual en las principales ciudades-Estado medio milenio después (textos de Shuruppak, Uruk, Ur, Nippur).

A pesar del gran número de tablillas de carácter escolar que nos han llegado, ninguna de ellas recoge nada relacionado con el sistema educativo sumerio. Sin embargo, por los textos literarios que evocan la vida escolar, se ha podido tener una idea general de cómo funcionarían las escuelas, los profesores y sus alumnos, además de conocer algunos de sus programas lectivos y aún sus métodos de enseñanza.

La escuela sumeria no fue algo estático; hubo en ella evolución. De un lugar en donde en los primeros tiempos se preparaba exclusivamente a profesionales para la administración religiosa o cortesana, se pasó con los siglos a un centro de estudios en el que se formaron eruditos y verdaderos hombres de ciencia. Incluso las *e-dub-ba* se fueron secularizando, convirtiéndose poco a poco en centros de enseñanza elemental, impartida por profesores laicos (*dub-sar eme-ki-en-gi-ra*, profesor de sumerio). Lo que podríamos llamar enseñanza superior se centralizó en las Casas de la sabiduría, ubicadas en los archivos y bibliotecas (*im-gu-la*; *im-la-a*) de templos y palacios (recordemos las fundaciones hechas por Shulgi), entes que contribuyeron poderosamente al salto cualitativo del saber. Aquí, los asistentes, que debían acudir con conocimientos previos de lectura, escritura y cálculo, aprendían diversas materias, destacando la teología, las artes de predicción, la astrología, las ciencias, la filología y las artes médicas y quirúrgicas.

De la enseñanza, por lo que sabemos, sólo disfrutaron los hijos de las familias ricas, pues éstas eran las únicas capas sociales capaces de hacer frente al gasto que comportaba una larga educación. Las propias tablillas consignan en no pocos casos la profesión de los padres de los alumnos, viéndose así que eran hijos de gobernadores, de administradores de templos, de altos funcionarios, de sacerdotes, de archiveros, etcétera.

El profesor o experto recibía el nombre de *ummia* o también el de *ad-da e-dub-ba* (padre de la escuela); al profesor auxiliar se le llamaba *sesh-gal* (gran hermano) y a los alumnos *dumu e-dub-ba* (hijos de la escuela).

La complejidad de la escuela sumeria se refleja en la existencia de otros empleados: maestros de dibujo, vigilantes, y hasta un *encargado del látigo*, responsable de la disciplina del centro.

Conocemos los programas de enseñanza gracias a los propios trabájos escolares. Existieron, al parecer, dos grados: en el primero se impartían enseñanzas generales (lectura, escritura, aprendizaje de vocablos) y de carácter técnico (contabilidad, problemas matemáticos y geométricos); en el segundo, los esfuerzos se centraban en un enseñanza literaria y más creativa (copia y estudio de mitos, cantos épicos, poemas, himnos, fábulas, etcétera, así como redacción de temas originales) o bien mucho más especializada (astrología, botánica, medicina).

Como textos escolares utilizaron no sólo *repertorios lingüísticos* a modo de cartillas o abecedarios, sino también *series*, estructuradas como nuestros diccionarios, en las que se compilaban términos de geografía, zoología, botánica, mineralogía y otras ciencias.

Poco se sabe de los métodos y de las técnicas pedagógicas impartidos en las *e-dub-ba*. En realidad, los alumnos pasaban todo el día en ellas, dedicados a la tarea de copiar tablillas, aprender diferentes textos y practicar el cálculo. Por algunas obras literarias sabemos que existieron los deberes escolares, que tenían que preparar los propios alumnos en sus casas cuando llegaban por la noche.

En ocasiones, si no se era puntual, no se sabían escribir correctamente las tablillas, ni recitar lo aprendido, o bien se alborotaba en clase, el castigo corporal a base de latigazos, era cosa corriente.

La enseñanza duraba desde la niñez hasta la adolescencia, momento en que se pasaba a trabajar como escriba en templos y palacios o bien se proseguían estudios superiores. Que se sepa, no hay referencias a mujeres escriba (sí a mujeres que sabían leer y escribir, caso de Enkheduanna, la hija de Sargón, o de Kubatum, la concubina de Shu-Sin), por lo que algunos autores han pensado que la enseñanza escolar sólo se impartiría a niños.

La literatura sumeria

Podemos remontarnos para fijar la fecha de los primeros textos literarios sumerios, previo un largo milenio de transmisión oral, al año 2700, tal como han revelado las tablillas localizadas en Abu Salabikh.

Durante todo el Dinástico Arcaico, las composiciones literarias e históricas fueron, cuantitativamente, muy inferiores a las de contenido lexicográfico, administrativo y económico. Más tarde, en la época acadia, junto a textos de carácter práctico comenzaron a redactarse algunas creaciones literarias, dentro siempre de las coordenadas religiosas oficiales. En la etapa neosumeria, cuando ya el idioma comenzaba a dejarse de hablar y pasaba a ser lengua culta, se compusieron diferentes obras de alta calidad literaria, destacando entre ellas los *Cilindros A y B* de Gudea de Lagash, los cuales recogían en un largo himno la construcción del Eninnu, el templo del dios Ningirsu. Sin embargo, durante el Imperio de Ur, los escritos administrativos, jurídicos y técnicos superaron con mucho a los propiamente literarios e historiográficos.

La etapa de mayor creatividad sería, no obstante, la postsumeria (dinastías de Isin y Larsa, época paleobabilónica) entre los siglos XIX y XVII, durante la cual los textos sumerios (inscripciones reales, obras literarias, Códigos, etc.) eran copiados una y otra vez hasta alcanzar finalmente su *canonización* oficial.

Permanecen todavía sin resolver muchos problemas en relación con los orígenes y el desarrollo de la Literatura sumeria, tanto en sus aspectos formales (signos, léxico, dialectos) y estructurales (metro, rima, ritmo, gradación), como en sus aspectos hu-

manos (anonimia de sus autores y juglares, contexto social, transmisiones) y aún materiales (conservación y fragmentación de las tablillas, dispersión en Museos, obras inéditas). Sin embargo, es posible trazar, gracias a los últimos estudios efectuados, una panorámica globalizadora de toda la producción escrita sumeria hasta hoy conocida.

Todos los textos de la cultura sumeria pueden ser clasificados atendiendo a su contenido en: mitos, narraciones épicas, himnos, lamentaciones y elegías, conjuros, documentos históricos, obras sapienciales y amorosas, documentos de carácter vario (administrativos, técnicos, jurídicos, económicos, privados) y textos gramaticales.

Los mismos, a pesar de las dificultades de interpretación que presentan, permiten en buena medida conocer la sociedad de aquellos milenios tanto en lo que respecta a sus relaciones económicas y de organización como en lo tocante a su mentalidad.

Mitos: Dentro de la mitopoética sumeria que tuvo, inequívocamente, un marcado carácter cultual y religioso, y que encerraba el planteamiento de hondas preocupaciones, se conocen un buen número de mitos relacionados con los más importantes dioses del panteón, con los orígenes del cosmos e incluso del hombre.

Externamente, se presentan a base de largos recitados, con numerosos pasajes en donde el paralelismo y la repetición hacen pensar en el *nar* o juglar que los recitaba ante un determinado público. En su contenido se suele reflejar un profundo espíritu mítico, que tenía su origen en una larga tradición religiosa, preocupada por numerosos temas.

Entre los mitos que nos han llegado los hay de *carácter local*, que hubieron de lograr un éxito muy restringido; de *carácter urbano*, en donde se aunan sabiamente la cosmología y la política de la ciudad-Estado; y de *carácter universal* (caso del *Mito del Diluvio*), que tanto eco tendrían en la mitología posterior.

Los diferentes mitos sumerios pueden encuadrarse dentro de seis grandes apartados a tenor de su argumento o en ciclos, si se enfocan por la serie de divinidades presentes en los mismos. Los hay de contenido cosmogónico, corrientemente denominados

por los especialistas *mitos sobre los orígenes*, en donde se remarca la idea de un ser superior, de naturaleza divina, a partir del cual se origina y organiza el resto del mundo y sus componentes. Entre ellos, podemos citar, además de un *Mito de la creación*, conocido por un pequeño poema, los titulados *Enlil y Ninlil*, centrado en torno al episodio del nacimiento del dios Nannar; la *Creación del zapapico*, acerca de la utilidad de tal instrumento agrícola al comienzo de los tiempos; *Enki y Ninkhursag*, donde se describen las bondades del paraíso sumerio; *Enki y Ninmakh*, con el problema de la creación del hombre, como nudo argumental; *Lakhar y Ashnan*, mito que, a modo de disputa, plantea la supremacía de la agricultura sobre la ganadería; el *Origen de los cereales*, donde la divinidad se dispone a dar el grano a los hombres; la *Hierogamia cósmica*, en la que asistimos al nacimiento de los vegetales; y, sobre todo, el antes citado *Diluvio sumerio*, en el cual Enlil decide castigar a la Humanidad.

Un segundo bloque de la mitopoética sumeria está formado por lo que podría llamarse *mitos de organización*, a través de los cuales vemos cómo el cosmos se va estructurando orgánicamente. Son de gran interés, dentro de este apartado, los mitos titulados *Enki y Sumer*, centrado en la organización del mundo y su proceso culturizador; *Enki y la fundación del Eengurra*, magnífico himno en el que, tras remontarse la narración a los orígenes de la humanidad, describe la fundación de tal templo en el Apsu; *Enki y el orden del mundo*, uno de los mitos más importantes que nos plantea el funcionamiento interno de Sumer, centro del Universo; *Enki y Eridu*, con el viaje de tal dios a Nippur, en donde construyó su templo; el *Viaje de Nanna a Nippur*, en el que vemos cómo Nanna solicita de Enlil lo mejor para Ur; *Dumuzi y Enkimdu*, que cuenta la disputa de la mano de la diosa Inanna entre el dios pastor y el dios campesino; *Emesh y Enten*, otra composición del género de disputa, centrada en narrar la primacía del invierno sobre el verano; y, finalmente, *Las tareas y los poderes de los dioses*, conocido por una inscripción sumeria muy tardía, grabada sobre una estatua del rey cassita Kurigalzu (1430-1401).

El papel que la diosa Inanna jugó en la mitología sumeria fue muy importante (*Inanna y el monte Ebikh, Inanna y la planta-*

numun), pudiendo otros dos mitos, centrados en su figura (y dejando a un lado los textos de *matrimonio sagrado*), incluirse en un apartado propio, dentro de las relaciones entre dioses y hombres, y que cabrían en lo que podríamos titular *mitos de contacto divino y humano*. Nos referimos al mito de *Inanna y Shukallituda*, que nos cuenta la violación de la diosa por parte de un humano y las represalias que aquella toma contra los hombres por tal ultraje; y al de *Inanna y Enki*, acerca de la cesión de las artes de la civilización de Eridu a Uruk. Dentro de este apartado caben también el mito *Nungal en el Ekur*, centrado en el hombre que ha abandonado a su dios, pero que luego obtiene el perdón gracias a la intercesión de la diosa Nungal, y el mito etiológico *Los siete sabios*, corta, pero soberbia narración bilingüe sumero-acadia sobre la existencia de siete personajes, unos creados por la divinidad y otros asesorados por ella, encargados de enseñar las técnicas y las artes de la civilización a la humanidad.

También son de alto interés los *mitos de ultratumba*, en los que se concibe el reino de los Infiernos como un lugar sombrío, al cual deben arribar inexcusablemente todos los mortales, habida cuenta de que el cielo estaba reservado sólo a los dioses. Dentro de esta temática cabe incluir mitos sobre la *Muerte de Dumuzi*, con el relato del trágico fin de dicho dios, capturado por los demonios *galla*, y su otra variante, *Inanna y Bilulu*, donde Dumuzi es vilmente asesinado; también el famosísimo mito sobre el *Descendimiento de Inanna a los Infiernos*, lugar adonde había acudido, bajo la excusa de asistir a unas honras fúnebres, para satisfacer su ambición de poder absoluto; y el menos conocido sobre la *Pasión del dios Lil en la tumba*, narración que nos describe los intentos de la resurrección de tal dios ante la reiterada petición de sus divinos parientes.

Un quinto apartado lo forman *mitos de contenido variado*, de difícil ubicación argumental, entre los que cabría citar *La destrucción de Kur*, que nos pinta la lucha del dios Enki contra un dragón terrible que había raptado a la diosa Ereshkigal; *Los altos hechos de Ninurta* (conocido como *Lugal-e*), un himno que narra la lucha de Ninurta contra el demonio Assakku al que derrota gracias al Diluvio; el *Matrimonio de Martu*, en torno al dios de los amorreos; *Ninurta y la tórtola*, en donde Enki logra

humillar a Ninurta que es vencido por un humilde pájaro; *Enlil y Namzitarra*, corta narración en la que Enlil convertido en cuervo dialoga con Namzitarra, servidor del templo; y otro *Enlil y Ninlil*, en el cual se describe el matrimonio de dicho dios con Sud, una diosa de Eresh, que luego tomaría el nombre de Ninlil.

Narraciones épicas: Los sumerios fueron los primeros en crear también una Literatura épica, centrada en las gestas de diferentes personajes (se conoció una edad heroica al igual que más tarde la conocerían griegos, hindúes y germanos, por ejemplo), en torno a los cuales se aglutinaron diferentes episodios de longitud variada y sin aparente conexión entre sí.

Estos textos épicos conocieron, sin lugar a dudas, una fase oral previa, cuyo recitado iba acompañado de instrumentos musicales. Aunque son de un estilo algo convencional y repetitivo, de mínima caracterización psicológica, son muy interesantes por la referencia que hacen a tres importantes personajes sumerios: Gilgamesh, Enmerkar y Lugalbanda.

La saga sumeria de Gilgamesh conoce hasta siete episodios distintos en los que interviene de modo muy directo el rey de Uruk: *Gilgamesh y Agga de Kish*, en donde se narra el asedio de Uruk; *Gilgamesh y el País de la Vida*, centrado en el viaje al Bosque de los cedros para obtener un nombre inmortal gracias a las hazañas en él desarrolladas; *Gilgamesh y el Toro celeste*, donde se cuenta la muerte del mítico animal enviado por An; *Gilgamesh y el árbol khuluppu*, que recoge el episodio de la construcción de unos instrumentos que deseaba Inanna; *Gilgamesh, Enkidu y los Infiernos*, que nos describe la triste situación de los que moran en el Más Allá; y la *Muerte de Gilgamesh*, que narra la muerte del héroe y la posterior presentación en el mundo Inferior, del que es hecho juez.

De la saga de los héroes Enmerkar y Lugalbanda nos han llegado los cantos: *Enmerkar y el Señor de Aratta; Enmerkar y Ensukheshdanna*; *Lugalbanda y Enmerkar*; y finalmente, *Lugalbanda y el monte Khurrum*, de los que ya dimos cuenta en su momento oportuno.

Himnos: En cuanto a la himnografía sumeria, aparte de su

antigüedad y su hondo contenido religioso, hay que señalar su gran producción cuantitativa, evaluándose su número en más de 3000 composiciones, lo que demuestra que fue una especialidad muy cultivada.

Los propios poetas sumerios establecieron diferencias o categorías himnicas partiendo de la palabra *shir*, canción. De entre ellas pueden señalarse las siguientes: *shir-khamun* (cantos de armonía), *shir-nam-nar* (cantos musicales), *shir-nam-gala* (cantos del sacerdote *gala*), *shir-nam-ur-sag-ga* (cantos de heroicidad), y *shir-nam-sipad-Inanna-ka* (cantos de pastoreo de Inanna).

Sin embargo, de acuerdo con la estructura formal del himno o de los instrumentos musicales con que los acompañaban a la hora de su recitado, las composiciones pueden calificarse como *adab* (el himno por antonomasia), *tigi* (cantar de timbal), *shir-gid-da* (cantar largo), *shir-nam-shub-ba* (cantar de la suerte), *bal-bal-e* (canto de autoalabanza o amoroso), *er-shem-ma* (canto de lamentación) y *er-sha-khun-ga* (quizás un tipo de oración individual, mejor que un himno).

En algunos casos los himnos presentan al final la indicación *shir-sud*, que debemos entender como una unidad himnica independiente o como parte de alguna composición más larga. Lo mismo ocurre con la indicación *kis-khub-gu*, en realidad, unos fragmentos individuales que, encadenados entre sí, formaban larguísimas composiciones de tipo letanía y que servían para acompañar a diferentes rezos o cantos cúlticos al sonido de instrumentos musicales.

Conectados con los himnos existen otras obras en las que el papel de los dioses sigue siendo fundamental y en las cuales el fiel u orante solicita de modo muy directo determinados beneficios. Dada su finalidad exclusivamente pragmática, caen fuera de lo que entendemos por himno: serían la oración con las manos levantadas (*shu il-la*), que incluía un himno introductorio; el cantar de lamento para calmar el corazón de los dioses (*er-sha-khun-ga*), y la plegaria (*sis-kur*).

Basándonos en el contenido de los himnos, éstos pueden dividirse en cuatro categorías, según canten a los dioses, a los reyes, a divinidades cuya presencia está al lado de los reyes (o al revés) y a los templos.

Obviamente, no podemos recoger aquí todos los himnos que se compusieron en honor de los dioses, pues prácticamente todos ellos fueron cantados en este tipo de textos. Entre los más importantes, podemos recordar los titulados *Enlil, gobernador del universo; Ninurta, protector de la vida;* la *Exaltación de Inanna*, e *Inanna como la estrella Venus*.

Los himnos dedicados a los reyes (en realidad panegíricos de sí mismos) son también numerosos, sobresaliendo los compuestos en honor de los soberanos de la III dinastía de Ur, no faltando tampoco algunos que loaban a determinados gobernantes de Lagash, Akkad e Isin.

Otras composiciones hímnicas presentan alabanzas a los dioses juntamente con otras dedicadas a los reyes (sobre todo de Lagash y de Ur). Podemos señalar los himnos a Nanshe, a Numushda, a Inanna, a Nidaba y a Ninurta, entre otros, en los que aparecen gloriados diferentes soberanos.

Los sumerios también veneraron los templos y los objetos sagrados o rituales, por lo que no es de extrañar que nos hayan llegado himnos en honor de construcciones religiosas, de objetos sagrados o de contenido cultual. Entre ellos hay que reseñar los himnos al templo de Kesh de Ninkhursag, al Ekur de Enlil, al Eduba de Zababa, al Eesdam de Inanna, al Eabzu de Eridu, al Esikil de Ninazu (quizás la composición que define el género) y al Eengurra de Enki.

Especial importancia tuvo la llamada *Tabla de los templos*, magnífica composición de 450 líneas, que contiene breves himnos a los templos más importantes de Sumer y Akkad, así como los ya citados *Cilindros* de Gudea, magnífico himno dedicado a la construcción del Eninnu de Girsu.

No han faltado autores que a la vista de la producción hímnica, tan voluminosa y en cierta manera tan sofisticada, hayan negado su empleo en cualquier forma de culto tanto oficial como privado, considerándola como una manifestación puramente escolar.

Lamentaciones y elegías: Los grandes desastres sufridos por los sumerios a lo largo de su Historia fueron objeto de atención por parte de sus poetas, originando así el género literario cono-

cido como *lamentación* (*balag*). Eran largas composiciones que lloraban desde la destrucción de las ciudades hasta los sufrimientos de las personas o de los dioses (en estos casos se trata de verdaderas elegías o canciones fúnebres) y aún la destrucción de imágenes divinas.

Ejemplo de las primeras son el *Lamento por Lagash*, el *Lamento por Ur*, el *Lamento por Nippur*, el *Lamento por el Ekimar*, el *Lamento por Sumer y Ur*, así como otras lamentaciones adicionales por *Eridu y Uruk*, identificadas no hace muchos años.

Asimismo, el gran cataclismo diluvial, que produjo la destrucción de todas las ciudades, originó diferentes *lamentos*, entre los cuales el más significativo fue, quizá, el conocido como *¡Oh tú, padre terrorífico! (a ab-ba khu-lukh-kha)*, en el que de modo colectivo se imploraba la misericordia de Enlil, causante del Diluvio.

Elegías que lloraban la desaparición de dioses son las múltiples compuestas en honor del dios Dumuzi, cuyos textos ocupan desde las 200 a las 50 líneas y que todavía no han sido publicados en su totalidad.

Del mayor interés literario, por la riqueza de su dicción poética, y religioso, por ser el único y claro testimonio sumerio que refleja un juicio *post-mortem* tenido en el Más Allá, son las *Elegías de Ludingirra*, recogidas en dos composiciones (reunidas en una sola tablilla) y que a nivel personal lloran primero la muerte del padre de Ludingirra, llamado Nanna, y luego la de su dios y la de su propia esposa Nawirtum. Lo mismo cabe decir de *Gir* y *Ki-sikil*, así como de los cantos de *Lamento en honor de Ur-Nammu* y *La desgracia sobre Ibbi-Sin*.

Conjuros: El conjuro, en realidad un ejemplo de plegaria individual, con su forma poética muy sistematizada y claro contenido religioso, tuvo una gran aceptación. Eran fórmulas contra ciertos espíritus y divinidades malignas, motivadoras de enfermedades. Podemos citar el *Conjuro del Enuru*, el *Conjuro contra el demonio Samana*, y los *Presagios a Uduk-khul*, texto éste relacionado con prácticas de exorcismo.

Documentos históricos: La Historia, en el sentido que actual-

mente entendemos esta palabra, no fue cultivada por los sumerios. En las referencias a hechos históricos (más bien datos de archivo y crónicas, que evaluación e interpretación de acontecimientos) se tuvo en cuenta, ante todo, consideraciones religiosas y propagandísticas, centradas en las figuras de sus dioses, reyes y gobernantes. Sin embargo, algunos de sus textos, a pesar de sus subjetividades, constituyen piezas historiográficas de gran valor, como la *Estela de los buitres*, los *Conos de Enmetena*, los *Cilindros A y B* de Gudea, la *Maldición de Akkad*, la *Inscripción del Tummal*, y especialmente la *Lista real sumeria*, largo texto inscrito sobre un prisma de arcilla, del que se hicieron diferentes copias (algunas con sensibles variantes).

De gran importancia histórico-arqueológica son las inscripciones votivas, usualmente de corta extensión, que se fijaron sobre estatuas, vasos de piedra o de metal, mazas y morteros, sellos, perlas, ladrillos, cilindros y otros objetos, ofrecidos personalmente a los dioses por el rey o consagrados por su vida por terceras personas.

Asimismo, nos han permitido conocer muchísimos acontecimientos históricos una gran variedad de textos inscritos sobre ladrillos de arcilla, que se incorporaban a las construcciones; sobre placas de piedra o de metal y figurillas de cobre, que se depositaban en los cimientos de templos y palacios (depósitos de fundación); sobre *clavos* y conos de arcilla, sobre piedras de umbral, sobre estelas, etcétera.

Los documentos económicos y administrativos, por otra parte, gracias a sus fórmulas para fechar los años, también nos han suministrado información de tipo histórico, al recogerse en ellos nombres de reyes y funcionarios, hechos religiosos y políticos relevantes, y datos en no pocas ocasiones de considerable interés.

Textos sapienciales: Dentro de un amplio contexto que podríamos denominar *literatura sapiencial*, los sumerios compusieron diferentes obras susceptibles de subdividirse en disputas, ensayos, preceptos, instrucciones, proverbios, exhortaciones y adivinanzas, todas ellas de gran interés literario y filosófico.

Las *disputas* son verdaderos debates sostenidos para establecer el valor o la superioridad de algo sobre su oponente, perso-

nificado, cuando no se trata de seres humanos, en animales, plantas, objetos o circunstancias, con un final arbitrado por la divinidad, como puede verse en *La disputa entre el invierno y el verano* (conocida como *Emesh y Enten*), *La disputa entre el ganado y el grano* (o *Lakhar y Ashnan*), *La disputa entre el pájaro y el pez*, *La disputa entre el árbol y el junco*, *La disputa entre el arado y la piqueta*, *La disputa entre el cobre y el metal precioso*, *La disputa entre la muela del molino y la piedra gul-gul*, y *La disputa entre la garza y la tórtola*.

Composiciones de estas mismas características centraban, a veces, su interés en las propias escuelas y su personal especializado, como en *La disputa entre Enkimasi y Girnishag*, *La disputa entre Enkita y Enkikhegal*, *La disputa entre dos graduados* y *El coloquio entre un ugula y un escriba*. También se conoce una *Disputa entre dos mujeres* (escrita en *eme-sal*), así como un posible cuento dialogado, de contenido moralizante, titulado *El esclavo y el granuja*.

Los *ensayos* venían a ser composiciones más o menos éticas, de filosofía religiosa si se quiere, basadas en el valor de la educación, en la conducta y en el destino de las personas. Fueron de difícil elaboración, no debiendo estar muy extendidos entre los escribas sumerios, pues hasta el presente sólo tenemos unos cuantos ejemplos de este género. Quizás el *Justo sufriente*, conocido más propiamente como *El hombre y su dios*, sea uno de los ensayos más significativos, al poner de relieve la problemática acerca de los sufrimientos humanos, sus causas y sus remedios.

En este apartado pueden incluirse un himno a Nanshe, que ha sido titulado *La justicia es de los dioses*, y tres ensayos relativos al valor de la educación y la vida en las escuelas: *El alumno en la escuela*, *El hijo descaminado* y una composición de contenido oscuro, pero en relación con la actividad escolar, todavía no titulada por los especialistas.

Los ensayos quedan completados con la breve narración de *El Infame señor Tani*, conocido por una tablilla de Jena, y otra serie de breves relatos, de los que poco podemos decir hoy por hoy.

Los *preceptos* e *instrucciones* contienen consejos sobre acti-

vidades agrícolas y admoniciones éticas y morales. Nos han llegado tres magníficas colecciones de esta temática: el *Almanaque del agricultor*, del que ya tuvimos ocasión de hablar; las *Instrucciones de Shuruppak a su hijo Ziusudra*, una de las composiciones más antiguas de la Literatura sumeria en la que a un tal Shuruppak (idéntico nombre al de su ciudad) se le hace hijo de Ubar-Tutu y padre de Ziusudra; y unos fragmentos de lo que podrían ser unas *Reconvenciones morales*.

Los *proverbios* sumerios, que revelan en sus contenidos múltiples aspectos de la conducta humana del tercer milenio, incluso con rasgos humorísticos (caso del *El cazador y su esposa*), ejemplificados a veces con la presencia de diferentes animales, constituyen verdaderas colecciones, divididas por los propios sumerios en series, con un total de más de mil ejemplos.

Las *exhortaciones*, como indica su nombre, giran en torno a peticiones que se solicitan insistentemente. Uno de los mejores ejemplos es el conocido como *El canto del buey que ara*, donde un granjero incita al animal al trabajo. También podría incluirse en este apartado la composición *El hijo descaminado*, que ya citamos antes, texto en el que un padre exhorta a su hijo a que sea una persona de provecho.

Las *adivinanzas* o *enigmas* fueron otro tipo del género sapiencial parecido a los proverbios. En tales composiciones (*ki-bur-bi* = su solución es) se plantea un enigma a resolver. Ejemplo de ellas son las *Enseñanzas de los hijos de Adab* (conocida también como *Los tres amigos*), donde se presenta al rey de tal ciudad un caso de difícil solución sobre la propiedad de un ternerillo, o las *Composiciones himnicas*, dedicadas a las divinidades de la ciudad de Lagash.

Textos amorosos: Entre las obras literarias sumerias sobresalen unos cuantos ejemplares en los que el amor juega un papel central. Se trata de poemas, a veces de gran lirismo, relacionados con el *matrimonio sagrado*, en los cuales la ceremonia hierogámica adquiere una importancia central. En no pocas ocasiones tienen a Dumuzi e Inanna (o a Inanna y un rey sumerio) por protagonistas.

Entre los poemas amorosos de Dumuzi e Inanna hay que se-

ñalar los titulados *Orgullo de estirpe, Amor en el gepar, Noviazgo, matrimonio y luna de miel, El éxtasis del amor, Bendición en la noche de bodas, Plegaria por el agua y el pan, Prosperidad en el palacio,* y *Líbérame, hermana.*

Las composiciones amorosas, que tuvieron por sujeto exclusivamente a reyes, alcanzaron su máxima expresión en los poemas que escribió y dedicó a Shu-Sin su concubina Kubartum, conocidos como *Declaración de amor a Shu-Sin* (o *La lechuga es mi cabello*) e *Himno de amor a Shu-Sin.*

Dentro de este tipo de poemas habría que incluir también *El apicultor: canto a un rey*, del que se ignora a quién pudo ser dedicado, y una bellísima canción de cuna, probablemente de la época de Shulgi, titulada *Ua-aua.*

Epístolas: Los sumerios concibieron también las epístolas como género literario, pues la mayoría de ellas, conocidas hoy por copias practicadas en las *e-dub-ba*, presentan muchos pasajes de alta calidad literaria. En este grupo pueden incluirse cartas de muy diverso contenido: económico, informativas, particulares, correspondencia real (muy importantes las de Shulgi a Aradmu, de Ishbi-Erra a Ibbi-Sin, de Puzur-Numushda a Ibbi-Sin), cartas políticas, súplicas dirigidas a los reyes y a los dioses (carta-súplica de Inannakam a la diosa Nintinugga, carta con la dedicatoria de un perro a Nintinugga), etcétera.

Otros textos sumerios

No podemos recoger en esta apretada exposición de la Literatura sumeria, aquellos trabajos de índole claramente técnica y científica o de tipo exclusivamente privado, económico y jurídico, ya que su naturaleza no exigía una previa elaboración literaria. Sin embargo, sí debemos señalar que determinados textos jurídicos contienen algunos pasajes de verdadera calidad literaria, caso de los *Textos de reforma de Uruinimgina*, del *Código de Shulgi* o del de *Lipit-Ishtar.*

Toda la Literatura sumeria estuvo, no obstante, perfectamente catalogada y archivada, ya muy tempranamente en el segun-

do milenio, habiéndonos llegado un total de ocho catálogos (últimamente van apareciendo más), que con la recopilación de unas 250 obras literarias nos ponen ante un panorama muy completo para el conocimiento de la religión, la sociedad, la economía y la cultura de los sumerios.

En tales catálogos —dado que las obras no tenían título específico— se recogía el comienzo de la primera línea de cada composición para distinguirlas unas de otras. Por ejemplo, en un Catálogo de Nippur *La disputa entre el ganado y el grano* (o *Lakhar y Anshan*) fue registrada así: *Khur-sag-an-ki-bi-da-ke*, «En la montaña del Cielo y la Tierra», de acuerdo con el *incipit* del texto.

BIBLIOGRAFIA

BIGGS, R. D., *Inscriptions from Tell Abu-Salabikh*, Chicago, University of Chicago Press, 1974. GADD, C. J., *Teachers and Students in the Oldest Schools*, Londres, University of London, 1956. GORDON, E. I., *Sumerian Proverbs. Glimpses of Everday Life in Ancient Mesopotamia*, Filadelfia, University Museum, 1959. KRAMER, S. N., *Schooldays: A Sumerian Composition relating to the Education of a Scribe*, Filadelfia, University Museum, 1949. KRAMER, S. N., *Sumerian Mythology*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1972. KRECHER, J., «Sumerische Literatur», *Neues Handbuch der Literaturwissenshchaft, I.*, Wiesbaden, Akademische Verlagsgesellschaft Athenaion, 1978, pp. 101-150. LARA PEINADO, F. *Mitos Sumerios y Acadios*, Madrid, Editora Nacional, 1984. LARA PEINADO, F. *Himnos sumerios*, Madrid, Editorial Tecnos, S. A., 1988. PETTINATO, G. *Untersuchungen zur neusumerischen Landwirtschaft, I. Die Felder*, Nápoles, Istituto Universitario Orientale, 1967. RINALDI, G., *Le Letterature antiche del Vicino Oriente*, Florencia, Sansoni-Accademia, 1968. SOLLBERGER, E., *The Business and Administrative Correspondence under the kings of Ur*, Nueva York, J. J. Augustin, 1966. THOMSEN, M. L., *The Sumerian Language. An Introduction to its history and grammatical structure*. Copenhague, (*Mesopotamia*, 10), Akademisk Forlag, 1984. TIGAY, J. H., *The Evolution of the Gilgamesh Epic*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1982. VAN DIJK, J. J. A., *La Sagesse suméro-accadienne*, Leiden, E. J. Brill, 1953. WOLKSTEIN, D., KRAMER, S. N., *Il Mito sumero della vita e dell'inmortalità. I poemi della dea Inanna*. Milán, Jaca Book, 1985.

Capítulo VIII

LAS CREENCIAS RELIGIOSAS

Componentes de la religión sumeria

La religión sumeria presenta serios problemas de identidad e incluso de contenido teológico, debido a que muy rápidamente sus principios se amalgamaron con las creencias de los semitas, la otra comunidad presente en Mesopotamia.

La cultura sumero-acadia se desarrolló tan imbricadamente, sobre todo a partir de la dinastía acadia, que, hoy por hoy, es muy difícil aislar las particularidades religiosas específicas de cada grupo étnico-lingüístico, habida cuenta de que la mayor parte de la producción escrita fue redactada por escribas semitas y no sumerios. Ello quiere decir que en los planteamientos de la religión sumero-acadia, tal como la conocemos, hay mucha más influencia de las escuelas semitas que de las propias sumerias.

La religión sumeria, ¿cómo surgió?, ¿fue propia de una comunidad pastoril o agrícola?, ¿qué creencias sostenía?, ¿cómo eran sus dioses? Estas y otras preguntas todavía no han hallado una adecuada respuesta, por lo cual es muy difícil conocer cómo los sumerios desarrollaron sus ideas religiosas que, por otra parte, tanta huella iban a dejar en las religiones posteriores.

Dado que los sumerios estaban asentados en el cuarto milenio en el Sur de Mesopotamia con una escritura, una lengua, una religión y un Arte muy consolidados, es muy difícil valorar cómo surgieron cada uno de estos componentes, en especial el relativo a la religión. Los sumerios aparecen de hecho en la Historia agrupados *ex nihilo* en torno a unos lugares de culto que se convirtieron muy pronto en pequeños principados teocráticos que evolucionaron a verdaderas ciudades-Estado, controladas por un personaje investido de poder religioso por los dioses. Fue el tipo de vida de las mismas el que hubo de influir muy clara-

mente en las concepciones que arbitraron de sus respectivas divinidades.

Así, las de vida agrícola, cuya prosperidad material dependía únicamente del agua de regadío (manantiales, ríos, canales) centraron sus creencias en dioses ctónicos, de tipo andrógino (dioses padres y madres a un tiempo) en conexión más o menos con el líquido elemento (teogonía de Eridu). Las comunidades ganaderas, habitantes de las estepas vecinas a las zonas de regadío, dependían en cambio de las lluvias para la abundancia de caza y ganado; por ello se decantaron por un sistema de dioses cósmicos, a la cabeza de los cuales pusieron una pareja (elemento masculino y femenino), símbolo de la fecundidad de sus ganados (teogonías de Uruk y de Nippur). Más tarde, debido a los desplazamientos y contactos étnicos y al progreso teológico de tales sistemas, ambos tipos de creencias confluyeron en una doctrina sincrética, adoptándose genealogías de dioses tanto ctónicos como cósmicos, lo que originó un acusado politeísmo (según una referencia textual creyeron en 3.600 dioses).

Los filósofos y pensadores sumerios al ver que Mesopotamia estaba inmersa en medio de tres elementos, el cielo, la tierra y el agua, envueltos por una capa metálica exterior (¿de estaño?) en forma de bóveda, lógicamente hicieron de ellos sus principales divinidades. Así, el cielo fue el dios An, quien desde el espacio dominaba sobre todo el universo visible. La tierra, creída a modo de disco plano, se identificó con Ki (y luego con Urash), haciéndose de ella el principio de la fertilidad. Este compuesto cósmico (An-Ki) estaba rodeado por el Océano ilimitado, el agua (A), verdadero fundamento de los otros dos elementos, del que se hizo otra divinidad, Enki (llamado pronto Ea).

De acuerdo con estos tres principios, se desarrolló una elemental cosmogonía adaptada a los mismos. En principio —se pensó— fue el Océano (no se plantearon qué es lo que pudo haber precedido a las aguas), el cual engendró el universo (An-Ki), formado por un cielo abovedado y un disco terrestre, separados y al mismo tiempo unidos por un ilimitado espacio en movimiento y expansión (*lil* = viento), cuya titularidad recayó en Enlil. Fuera de ese espacio o atmósfera se crearon unos cuerpos luminosos (luna, sol, estrellas, planetas) y luego, sobre la tierra, los

cursos de agua, las montañas, el desierto, las plantas, los animales y el hombre.

Para controlar todos esos elementos, ese universo, los cuatro grandes dioses crearon a otros seres superiores, inmortales (hubo, sin embargo, algunos que no lo fueron), de aspecto humano, pero infinitamente más perfectos e invisibles. Eran los *dingir*, esto es, las divinidades. Así sabemos que Enki al organizar el mundo confió la responsabilidad de lo creado a *dioses especializados*: el sector de los ríos se lo entregó a Enbilulu; la región del Sur, pantanosa y rica en pesca, a Nanna; el mar a Nanshe; las lluvias a Ishkur; la agricultura a Enkimdu; el crecimiento de las plantas a Ashnan; la fabricación de los ladrillos a Kulla; la arquitectura a Mushdamma; el ganado a Dumuzi; la justicia a Utu...

Puesto que en la tierra no todos los seres humanos eran iguales, tampoco podían serlo los dioses. Se ideó así un panteón formado por diferentes clases de divinidades, diferenciadas por sus capacidades creadoras o no creadoras. Lógicamente, los que controlaban los cuatro elementos básicos (cielo, tierra, agua y atmósfera) fueron los que encabezaron la lista de los *grandes dioses*, evaluados en cincuenta, siendo los que en virtud de la palabra (*inim*) —doctrina ésta que se transmitió a otras religiones— desarrollaron sus capacidades creadoras.

La figuración de los dioses

Los propios teólogos al evaluar desde perspectivas humanas la organización del cosmos y la supervisión del mismo, se vieron obligados a imaginar a sus dioses y diosas, ya desde la más temprana época, bajo los caracteres de los seres humanos, tanto en su aspecto físico, como en sus pensamientos o hechos. De esta manera, los dioses —según cuentan los mitos sumerios— bebían, comían, amaban, odiaban, sufrían, estaban tristes o de buen humor, se sentían caritativos, se casaban, vivían en familia, luchaban, herían o eran heridos, mataban o podían ser asesinados, etcétera, repitiéndose así en ellos las formas de vida, cualidades, debilidades y pasiones humanas.

No obstante, y en razón del profundo respeto que les tributaron, siempre los consideraron muy superiores, tanto desde el punto de vista físico como intelectual u operativo.

Puesto que eran dioses, se les atribuyó poderes y cualidades sobrenaturales, siendo la principal la inmortalidad, cosa lógica, pues de otro modo, si muriesen, el cosmos podría caer en el más absoluto caos y el mundo podría finalizar. Sin embargo, e ignoramos por qué, los mitógrafos sumerios condenaron a muerte y a descender a los Infiernos a algunos dioses identificados más o menos a Dumuzi, caso de Ningishzida de Gishbanda, Ishtaran de Der, o Damu de Isin. Que sepamos, y para el resto de los dioses, no intentaron justificar la contradicción existente entre inmortalidad y antropomorfismo o al menos no conocemos si estuvieron preocupados por tal inconsistencia.

Se supuso que habitaban en la Montaña Cósmica (*Kur-sag-an-ki*), lugar ubicado en el Oriente, pero cuando su presencia lo requería entonces se desplazaban a las entidades cósmicas (o de otro tipo) que tenían a su cargo. Ese desplazamiento lo efectuaban empleando distintos medios de locomoción (Zuen/Sin viajaba en barca, Utu/Shamash en carro o a pie, Enlil en carro o sobre las nubes).

En ocasiones, también habitaban en sus templos terrestres, a los cuales accedían orientados por las altas terrazas o las torres escalonadas de sus templos, en donde recibían todo tipo de cuidados, sobre todo alimentarios y de vestido, dada su condición de dueños absolutos de su ciudad.

Algunos especialistas, en razón a los numerosos términos animales aplicados a ciertas divinidades (Gran dragón celeste, Vaca del establo, Ternero de An, etcétera), han pensado que al comienzo de la Historia sumeria, los dioses fueron figurados bajo formas zoomorfas (algo semejante al caso de Egipto). Luego, siguiendo un proceso de antropomorfización (como se puede ver en algunos cilindro-sellos) se habrían representado a modo de genios con cuerpo de hombre y cabeza de animal (o al revés), para terminar por ser plasmados únicamente bajo rasgos humanos.

Las representaciones que nos han llegado de forma antropomorfa muestran a las divinidades vestidas con el típico *gu-e-a* (conocido también por el término griego *kaunakes*), de largas me-

chas o vellones dispuestos en bandas. En el caso de los dioses, un hombro y un brazo permanecen descubiertos; en cambio, las diosas aparecen con el cuerpo totalmente cubierto. Lo más característico, sin embargo, es el tocado. En los orígenes se presentan con un pequeño bonete, realzado con un motivo ornamental de tipo animalístico; luego dicha pieza se convirtió en una tiara con cornamentas de toro, símbolo del poder y de la fuerza, o con ramas de palmera, emblema de la fecundidad. En época neosumeria asistimos a un nuevo tipo de vestido en los dioses, con ropas más drapeadas y adornadas con galones, y a otro tocado, a base de un bonete de bucles.

Una serie de símbolos del mundo animal (león, águila, escorpión, serpiente, toro, vaca, pez), atributos variados (maza, cetro, astros) o números sagrados (a partir del 60) permitieron identificar a las más importantes divinidades sumero-acadias, elementos que definieron su iconografía y que los artistas repetirían constantemente.

Singular importancia tienen las representaciones de las divinidades bifrontes, según dejan ver unos cuantos cilindro-sellos, con el tema de la presentación ante el dios. Se trata, salvo en algunos casos, de dioses personales que actuarían como intercesores entre sus protegidos y una divinidad superior (de ahí que un rostro mire al dios y otro al orante).

El panteón sumerio

El panteón sumero-acadio contó con millares de dioses, tanto específicamente sumerios como semitas (Dagan, Nergal, Martu, Ishtar, Wer, Erra). Esa abultada nómina divina se hallaba presente en un conjunto de creencias, enmarcadas bajo principios de fe religiosa, mitos y ritos que pretendían explicar los misterios de la vida humana y del mundo físico en el que se desenvolvían.

De todos esos millares de divinidades (muchísimas sin identificar todavía) las cuatro más importantes fueron las cósmicas: An, el dios del cielo; Enlil, el dios del aire; Enki, el dios del agua; y Ninkhursag, la diosa tierra.

De estos cuatro dioses creadores derivó todo el panteón sumerio, en el cual también aparecen los Anunna, que primeramente formaron los grupos locales divinos y que, luego, como compañeros de An en el cielo designaron a los *grandes dioses*. Junto a ellos una amplia teogonía, fruto de una larga evolución especulativa religiosa por parte de los sacerdotes sumerios, acabó por definir un complejísimo panteón.

El hecho de que nos hayan llegado diferentes tradiciones teológicas que intentaban explicar las concepciones cosmogónicas y su evolución demuestran el alto interés sentido por el tema religioso y los sincretismos a los que llegaron.

De las escuelas teológicas son de interés las dos de Shuruppak, para una de las cuales el panteón estaba encabezado por An, Enlil, Inanna, Enki, Nannar y Utu. Para la otra lo estuvo por un conjunto de Siete dioses padres-madres (Enki-Ninki, Enlil-Ninlil, Tur, Girda, Men), de quienes procedería todo.

De Nippur, asimismo, nos ha llegado otro intento de elaboración cosmogónica a base de genealogías, procedentes de distintas concepciones teogónicas probablemente originarias de Uruk, Lagash o Isin. De An y Antu nació Enlil, descrito como padre de los dioses, que junto con Ninlil daría origen a Nannar, Enki y al resto de los dioses. De la pareja An y Urash (diosa ésta extraña a Nippur) nació Ninkhursag, importantísima diosa que sería asimilada luego a otras siete que encarnaron también el papel de Gran diosa madre (Ninmakh, Nintu, Ninmena, Aruru, Makh, Mama, Belit-ili (ésta semita).

En Uruk, y para sus teólogos, la principal divinidad fue An, el dios cielo; en cambio, en Eridu lo fue la *madre del cielo y de la tierra* (*Ama-tu-an-ki*), Nammu, en torno a quien descansó el sistema cosmogónico local. Aquí el principio masculino fue Abzu, aguas que desde las profundidades fertilizaban la tierra.

Las corrientes cosmogónicas de estas escuelas confluyeron más tarde en diferentes elaboraciones sincréticas, presentes en algunos mitos e himnos, en los cuales se argumenta la existencia previa de un universo embrionario, imaginado a modo de ciudad (*uru-lu-la* = la ciudad del pasado), en donde vivían dioses ctónicos. De tal universo surgiría el cielo (An) que llegó a ser el Señor de dicha ciudad, y la Tierra (Urash), divinidades que lue-

go de una hierogamia cósmica darían origen a los grandes dioses Enlil y Enki y, en general, a los Anunna. Al propio tiempo cada cosa tendría una función en el Universo y se distribuirían las fuerzas divinas, los *me* (*a-na-me* sería «la suma del ser»), esto es, las reglas asignadas a cada entidad o fenómeno. Por supuesto, la realeza también descendió del cielo a la tierra con su atributo, el cetro florido (*pa-mul*).

Todo este proceso generador, centrado en las dos corrientes cosmogónicas opuestas (la ctónicas y la cósmica) quedaría fijado muchísimo más tarde (y en lengua acadia) en el magno *Poema de la Creación* o *Enuma elish*, en base a la formación de binas o parejas (Abzu y Tiamat, Lakhmu y Lakhamu, Anshar y Kishar), de las que nacería una primera tríada (An, Enlil y Enki) y de ésta otra segunda (Zuen, Utu e Inanna).

Los dioses cósmicos: La primera tríada de dioses la encabezó An (en acadio Anu o Anum), «Cielo» (o mejor «Cielo estrellado»), representado por una estrella de ocho rayos. Tal dios, sin ninguna función determinada, fue el *alto* por excelencia, titular de todo el panteón. «Dios supremo» y «Padre de los dioses» habitaba en un gran santuario, el Eanna («Casa del Cielo») en Uruk, su principal lugar de culto. Su número sagrado fue el 60, el módulo o base del sistema de cálculo sumerio y, por tanto, el símbolo de la totalidad, de lo perfecto. A pesar de perder importancia religiosa, ya a partir del 2500, su culto no cesó hasta prácticamente la época seléucida. Su paredra femenina, en época acadia, fue Antu, de oscuro significado, de la que tuvo como hijos más cualificados a Enlil y Baba.

El segundo dios cósmico fue Enlil, «Señor del viento», el hijo de An. Enlil tuvo como cifra simbólica el número 50 y muy pronto superó en importancia religiosa a su padre, siendo llamado también «Padre de los dioses», «Rey del cielo y de la tierra» y «Rey de los países extranjeros», ocupando por ello el lugar de mayor rango cultual. Habitaba en la cima de la Montaña que ascendía a los cielos (se le conoció también por eso con el nombre de Kurgal, «Gran Montaña»). A este dios, se concedió el mérito de los *me* o principios que regían toda la existencia, así como el imperio de la ley, la determinación de los destinos y el interés

por las gentes. A éstas les había entregado la azada y el arado como herramientas agrícolas a partir de las cuales se desarrollaría toda la civilización posterior. Dada su importancia, fue el dios de los reyes, a quienes investía la función real en virtud del *en-lil-la-tu* o poder de transmisión de prerrogativas. Fue venerado en el Ekur («Casa de la montaña») de Nippur, verdadero centro nacional religioso, y en otras ciudades. Su paredra fue Ninlil (o Sud en Eresh), de la que no sabemos prácticamente nada, y sus hijos Ningirsu y Nannar.

El tercer componente de la tríada fue Enki, «Señor del fundamento», llamado también Ea, «Casa de agua», en cuanto titular del Océano sobre el que descansaba inmóvil la tierra. Enki fue el dios de la sabiduría, de las artes y de la magia, siendo también una divinidad benefactora y recibiendo en cuanto creador y constructor el nombre de Nudimmud. Su número sagrado fue el 40 (el mismo que recibiría Antu, la esposa de An) y su animal emblemático el pez. Recibió culto en el Eabzu («Casa del Abzu») de Eridu, contando también con otros templos en Kish, Umma y Lagash. Fue creído hijo de Enlil y se le hizo esposo de Ninki («Señora de la tierra») o Damgalnunna según otras versiones; su hijo fue el dios Asarilukhi (o Asallukhi).

Los dioses astrales: La segunda tríada tuvo carácter astral y la formaron Zuen (o Nannar), Utu e Inanna, divinidades identificadas con la luna, el sol y el planeta Venus (para los sumerios la estrella de la mañana y de la tarde), astros todos ellos de suma importancia para los ciclos vitales de los seres humanos.

Zuen (o Enzu), «Señor del saber», valorado con la cifra 30 y figurado como un toro con barba de lapislázuli, entre otras representaciones, fue el dios luna, astro cuyas sucesivas fases motivaron infinidad de imágenes simbólicas. Conocido también como Sheski, Nanna, Nannar y Ashimbabbar, alcanzó un gran culto, considerándosele en algunas épocas titular de la autoridad divina y heredero, por tanto, de Enlil y An. Dios de la adivinación, contó con un gran complejo religioso en Ur, destacando su templo, el Ekishnugal («Casa de la gran luz»), y sobre todo su famosa *u-nir* o torre escalonada, Etemenniguru («Casa cuya alta terraza inspira terror»). Dispuso de otros importantes templos

en Kharran y en Lagash. Hijo de An (o de Enlil, según algunas escuelas teológicas), tuvo como paredra a Ningal, la «Gran señora», dama de incolora personalidad. A Zuen se le hizo padre de los otros dos componentes de la tríada astral, Utu e Inanna (aunque en ocasiones a ésta se la hizo hija de An o de Enki).

El segundo dios astral fue Utu, el dios sol, conocido también como Babbar («El resplandeciente»). Utu fue una divinidad antiquísima, de corte guerrero, dispensador de las posibilidades de vida y aún del castigo. Fue, por su regularidad astral, el símbolo de lo justo, pasando así a ser titular de la justicia y también el dios de los oráculos. Su coeficiente numérico fue el 20 y su símbolo el disco solar. Contó con templos, llamados Ebabbar («Casa resplandeciente») en Larsa y en Sippar. Este dios, hijo de Zuen, llegó a tener de su paredra Aya, de oscuro papel teológico, una numerosa familia. La figura de Utu, llamado Shamash por los acadios, ganó cada vez más importancia.

Inanna o Ninanna, «Señora del cielo (o de An)», conocida también con otros nombres (Nin, Ninni, Irnina, Irnini) fue una divinidad que encerró los dos aspectos que la Naturaleza exigía al hombre, la reproducción y la lucha. De ahí que fuera titular del amor (los sumerios la concibieron como una hieródula) y de la guerra (Gudea de Lagash la llama Ninme, «Señora de la batalla»). Su número sagrado era el 15, su animal el león y sus símbolos un manojo de juncos en cuanto Ninni terrenal, hija de Enki, y una roseta de ocho puntas, como Inanna celeste, hija de Zuen. Su lugar de culto más importante fue Uruk, recibiendo adoración en el Eanna («Casa de An»), templo del que llegó a desplazar al propio padre de los dioses; sin embargo, fue venerada prácticamente en todas las ciudades sumero-acadias (Ur, Nippur, Zabalam, Sippar, Lagash, Akkadé, etcétera). En Uruk se la conoció como Muldilbat o «Estrella Venus del atardecer»; en Akkadé como Ishtar Anunitum o Ulmashitum, es decir, como diosa guerrera. Inanna-Ishtar presenta serios problemas de estudio, toda vez que fue considerada como una hipóstasis de la madre tierra y también como una diosa exterminadora, de la muerte y de la crueldad sádica. Se la creyó madre del dios Lulal de Badtibira y del dios Shara de Umma y en torno a su figura se desarrollaron multitud de mitos, siendo muy significativos los re-

feridos a su matrimonio con Dumuzi y el que recoge su descenso a los Infiernos.

Dioses de la Naturaleza: Los elementos más importantes de la naturaleza fueron identificados con otros tantos dioses. Dado su abultado número, sólo podremos recoger aquí aquellos que tuvieron una presencia más acusada en los textos sumerios.

Debemos comenzar con Ninkhursag, «Señora de la montaña», diosa de carácter cósmico. Fue creída una divinidad agrícola y se la conectó, por lo tanto, con la hierogamia regeneradora. En la fase neosumeria recibió los nombres de «Madre de los dioses» y «Noble señora» (Ninmakh), haciéndosela esposa, en la ciudad de Adab, del dios Shulpa'e, figura muy compleja y con atribuciones difíciles de explicar. El papel de Ninkhursag se confundió, a veces, con el de otras siete diosas-madre, ya citadas anteriormente. Sus templos más importantes estuvieron en Kish, Adab y Lagash.

Nanshe, «Señora de la Montaña pura», fue la diosa de los canales y de las aguas, si bien en la época de Gudea fue una divinidad oracular, creída la *intérprete de los dioses*. Fue hija de Enki y hermana de Ningirsu y Nisaba.

Ningishzida (o Ningizzida), «Señor del verdadero árbol», dios de carácter agrícola, fue una divinidad muy venerada en tiempos de Gudea, llegando a ser el dios personal de aquel destacado *ensi*. Tuvo templos en Girsu y en Ur y se le hizo esposo de Geshtinanna, la «Viña celeste», hermana de Dumuzi. Ningishzida era hijo de Ninazu, «Señor médico», un dios ctónico de carácter benéfico, cuyo nombre se aplicaba a veces al esposo de Ereshkigal, la diosa de los Infiernos.

Ningirsu, «Señor de Girsu», dios del huracán, fue considerado una divinidad guerrera, construyéndosele en Girsu uno de los más fastuosos templos de todo Sumer, el Eninnu («Casa cincuenta»). Su esposa fue Baba, diosa de la abundancia, a la cual se dedicó la fiesta del Año Nuevo (*zag-mu*) de Lagash.

Otra importante divinidad fue Ninurta, que aparece tardíamente en los textos. Dicho dios, titular de la fecundidad, de la vegetación y de la caza, fue identificado con Ningirsu, confundiéndose sus papeles religiosos. Ninurta, sujeto de algunos mi-

tos, tuvo por esposa a Gula, diosa de la salud y representada a menudo por un perro.

Diosa de carácter local fue Gatumdu, a la que se consideraba hija de An. En la ciudad de Lagash, en donde se la confundió con su hija Baba, fue titular de la fecundidad y de la fertilidad. Gudea la invoca en sus textos como madre y padre a un tiempo.

Nisaba (o Nidaba), de controvertido parentesco, fue la diosa de la escritura y la inspiradora de las actividades intelectuales; sin que sepamos cómo su contenido religioso fue derivando al de una diosa agrícola. Tuvo por esposo a Haya, titular de la ciudad de Eresh y quizás un dios de los ganados. Nisaba recibió culto sobre todo en Umma, en Nippur y en Lagash.

También Adad, un dios semita con atribuciones oraculares, conocido con los nombres de Mer o Wer, recibió un gran culto. Los teólogos le asignaron la responsabilidad del trueno y de la tormenta (en cuanto a sus aguas beneficiosas), por lo que sustituyó al antiguo dios sumerio Ishkur.

Dios de compleja personalidad fue Dumuzi (¿a identificar con Dumuzi-Abzu?), denominado también Amaushumgalanna, Ushumgalanna o Ushumgal, conectado para algunos con la vegetación, dado su carácter de divinidad «estacional», que moría y renacía. La *muerte* del dios originó poemas y cantos de lamentación, en los que la culpable era su esposa Inanna, la cual lo había utilizado como sustituto suyo para poder salir de los Infiernos. En el período neosumerio (y especialmente durante las dinastías de Isin y Larsa) los reyes desearon identificarse con Dumuzi y creyeron asegurarse la fertilidad de la Naturaleza y la felicidad de sus súbditos renovando cada año en su nombre el rito del *matrimonio sagrado*. Su culto, en cualquier caso, pervivió mucho tiempo, alcanzando los albores del Cristianismo, pues se le encontraba en Palestina bajo la forma de Tammuz, en Fenicia bajo Adonis y en Frigia bajo Attis.

Asimismo, un dios de difícil contenido teológico fue Dagan, documentado por primera vez en época de Sargón de Akkad, rey al cual le había facilitado numerosas conquistas, según cuentan los textos. Dicho dios al ser conectado con la tierra, la vegetación y la lluvia pasó a desempeñar cometidos de dios ctóni-

co y cósmico al mismo tiempo. Su culto alcanzó gran predicamento durante la etapa paleobabilónica.

Otros dioses a considerar son Nusku, el hijo y visir de Enlil, titular del fuego; Shara, un dios de la vegetación; Ezinu (o Ashnan), diosa semejante a Nisaba; Ishum, dios de compleja personalidad, heraldo de Erra; Sumuqan, dios del ganado y de la campiña; Damu, dios de la salud; Zababa, un dios de la guerra; y las diosas Nininsina, la «Gran médico de los cabezas negras» y madre de Damu; Nintinugga y Ninkarrak, también relacionadas con la medicina.

Dioses infernales: El reino del Más Allá (*Kur-nu-gi-a* o *Kigal*) estuvo encomendado a Ereshkigal, «Gobernante de la Gran Tierra». Mediante su matrimonio con Nergal, según relata un famoso mito, el gobierno del Infierno lo hubo de compartir con aquel dios (en cuya segunda manifestación se llamó Meslamtae'a), que recibía culto en Kutha. Como dios que enviaba la devastación y la muerte, tenía a su cargo la fiebre y las enfermedades contagiosas. En las especulaciones teológicas fue identificado con Erra (Girra o Irra), dios de la época acadia y de un gran culto durante toda la III dinastía de Ur.

Otras divinidades: No hay que olvidar que también formaron parte del panteón sumerio reyes deificados y hasta símbolos y objetos, que tuvieron su acogida en templos construidos al efecto. Los acadios fueron los primeros en divinizar a sus reyes, incluso en vida. De esta manera, Sargón, Rimush, Naram-Sin y Sharkalisharri participaron de aquella divinización.

Gudea de Lagash, que ha pasado a la Historia como prototipo de devoto sumerio, tuvo también su culto propio. Lo mismo lo tuvo el rey de Uruk, Gilgamesh, después de su muerte. Una tradición, que se remonta al parecer a la dinastía de Isin, señala que uno de los reyes postdiluvianos, Etana, había estado en contacto con los dioses, al subir al cielo sobre un águila, tema que fue representado en algunos cilindro-sellos.

Los reyes de la III dinastía de Ur imitaron también la costumbre acadia y divinizaron a algunos de sus reyes. Ur-Nammu fue divinizado, y Shulgi, Amar-Sin y Shu-Sin contaron con templos específicos.

Respecto a los objetos inanimados, creídos entes divinos, debemos aludir a las estatuas de los reyes, los tronos, los emblemas de los dioses y las ciudades (caso, por ejemplo, de Lagash, con su Imdugud o Pájaro de la Tempestad), las armas (mazas, arcos y flechas) y determinados instrumentos musicales (el arpa de Ningirsu) o enseres (el carro de Enlil).

Angelología y demonología

Si los estadios cósmicos y astrales estaban poblados por divinidades superiores, más o menos delineadas en su contorno religioso, según acabamos de exponer, también los textos recogen una serie de seres secundarios (unos buenos, otros malos) que podemos encuadrar dentro de lo que se entiende por angelología y demonología, y cuyas características serían ante todo, su poco clara definición y su poderío protector o maligno, según los casos.

Es un hecho comprobado que el concepto y las representaciones más antiguas de ángeles y demonios (pertenecientes siempre al mundo divino) hay que situarlos en época sumeria, de donde pasarían a la religión asirio-babilónica y luego al mundo hebraico.

Además del dios personal que protegía de todo tipo de males a los individuos (cada uno era *hijo de su dios*), existieron también unas divinidades tutelares —caso de Shul y Ninshubur, las dos más significativas— intermediarias entre el hombre y los dioses superiores. Como espíritus o genios bondadosos tuvieron a las *lama*, principio femenino, que se citan a veces junto al *udug*, presentado éste en ocasiones como bueno y en otras como maligno. En época neosumeria, los Anunna eran considerados como dioses típicamente protectores.

Una lista clásica de demonios nos es dada por la tardía serie *Shurpu*, en donde aparecen los *udug, ala, gidim, dingir, mashkim, dimme, dimmea, dimmekil, galla,* que junto con el *namtar* y el *azaga* causaban enfermedades, males y zozobras de todo tipo. Todos ellos, amorfos, más o menos asexuados y sin nombres concretos, eran principios malvados, a menudo descritos

como seres terroríficos o pintorescos, trasuntos de fantasmas, alucinaciones, espíritus o fuerzas negativas.

Especial importancia adquirió el culto tributado a la diosa Lilith, la cual aprovechando la nocturnidad atacaba o seducía a los hombres, excitándoles la lujuria, pero impidiéndoles satisfacerla. De ella nos han llegado varias representaciones, destacando la de una placa de terracota (de muy buena factura artística), en donde se la figura como una bellísima mujer, totalmente desnuda, alada, con pies a modo de garras, coronada con la tiara de la realeza y enarbolando los signos de la cuerda y la vara de medir. Leones y búhos la acompañan a modo de escolta.

Las mujeres gestantes o que habían dado a luz temían especialmente a un demonio femenino, llamado Dimme (en acadio Lamashtu), que atacaba bien a los fetos, bien a los recién nacidos provocándoles la muerte.

En época neosumeria, Khumbaba, el vigilante del Bosque de los Cedros, fue definido como *un rugido que era huracán y un soplo que era la muerte*. Junto a sus representaciones (plaquitas de arcilla), hay que citar las que se hicieron de unos seres mixtos (hombre-escorpión, hombre-lobo, hombre-león, hombre-toro) que quizás fuesen figuraciones de demonios o bien instrumentos para combatirlos.

Templos, clero y culto

Los hombres, que habían sido creados exclusivamente para el servicio de los dioses, según refieren determinados mitos, debían cuidar de aquellos en lugares apropiados, mediante un culto escrupulosamente regulado por un competente clero, que tuvo también una extraordinaria importancia social, económica y cultural.

Tal culto se desarrollaba en los templos o casas de los dioses (en sumerio *e*, en acadio *bitum*), en grandes casas (*e-gal*) o en santuarios (*esh*). Desde los tiempos más remotos ese espacio sagrado, verdadera residencia terrestre del dios, se disponía sobre una alta terraza o terraplén (*temen*), orientado según los puntos cardinales sumerios y con su interior distribuido en naves y ca-

pillas, adoptando el *sistema de eje acodado* (disposición que impedía ver directamente desde la entrada la cámara de la divinidad).

Generalmente, una vez escogido el punto exacto y después de ceremonias propiciatorias, los templos se iban construyendo siempre sobre el mismo lugar cubriendo los restos, que servían de cimientos, con la nueva edificación (los casos de Eridu, Uruk y Lagash serían los más significativos). Ello ha permitido conocer estratigráficamente la evolución material y la tipología arquitectónica de no pocos templos sumerios

Tras sortear la entrada se encontraba una antecámara (*ki-sal*), después el *pa-pakh*, luego la residencia o *ki-tush* y, finalmente, el *e-sha*, recinto ya prohibido a los profanos. En este lugar era donde habría de estar situada la imagen (*a-lan, dul*) o el símbolo del dios sobre un estrado (*ba-ra*); sin embargo, hasta el momento presente y para toda la Historia sumeria hay que señalar que no se han encontrado estatuas de dioses en el interior de los templos, a pesar de que ya se poseían desde el cuarto milenio.

Hasta ahora las estatuas halladas en templos sumerios son básicamente representaciones de orantes (caso del ajuar escultórico del templo de Abu en Tell Asmar) y de reyes (Ur-Ningirsu, Gudea, por ejemplo) que, en la creencia de estar dotadas con vida propia, funcionarían como portavoz (*sha-na-sha*) ante la divinidad de aquel que las ofreciese. Además, ningún texto anterior al año 2000 hace referencia, que sepamos, a la ejecución o entronización de una estatua divina para uso cultual alguno. Esto nos permite afirmar que los sumerios *verían* a sus dioses bien mediante sustitutos humanos, bien mediante pinturas o símbolos, pero no imaginados en estatuas (¿o al ser posiblemente de oro y plata han desaparecido totalmente?).

Las construcciones religiosas, realizadas con adobes o con ladrillos se embellecieron externamente con placas de mármol o apliques de arcilla vidriada en forma de conos. En su interior no solían faltar ni la piedra ni el mármol y la magnificencia se aseguraba con postes y vigas de cedro o de otras maderas y con ornamentos metálicos, de lapislázuli y cornalina.

Estos templos, cuya construcción estaba reservada exclusiva-

mente a reyes y príncipes, no sólo eran punto de interés religioso, sino también, como se ha apuntado en páginas anteriores, de interés económico, corriendo a su cargo actividades agrícolas, pastoriles, industriales y culturales, vigiladas por tres categorías de sacerdotes: el *sanga*, el *nu-banda*, y el *shabra*.

Conocemos perfectamente las ceremonias que se efectuaban tanto para la restauración de los templos, cosa frecuente dada la fragilidad de los materiales empleados y las constantes guerras, como para la edificación de nueva planta. Agunos textos de Gudea de Lagash ilustran con todo detalle dichas ceremonias, en las cuales participaba el rey (purificaciones, fabricación del molde del primer ladrillo, colocación del ladrillo fundacional, vigilancia de las obras, entronización de los dioses, consagración del templo).

Además del *sanga*, del *nu-banda* y del *shabra*, más arriba citados, los templos contaron entre su personal sagrado (que debía reunir una serie de requisitos personales) con otros importantes sacerdotes: el *isag* (constructor), el *ishib* (purificador y encargado de exorcismos y libaciones), el *gudu* (unción), el *ush-ku* (actividades funerarias), el *gala* (cantor), el *mash-su-su* (adivino), el *agrig* (intendente), el *ab-gal* y el *abrig* (purificadores), el *mash-mash* (conjurador), el *uri-gal* (tesorero) y el *lu-makh* (hombre noble), citado a veces junto a la *nin-dingir* (señora divinidad) o suprema sacerdotisa.

La lista de sacerdotes la encabezaba el *en* (en acadio *enum*), señor, que designaba el grado sacerdotal más alto, siempre conectado a las divinidades de mayor prestigio. Su elección, mediante un rito adivinatorio (con la fórmula *mash-e-pa-da*) y la posterior entronización, constituían un acontecimiento muy notable, sobre todo en las primeras épocas, durante las cuales dicho cargo se confundía con una más de las responsabilidades del rey (caso de Uruk).

El *en* solía residir en el *ge-par* (en acadio *giparu*), estancia cuya naturaleza y significado no están aclarados suficientemente. También en dicha estancia, conectada de alguna manera con el templo, habitaba la suprema sacerdotisa.

Los templos contaron también con personal religioso femenino, constituido por las *nin-dingir* (en acadio *entum*), título an-

tes citado, adscritas a distintas divinidades, nombramiento que recaía en las hijas de los reyes; las *lukur*, destinadas a ser concubinas de los reyes y príncipes, y a desempeñar otros cargos de menor importancia. Infinidad de *nu-gig* o hieródulas poblaban los recintos religiosos, sobre todo claustros (*ga-gi-a*).

Los cultos y ceremonias (*dullo u nepeshu* en acadio) estuvieron perfectamente regulados, variando su actividad y ritualismo según las ciudades-Estado, pero siempre dentro de unas líneas uniformes para todo el país: *gish*(...)*tag* o sacrificios (se discute si los hubo humanos) cruentos e incruentos; *bal* o libaciones de agua, cerveza, vino y aceite; *sa-du* u ofrendas regulares de alimentos y ganado; *mash-da-ri-a* o presentes destinados a dioses y reyes; *a-ru-a* o entregas de objetos, estatuas y aún personas (oblatos) a los dioses; *siskur* u ofrendas acompañadas de plegarias, etcétera, nos son bastante conocidas gracias a los textos y objetos arqueológicos que nos han llegado.

Plegarias, procesiones y diversas prácticas de magia, adivinación y astrología, reguladas minuciosamente, de acuerdo con fórmulas, además de cantos, música, gestos, danza y examen de animales, completan el mundo religioso de las gentes sumero-acadias.

El culto sumerio se tributaba a nivel familiar, urbano y también nacional. El familiar se desarrollaba en torno a divinidades propias (sobre todo hacia el dios personal de cada uno), protectoras del hogar y de sus componentes humanos. Actuaba en él como sacerdote el propio cabeza de familia. El culto urbano, dispensado por una ciudad-Estado a sus divinidades políadas, vigilantes y auxiliadoras de la urbe, consistía en ceremonias y ritos encaminados a la obtención del bien de la comunidad (caso de Ningirsu en Girsu, de An en Uruk, de Ishtar en Akkadé). El culto nacional fue tributado a Enlil en Nippur, dado el carácter de dicha divinidad, dispensadora de la realeza humana, y el de su ciudad, cabeza de la *Liga Kengir* y lugar santo en donde tenían cabida todos los dioses. También Inanna recibió culto generalizado en cuanto diosa-madre, culto probablemente conectado con las fiestas del Año Nuevo que celebraba cada ciudad.

De las diferentes festividades sumerias, que también fueron creadas por los dioses mucho antes de que tuvieran un rey, las

que alcanzaron mayor importancia fueron las que conmemoraban los comienzos del Año Nuevo y los ciclos lunares, así como las motivadas por la reparación o construcción de templos, erección de estatuas reales, advenimiento o divinización de algún rey, elección de sumo sacerdote o suprema sacerdotisa y por las victorias militares.

Las fiestas del Año Nuevo (*zag-mu*, «cabeza del año», o *a-ki-ti*, de significado incierto que luego daría en acadio *akitu*), comprendían un ritual complejo, desarrollado en varias fases, tendente, en sus manifestaciones más antiguas, a resolver las crisis cíclicas de la producción agrícola-ganadera, según dejan presumir las divinidades a las que eran dedicadas. Al parecer, en un principio se celebraban en otoño, que es cuando comenzaba el año sumerio (Mes de la fiesta de Baba en Lagash; Mes de Gan-mash en Akkad). Luego, cuando se modificó el calendario durante la III dinastía de Ur, al hacer comenzar el Año Nuevo en la primavera (Mes de She-ki-kud), lógicamente las fiestas variaron de fecha. Sin embargo, en algunas ciudades (caso de Ur, Uruk y Nippur), debido a la larga tradición cúltica, se mantuvieron dos fiestas *A-ki-ti*, una la celebrada en el Mes de She-ki-kud y otra en el séptimo mes del año, denominado precisamente Mes de A-ki-ti.

Falta documentación para poder pergeñar el ceremonial, el contenido y la duración de tales fiestas, pero se sabe que hubieron de celebrarse expiaciones, sacrificios de animales, ofrendas agrícolas, procesiones, cánticos y banquetes, así como algún rito hierogámico o matrimonio sagrado entre el soberano y una alta sacerdotisa, que representarían respectivamente a Dumuzi e Inanna. Debemos significar, sin embargo, que la referencia literaria más antigua a tal rito matrimonial (descrito con toda minuciosidad) data de la época del rey Iddin-Dagan de Isin (1974-1954), detectándose ya en el poema épico *Enmerkar y Ensukheshdanna*, en textos de Eannatum y Gudea y en algunos himnos (*Bendición de Shulgi*).

Otras fiestas de alto interés fueron las celebradas con motivo de las fases lunares (*esh-esh*), muy extendidas en todo Sumer, destacando las de Lagash y las de Ur, de las que tenemos documentación, y en las que tanto el soberano como los súbditos participaban activamente.

Carácter más localista tuvieron las fiestas dedicadas a divinida-

des concretas, caso de las celebradas en honor de Sheski (Nanna), Nanshe, Baba o Inanna por citar algunos ejemplos.

El hombre ante los dioses

Los sumerios idearon diferentes relatos para explicar la creación del hombre, concebido en todos los casos como siervo (pero no esclavo) de la divinidad. Su creación fue motivada por los propios dioses ante la escandalosa carencia de cuidados que tenían que soportar. A fin de solucionar diferentes problemas (templos, alimentos, vestidos) y para que pudieran ser servidos y llevar así una vida ociosa, Nammu creó al hombre con la arcilla del Abzu, contando con la colaboración de Ninmakh y de Enki. Ambos determinaron, luego, el destino del hombre, que no fue otro que el de servir a los dioses.

Otras narraciones cuentan que el hombre brotó de la tierra igual que las plantas y no faltan las que argumentan que los seres humanos fueron creados a partir de la mezcla de agua con sangre de un dios inmolado para tal finalidad.

El hombre no fue creado, como se ha dicho, esclavo de la divinidad, sino su servidor y aún su colaborador; sin embargo, faltan datos suficientes pra justificar cómo en un momento determinado la divinidad (en esta caso An y Enlil) decidió destruirlo, lanzando contra él un devastador Diluvio.

El hombre, aunque fue salvado de la destrucción, tuvo su vida siempre rodeada de una gran incertidumbre (*nam*, destino, suerte), apoderándose de él la intranquilidad y el desasosiego ante la futilidad de todo lo que hacía. Incluso, en ocasiones, tenía que soportar la ira de los dioses, los cuales sin saber cómo ni por qué a veces lo abandonaban a su suerte, ya de modo colectivo (catástrofes, guerras, epidemias) ya de modo individual (desgracias, enfermedades). En estos casos, los hombres debían recurrir a ritos de expiación, lamentos públicos, plegarias o magia (ritos, encantamientos) para poder aplacar a la divinidad. Sobrevenida la muerte, siempre temida y contestada, y a la que nadie podía sustraerse, las posibilidades de una vida en el Más Allá (*kur-nu-gi-a*, La tierra sin retorno), ubicada bajo la tierra y separado de ella por el míti-

co río Ilurugu, eran muy restringidas. El difunto quedaba reducido a un espíritu o sombra (*gi-dim*) que se desenvolvía en un ambiente oscuro, frío, con agua salobre y lleno de polvo.

A pesar de estas escasas perspectivas y del escepticismo religioso, el sumerio (aunque nos faltan textos para argumentar este supuesto) no dio la espalda a sus dioses; de hecho, se sentía formar parte de un cosmos y, en consecuencia, esperaba alcanzar la bendición de sus dioses, cuando le juzgasen en la ultratumba.

BIBLIOGRAFIA

CAGNI, L., «Considerazioni sulla più antica religione semitica in Mesopotamia», Roma, OA, 16, 3, 1977, pp. 205-226. CASTELLINO, G. R., «La religione sumerica», *Storia delle religioni, I*.Turín, UTET, 1969, pp. 1-55. FOXVOG, D. A., «Funerary furnishings in early sumerian text from Adab», *Death in Mesopotamia*, Copenhague (*Mesopotamia*, 8), Akademisk Forlag, 1980, pp. 67-75. GRONEBERG, B., «Die sumerisch-akkadische Inanna/Istar: Hermaphroditos?», Gottinga, WO, 17, 1986, pp. 25-46. HALL, M. G., *A Study of the Sumerian Moon-God Nanna/Suen*. Filadelfia, University of Pennsylvania, 1985. JACOBSEN, T., *The treasures of darkness. A history of Mesopotamian Religion*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1976. JEAN, C. F., *La religion sumérienne d'après les documents sumériens antérieures à la dynastie d'Isin (-2186)*, París, Paul Guethner, 1931. KRAMER, S. N., «The Death of Dumuzi: A new Sumerian version», Londres, *An.St*, 30, 1980, pp. 5-13. LIMET, H., «L'organisation de fêtes mensuelles à l'époque néo-sumérienne», (17 Rencontre Assyriologique Internationale, 1969), Ham-sur-Heure, 1970, pp. 59-74. REISMAN, D., «Iddin-Dagan's Sacred Marriage Hymn», Cambridge, Mass., JCS, 25, 1973, pp. 185-202. RÖMER, W. H. PH., «La religión de la Antigua Mesopotamia», *Historia Religionum, I*, Madrid, Cristiandad, 1973, pp. 121-191. ROSENGARTEN, Y., *Sumer et le sacré. Le jeu des prescriptions (me) des dieux et des destins*. París, Ed. E. de Boccard, 1977. SCHNEIDER, N., «La religión de los sumerios y acadios», *Cristo y las religiones de la tierra, II*, Madrid, BAC, 1968, pp. 369-419. WOHLSTEIN, H., *The Sky-God An-Anu. Head of the Mesopotamian Pantheon in Sumerian-Akkadian Literature*. Jericho-Nueva York, Paul A. Stroock, 1976. VORLÄNDER, H., *Mein Gott: die Vorstellungen vom persönalichen Gott im Alten Orient und Alten Testament*, Neukirchen-Vluyn (AOAT, 23), 1975.

Capítulo IX

LAS MANIFESTACIONES CIENTIFICAS Y ARTISTICAS

La conexión entre Religión, Ciencia y Arte

Tanto en las Ciencias como en las Artes, los sumerios abarcaron campos muy limitados, pues tras los primeros hallazgos técnicos y estéticos se dedicaron más a perfeccionarlos y a ajustarlos a su modo de vida que a intentar inventar otras cosas o a trazar nuevos horizontes artísticos que cambiaran radicalmente sus costumbres y gustos.

No obstante, en muchos aspectos del campo científico lograron el dominio sobre algunas parcelas partiendo de bases puramente empíricas, en las que la paciencia era el arma fundamental y la justificación religiosa la única explicación válida. Quizá donde mejor pueda verse esto sea en la metalurgia, en donde se alcanzaron magníficos resultados. Que de una piedra se obtuviese por transmutación de la materia un metal era un misterio difícil de explicar si no se argumentaba la intervención divina.

Con prolongados experimentos, sin ninguna coordinación, dada la ignorancia que poseían de la Química, pudieron aprender muchas cosas acerca de las propiedades de las diferentes materias. Gracias a ello, fueron capaces de clasificar sus conocimientos mediante largas listas lexicográficas, perfectamente sistematizadas, las cuales darían paso a los primeros diccionarios y, consiguientemente, a la floración de las diferentes Ciencias (Geografía, Mineralogía, Zoología, Química, Botánica). Estas clasificaciones fueron efectuadas, en buena parte, no sólo para satisfacer a la Ciencia en sí misma considerada, sino sobre todo para su control religioso, basado en el principio de que conocer el nombre de una cosa otorgaba ya el poder y el dominio sobre la misma.

Lo mismo cabe decir sobre las Artes, tanto las bellas como

las aplicadas, en las cuales el artista sumerio hubo de dejar a un lado su propio genio creador para amoldarse a las necesidades y exigencias de su época, o más exactamente de los templos, cuyos representantes juzgaban la pieza o el complejo arquitectónico no en función de su belleza (que no se consideraba como un valor independiente), sino en el de su utilidad.

La Matemática y la Geometría

Por necesidades de tipo práctico, en las *e-dub-ba* se dieron los primeros pasos de la Matemática y de la Geometría, saberes que se precisaban para el control administrativo de los templos y palacios, del comercio, de la agricultura y de la ganadería. En Aritmética utilizaron sobre todo el sistema numérico sexagesimal, tanto para números enteros como fraccionarios, pero al desconocer o no utilizar la *cifra cero* (empleada sólo a partir de la época seléucida) debieron recurrir, para anotar las cantidades, a principios de yuxtaposición y colocación teórica de los guarismos (cuñas verticales y horizontales, signos especiales), lo que significaba conocer en profundidad la relatividad de los números.

Sin embargo, el sistema sexagesimal no fue utilizado de modo exclusivo, puesto que también trabajaron con el factor 10 (sistema decimal), presente en sus operaciones y cálculos, pero sin llegar a idear múltiplos de tal cifra, debiendo recurrir a variaciones para anotar el 100 (60 + 40) y el 1000 (16 × 60) + 40.

Así, por ejemplo, el número 536 podía ser leído de acuerdo con el sistema decimal como $(5 \times 10^2) + (3 \times 10) + 6$, mientras que con el sexagesimal el mismo número equivalía a $(5 \times 60^2) + (3 \times 60) + 6$, o sea, 18.186.

Dada, pues, la posible ambigüedad que se podía asignar a los números enteros por no indicarse el valor absoluto de sus unidades, y su flexibilidad posicional, la utilización de una serie de tablillas para el cálculo fue fundamental para la fácil suma y multiplicación de los números enteros y fraccionarios, signos, los de éstos, que fueron distintos según el uso teórico o práctico que se hiciera de ellos.

Precisamente, esas tablillas nos demuestran el manejo de

multiplicaciones, cuadrados, raíces cuadradas, cubos, raíces cúbicas, sumas de cuadrados y cubos, exponenciales, funciones y coeficientes. Otras tablillas, inscritas con ejercicios escolares, nos han transmitido en su desarrollo el uso de números pitagóricos y aun ecuaciones.

La Geometría fue un conocimiento de carácter práctico, pues se utilizó para calcular superficies y volúmenes, lo que llevaba aparejado un sistema de medidas también sexagesimales, pero que variaron según las ciudades y épocas. De este modo, la excavación y remoción de tierras para diques, canales, terraplenes y murallas, el cálculo de volúmenes de ladrillos necesarios para una construcción, los tonelajes de barcos, las medidas de campos, los controles catastrales, la fijación del grano para la siembra de acuerdo con la superficie de los campos y otras necesidades no presentaron problema alguno.

El origen del sistema sexagesimal se discute, pero la mayoría de autores piensan que derivó de la metrología, cuyos pesos eran sexagesimales: 180 granos de cereal (*she*) hacen un *siclo* (*gin*), 60 *siclos* hacen una *mina* (*ma-na*), 60 *minas* hacen un *talento* (*gu-un*) y como la unidad mayor (*shar*) es sesenta veces la menor, también inversamente la menor es la sesentava parte de la mayor, esto es, la pequeña unidad (1/60).

El calendario

Los conocimientos matemáticos se aplicaron también a la observación y estudio de los cuerpos celestes (aunque sólo nos ha llegado una lista con los nombres de unas 25 estrellas) y de los cambios estacionales de la Naturaleza, estudios que precisaban para las previsiones agrícolas y para la celebración de las fiestas religiosas en días fijos.

Ello llevó a los sumerios a la formación de calendarios, basados en los cambios de la luna (el dios Nannar o Sin), cuya regularidad celeste fue tomada como unidad de cómputo. Así, estructuraron meses lunares de 29 ó 30 días; pero como quiera que después de cada doce meses se había vuelto a lo que parecía la misma estación, de esta manera se obtuvo el año por la suma de los doce meses lunares.

Cada uno de estos doce meses recibió un nombre de acuerdo con las actividades agrarias o las fiestas religiosas que durante ellos se celebraban en las diferentes ciudades. Ello motivó que los nombres y los calendarios variasen de unas a otras, no lográndose una nomenclatura unitaria hasta la época del rey babilonio Hammurabi (1792-1750), que adoptó los nombres del calendario de Nippur, la ciudad sagrada sumeria.

Puesto que los años de 354 ó 360 días, al cabo de poco más de una generación, no regulaban exactamente los meses con las estaciones, se hubo de recurrir entonces a *unos días lunares* complementarios, situados al final de cada mes (o cuando dispusiera la autoridad); luego, se agruparon en un sólo mes complementario, que se añadió cada seis años, evitándose así los desfases entre el calendario y la realidad.

El año fue dividido en dos estaciones: *e-me-esh* o verano, que comenzaba en febrero-marzo, y *en-te-en* o invierno, que lo hacía en septiembre-octubre. El día (*u*) se iniciaba con el ocaso y tenía una duración de doce horas dobles (*danna*) de 30 *gesh*; la noche (*ge*) se dividió en tres bloques de cuatro horas dobles. Para medir el tiempo, recurrieron al reloj de agua (*gish dib-dib*) y, tal vez, al reloj de sol, que más tarde adoptarían los griegos con los nombres de clepsidra y gnomon respectivamente.

La medicina, la cirugía y la farmacopea

Los sumerios creyeron que las enfermedades eran enviadas a los hombres por los dioses o por los malos espíritus a causa de sus culpas y pecados. De acuerdo con tal sentir, la medicina se ligó muy íntimamente a prácticas religiosas, mágicas y adivinatorias, dispensadas por especialistas de la clase sacerdotal (*kapirig, mu-mu, mash-mash*), quienes, además de recurrir a oraciones y encantamientos, ofrecían determinadas medicinas antidemoníacas (incluso *shurun*, excremento de animales), cuya eficacia consistía más en lo desagradable que fueran para el demonio atacante que en el posible efecto sobre el organismo enfermo.

Pero también se conocieron los médicos (*a-zu*, experto en agua) que practicaron el arte de curar —casos por ejemplo de

Lulu, que vivió hacia el 2700, o del famoso Urlugaledinna, médico personal de Ur-Ningirsu de Lagash (2121-2118) -, encargados a un tiempo de la medicina empírica (diagnóstico y medicación) y de las técnicas quirúrgicas, lógicamente muy elementales.

Hasta ahora disponemos de muy poco material para el estudio de la farmacopea sumeria, aunque hayan llegado muchas tablillas de épocas posteriores que recogen palabras y frases médicas. De los pocos textos originales de este tipo destaca uno, procedente de Nippur y fechable a finales del tercer milenio, que incluye nada menos que quince prescripciones (*dug-ga*), sin conexión alguna con la magia o el mundo divino, y que constituye hasta hoy el recetario de farmacia más antiguo de la Historia.

Tales prescripciones contienen el nombre de la enfermedad, los remedios a aplicar y las instrucciones para su correcta administración. Las mismas podían suministrarse de dos maneras: por vía externa, a base de cataplasmas o apósitos o bien mediante tratamiento local, con lavados, lociones, pomadas o pulverizaciones; y por vía interna, mediante la ingestión de dosis o *píldoras* medicinales y purgativos o bien la aplicación de lavativas y supositorios.

Para la preparación de las medicinas, la farmacopea sumeria acudió tanto a los productos botánicos, como a los minerales e incluso al reino animal. De la Botánica el tomillo, la mostaza, diversas frutas y árboles, así como la cerveza, el vino y el aceite vegetal fueron muy utilizados. Del mundo mineral el barro, el betún y el clorato sódico son los más citados. Del mundo zoológico las recetas recogen caparazones de tortuga, serpientes de agua, vacas, leche y lana, entre otros animales y productos.

La música

De todas las Artes, la música quizá fuese la que llegó de modo más directo a las gentes. Sin embargo, por desgracia, poco es lo que sabemos del carácter y cualidades de la misma, a pesar de los intentos que se han efectuado en este campo al analizar el sistema musical, sus tipos de composiciones y los posibles fines que se pretendían.

Algunos especialistas han argumentado que la música sumeria, y en general la mesopotámica, descansaría en un sistema pentatónico no cromático, sin significar, por ello, que sus melodías se hubiesen de sujetar a la rígida escala de los cinco tonos; podrían variar, de acuerdo con las representaciones de los instrumentos que se conocen, dentro de cuatro escalas de cinco tonos relacionadas entre sí. Otros autores, sin embargo, sostienen que muy bien pudo haber sido heptatónica, parecida a la antigua música india, coreana o china. La realidad es que no se puede deducir ninguna conclusión cierta, dada la carencia de fuentes directas y las escasas representaciones de temas o ambientes musicales, a pesar del conocimiento de un buen número de instrumentos.

Parece ser que la música, tanto la vocal como la instrumental, estuvo, como todo lo sumerio, muy conectada con la religión, pero no se puede descartar que también en los hogares y en las plazas se disfrutara de ella, aunque no hay referencias, que sepamos, de ninguna clase de música instrumental independiente, de carácter profano.

Las melodías hubieron de transmitirse por vía oral, ya que de la época sumeria no ha llegado ninguna anotación de este tipo. Los intentos de reconstrucción que se han hecho a partir de algunas tablillas con registros pretendidamente musicales no descansan en ninguna base sólidamente científica.

Los textos religiosos, los que se ejecutaban con acompañamiento musical, consistían en canciones e himnos glorificantes (música festiva), en canciones plañideras (música funeraria) y en plegarias, oraciones y algunos mitos y epopeyas (música culta).

En no pocos de dichos textos, la ejecución del tipo de música se anotaba con diferentes expresiones (*shir, du, en-du, li-du*), se matizaba según fuesen cantos de alabanza (*ar, za-mi*), o plañideros (*er, akkil, ur-ur, isish*) y hasta se puntualizaba el tipo de estrofa musical y su ritmo (*sa-gid-da, sa-garra, barsud, shabatuk, gish-gi-gal, uru-en-bi, kishubgu*). También se solía indicar el tipo de instrumento que debía emplearse, circunstancia que nos ha proporcionado el conocimiento de muchos de sus nombres, aunque al no haber podido ser identificados todavía con exactitud hay muchas lagunas de conocimiento sobre este particular.

Como instrumentos de percusión, además del elemental palmoteo de manos y el choque de tablillas de metal o madera, los más utilizados fueron los tambores (*ala, sem, men*), los timbales (*ni-kala-ga, ti-gi, li-li-iz*), los panderos y los sistros.

Entre los de viento hay que citar distintas variedades de flauta (*kagi, gi-gid*), de caramillos y de trompetas, éstas confeccionadas con las cornamentas de algunos animales, conchas marinas, madera e incluso metal.

Sin embargo, los instrumentos musicales más populares y típicos fueron los de cuerda, sobre todo arpas, liras y, en menor grado, laúdes, de los que se conocieron varios tipos, algunos incluso de gran tamaño y bellamente adornados con protomos de animales, según conocemos por los ejemplares de las tumbas reales del cementerio de Ur (arpa de la reina Puabi) y las representaciones figuradas (*Estandarte de Ur*, objetos arqueológicos de Nippur, Khafadye, Girsu, Larsa). Las listas bilingües y los textos literarios y económicos nos han transmitido hasta ocho nombres de instrumentos cordófonos, algunos perfectamente identificados: *balag* o arpa, *algar* o arpa horizontal, *za-mi* o lira-toro, *za-miritum* o lira-cítara, y *sa-esh* o laúd.

La Arquitectura

Como han remarcado muchos autores, las condiciones naturales de Mesopotamia, al no haber piedras ni maderas, no favorecieron el desarrollo de la Arquitectura. Todas sus construcciones hubieron, pues, de adaptarse a los elementos naturales de que disponía el país en abundancia: el barro, las cañas y los juncos.

Estos materiales marcaron de alguna manera los caracteres de la arquitectura sumeria, tanto la religiosa como la civil: gran des muros de ladrillos, de aspecto pesado, con pocas aberturas, ausencia de columnas, o si estaban presentes con poco valor funcional, alternancia de entrantes y salientes, y frescos (últimamente se está intentando recuperar lo poco que ha quedado de la pintura sumeria) o paneles de mosaicos para ocultar la pobreza del barro.

Los restos arqueológicos nos han permitido conocer algo sobre las viviendas de sus pequeñas aldeas, poblados y ciudades, construidas sucesivamente con tapial, adobes y ladrillos. Así, para la zona Norte, las casas de Jarmo, Umm Dabaghiyah, Hassuna y Samarra, junto a las de otras comunidades de sus culturas, se dispusieron cercanas a patios y dependencias al aire libre. Luego, en el período de Tell Halaf, al lado de construcciones de planta rectangular aparecerían las de estructura circular, con ejemplares muy significativos en Arpachiyah. Ya avanzado el período de El Obeid, la localidad de Tepé Gawra conoció también las viviendas circulares, así como una serie de templos bien planificados y con plantas tripartitas y muros dotados de contrafuertes y nichos, claramente influenciados por Eridu.

Respecto a la arquitectura del Sur de Mesopotamia hay que señalar que fue bastante uniforme en toda el área, destacando, sin embargo, sus grandes complejos religiosos. En Eridu los restos de sus 17 niveles permiten conocer la evolución del templo del dios Enki que, de pequeñas proporciones al comienzo (sobre una terraza artificial), acabaría por adoptar la estructura rectangular tripartita, con muros reforzados en unos casos con contrafuertes y en otros lisos.

En Uruk la gran arquitectura religiosa adquiere ya fórmulas acabadas, con magníficos ejemplares en los sectores cultuales de Inanna y An, en los que al empleo del ladrillo se le suma los de la piedra caliza y la cerámica policromada. Hay que citar en la zona del Eanna el llamado *Templo de Caliza*, con nave central en forma de T, tras cuya cabecera se situaba el celebérrimo Patio de los Muros de mosaico, en el que un alto pórtico permitía el acceso a otro templo, todo ello decorado con mosaicos de conos de cerámica de variado colorido. Dignos de interés son también los posteriores *Templo C*, de planta muy armónica, y *Templo D*, de muros muy gruesos. Más lejos, en el otro sector religioso, el de Kullab, se levantaba el famoso *Templo Blanco*, dedicado a An, sobre una alta plataforma y con una serie de novedades estructurales: nave central y laterales con capillas, paredes exteriores decoradas con pilastras y acceso en tres de sus fachadas. De parecidas características fueron los templos construidos en Tell Uqair, con pinturas murales, y en Tell Brak.

Durante el Dinástico Arcaico se comenzaron a utilizar en las distintas obras arquitectónicas los ladrillos planoconvexos, de trazado rectangular pero abombados por una de sus caras, cuyo empleo se ha querido justificar basándose en diferentes hipótesis, ninguna de ellas convincente.

En Khafadye, donde se habían levantado los templos de Nintu y de Nannar durante el período de Jemdet Nasr, se construyó otro tercero, de grandes dimensiones rodeado por una doble muralla ovalada. Aunque estructuralmente no presenta cambios significativos (planta rectangular, acceso en eje acodado, plataforma), la presencia de los recintos amurallados manifiesta el deseo de protección y autodefensa del espacio religioso o, si se quiere, la demostración de la posible ruptura entre los poderes civil y eclesiástico.

En Mari también se levantaron varios templos, dedicados a Inanna, Ninkhursag, Utu y otros dioses, de plantas rectangulares, así como en Assur.

Muy poco sabemos de la arquitectura del período acadio al no haberse localizado la capital de Sargón, en donde probablemente se levantó un magnífico templo a Ishtar, y al pobre conocimiento que se posee de otras ciudades de aquel Imperio (Sippar por ejemplo). Lo más novedoso del período fue la vuelta al empleo del ladrillo rectangular, técnicamente superior al planoconvexo, según conocemos por las reformas introducidas en algunos templos. De estas reformas las más significativas fueron las efectuadas en Nippur, en el grandioso templo de Enlil, y sobre todo las del templo de Eshnunna, dedicado al dios Abu, cuya planta de dos espacios rectangulares fue dividida en tres, rompiéndose así el sistema de eje acodado.

De los primeros momentos de la época neosumeria tenemos también escasos conocimientos, al habernos llegado pocos restos arqueológicos (el famoso Eninnu de Gudea de Lagash es más conocido por referencias literarias que materiales). Sin embargo, la arquitectura religiosa llegaría entonces a su máxima expresión sobre todo gracias a la fijación del tipo de las torres escalonadas (*u-nir* en sumerio, *ziqqurratu* en acadio), verdaderas obras de ingeniería y complemento indispensable de los recintos religiosos. La propia Ur es la ciudad más significativa para esta

etapa, en razón a su magnífico sector sagrado, totalmente amurallado, llamado Egishshirgal, constituido entre otros edificios por la torre escalonada (Etemenniguru), obra de Ur-Nammu, de planta rectangular y tres pisos de altura, a los que se accedía por otras tantas escalinatas abiertas sobre la cara Sudeste; por los templos dedicados a Nannar (Ekishnugal) y a su esposa Ningal (Giparku), y por otros edificios (Edublamakh o complejo burocrático, Enunmakh o gran almacén).

Asimismo, en Eshnunna se levantó un templo dedicado a Shu-Sin, de gruesos muros y estructurado a base de numerosas estancias en torno a un patio central, conectado con el palacio de los gobernadores locales.

Si el templo era la casa de la divinidad, el palacio lo fue del rey. Existen, sin embargo, pocos datos arqueológicos para conocer con detalle las residencias donde se asentó el poder civil, que, en cualquier caso, fueron similares a las de los particulares, aunque de mayores proporciones (dadas las necesidades de la administración pública) y con todo tipo de lujos (columnas, pórticos, corredores, ornamentación). Quizá, prescindiendo del arcaico edificio palacial de Jemdet Nasr, el mejor conocido sea el de Kish (Palacio A), compuesto por dos sectores, uno destinado a las funciones de recepción y control administrativo, y otro reservado a la residencia del rey, su familia y su guardia personal. Cerca de estos recintos, aún se levantaba otro palacio (denominado por los arqueólogos como P), construido con ladrillos planoconvexos, articulado en torno a diferentes patios, que sirvió como vivienda de cortesanos.

Otros restos se conservan también en Mari, palacio que fue evolucionando cada vez más hasta alcanzar verdadera complejidad arquitectónica; y en Assur, que son de considerables dimensiones. En Tell Brak se levantó un gran edificio dedicado a depósito de mercancías y también a residencia, distribuido alrededor de cuatro patios con muros de hasta 10 metros de espesor. El palacio de Eshnunna fue parecido al de Mari, aunque menos laberíntico. Asimismo, los restos del palacio Ekhursag de Ur, levantado por Ur-Nammu en el recinto del templo del dios Nannar/Sin, muestran la magnificencia de lo que fueron las mansiones reales.

También deben ser incluidas aquí las construcciones funerarias, cuyos ejemplos más destacados son las del Cementerio real de Ur, ubicadas al Sudeste de la torre escalonada del complejo religioso. Se trata de 16 tumbas regias, en las que aparecieron numerosos cadáveres, cuya presencia ha sido justificada basándose en ritos religiosos. En una de ellas, la denominada *Tumba del Rey* o *Foso de la muerte*, se contabilizaron hasta 74 cadaveres humanos, además de otros de animales, y riquísimos ajuares.

Del mayor interés es el gran templo-mausoleo que se construyó junto al *temen* de Ur, compleja construcción dispuesta en dos estructuras, una hipogea con dos cámaras de falsa bóveda, y otra, por encima, con numerosas estancias aptas para celebrar rituales funerarios. Su construcción fue debida a Ur-Nammu, Shulgi y Amar-Sin, recibiendo sepultura en tal lugar probablemente el primero de los citados, fundador de la III dinastía de Ur, y otras personas de la realeza.

La escultura

La carencia de piedra y de metales también condicionó el desarrollo de la estatuaria sumeria, caracterizada por sus proporciones reducidas (salvo excepciones), su poco interés por el estudio anatómico y sus líneas rígidas.

Partiendo de las figurillas localizadas en Jarmo, creídas las más antiguas representaciones de la Diosa madre, y pasando por las de Tell es-Sawwan y Choga Mami (de la cultura de Samarra), llegamos a las típicas de la plástica de Tell Halaf, Tepé Gawra y El Obeid (con algunos ejemplares de Ur), famosas sobre todo por la disposición de sus cabezas que recuerdan a ofidios.

A la época Dinástica Arcaica pertenece un buen numero de pequeñas estatuas de orantes, de bulto redondo (cabeza de Tell Agrab; estatuas de Iku-Shamagan, Ebih-il y Urnanshe, todas estas de Mari); sin embargo, su máximo exponente lo constituyen las estatuas de Eshnunna, localizadas en el templo de Abu, destacando las dos de mayor tamaño, la del príncipe de la localidad y la de su esposa (¿o sería una sacerdotisa?), ambas dispuestas estáticamente y con desmesurados ojos de concha incrustada.

Fabricadas en cobre, y también de bulto redondo, poseemos algunos ejemplares de orantes (Khafadye), dos luchadores con grandes vasos en sus cabezas, y una famosa cuadriga de onagros tirados por un auriga (ambos ejemplares de Tell Agrab), de estudiados movimientos compositivos.

La escultura acadia significó un paso adelante en la plástica sumeria, según puede deducirse de una serie de cabezas femeninas, trabajadas en piedra (una tal vez represente a Enkheduanna, la hija de Sargón), y otras varoniles, también de piedra (Cabeza de Adab, fragmentos de estatuas de Manishtushu y de Naram-Sin). Sin embargo, la obra capital es la famosísima *Cabeza broncínea* de Nínive, probablemente un retrato de Naram-Sin, de gran perfección técnica y buen acabado a base de buril y cincel. La misma, de largas barbas en forma de bucles y pelo trenzado con moño en la nuca, sería tomada posteriormente como modelo para toda la retratística oriental.

Las estatuas que más han contribuido a divulgar el arte sumerio han sido, sin embargo, las de Gudea de Lagash, no sólo porque fueron las primeras en dar a conocer aquel arte al mundo occidental, sino también por su perfección plástica, haciendo de las mismas los mejores ejemplares de la estatuaria mesopotámica de todos los tiempos. De la treintena larga de ejemplares que se conocen (algunas de estudiado canon, incluso las sedentes), esculpidas por lo general en diorita, destacan las conocidas como *Gudea sentado, Gudea con el Vaso manante* y *Gudea arquitecto*.

Siguiendo aquel modelo, el hijo de Gudea, Ur-Ningirsu, y luego también Ur-Nammu y Shulgi de Ur fueron representados en estatuas de diorita, algunas de las cuales han llegado fragmentadas. Que sepamos, ninguna estatua de piedra de los tres sucesores de Shulgi ha sido recuperada, a pesar de que los textos aludan a ellas. De esta época es la extraordinaria estatua de Ishtup-ilum, un *shakkanakku* (gobernador) de Mari.

Típico del Imperio de Ur fue la fabricación de figurillas de arcilla y relieves de terracota en serie, gracias al invento de moldes que soportaban altas temperaturas.

Si la estatuaria tuvo una serie de limitaciones, tanto técnicas como estéticas, en cambio, en el relieve —la forma predomi-

nante de la plástica sumeria— sus artistas alcanzaron los mayores logros a pesar de los convencionalismos que emplearon (escasa perspectiva, escalas distintas, seriaciones, estatismo, rigidez).

Donde mejor puede estudiarse el relieve es en los cuatro campos en que gustaron de trabajar con algo más de libertad: vasos rituales, estelas, placas y sellos de impresión o cilindro-sellos.

El relieve más importante de la etapa Dinástica es el del *Vaso de Uruk*, en donde se representa en cuatro fajas un motivo alusivo a las fiestas del Año Nuevo, con la ofrenda de las primicias a Inanna. Le siguen en interés los relieves de los vasos de esteatita del valle del Diyala, de apretada composición, así como las copas con figuras esculpidas de Tell Agrab y el aguamanil de Uruk. De época neosumeria hay que reseñar el *Vaso de libaciones* de Gudea, fabricado en esteatita, decorado con dos serpientes entrelazadas que están enmarcadas por dos instrumentos sostenidos por sendos dragones.

Entre las estelas, las de mayor significación para la Historia del Arte son la *Estela de la caza*, de Uruk, de la que se conserva un fragmento, la *Estela de los buitres*, muy mutilada, obra capital de la época Dinástica Arcaica, cuyos relieves en las dos caras ilustran los textos de las campañas de Eannatum contra el rey de Umma; diferentes *Estelas de Sargón*, fragmentadas todas; la *Estela de Naram-Sin*, de gran originalidad compositiva en una escena única, en donde el rey deificado asciende por la montaña durante sus luchas contra los lullubitas; y la *Estela de Ur-Nammu*, de tres metros de altura (sólo restan algunos fragmentos), en la que se recogen escenas relativas a la construcción de un edificio religioso.

La técnica del relieve se aplicó muchísimo en placas de piedra de formas cuadrangulares, perforadas en su centro, probablemente para poder ser fijadas en las paredes, y que rememoraban construcciones de templos y otros acontecimientos religiosos. Los bajorrelieves que las decoran reproducen sobre todo un acontecimiento: el banquete ritual, del que es sujeto un importante personaje, rodeado de familiares y servidores. De estos relieves del *symposium*, como también se los conoce, poseemos algunos ejemplares muy famosos, tales como la *Placa de Khafad-*

ye, de tosco labrado y que quizá conmemore una batalla victoriosa, la *Placa de Urnanshe*, donde a tal *ensi* de Lagash se le representa como constructor de templos, la *Placa de Dudu*, sumo sacerdote lagashita, en la que se recoge, junto a su figura de gran tamaño, el emblema de Ningirsu, y la *Placa de Enannatum*, de la que sólo ha llegado un fragmento.

Una placa de gran interés por su perfecto modelado, es la máscara de alabastro conocida como *Dama de Uruk*, destinada a ser adherida a una pared, a modo de icono (se ha supuesto que podría ser Inanna). Faltan sus ojos, que serían de concha y lapislázuli, y su tocado, probablemente de oro.

El uso de los sellos de impresión y de los cilindro-sellos fue una de las aportaciones más originales de Sumer a la Historia del Arte. Aunque inventado en aquel país, su uso se extendió no sólo por toda Mesopotamia, sino también por el Elam, Anatolia, Egipto, Chipre y Grecia, dada la funcionalidad de los mismos, pues sirvieron para identificar a modo de *firma* la propiedad de algo.

Multitud de figuras y composiciones fueron cinceladas en tales objetos, cuya impresión al estampillarse o hacerse rodar sobre la arcilla todavía blanda reproducía lo grabado en su superficie. Escenas de culto con templos y altares, libaciones, luchas de animales, amplio repertorio de seres fantásticos, presentación de fieles a una divinidad, signos emblemáticos, adornos florales y geométricos con tendencia a la abstracción, fueron los temas más corrientes, demostrando así la gran capacidad y originalidad artística de los grabadores sumerios, no sujetos en este tipo de trabajo a imposiciones estéticas.

Orfebrería y cerámica

Además de algunos objetos artísticos realizados en metal, que demuestran bien a las claras el amplio dominio de su técnica (estatuillas de cobre de Khafadye, relieve con el pájaro Imdugud procedente de El Obeid, candelabros cultuales de Kish, figurillas y *clavos* de fundación, etc.), millares de piezas de orfebrería, combinadas usualmente con piedras preciosas y semiprecio-

sas (existe amplia documentación para la III dinastía de Ur), indican el altísimo nivel de los joyeros sumerios.

Las muestras más significativas son los objetos del *Tesoro de Ur*, localizado en Mari, y sobre todo los hallados en el cementerio real de Ur, evaluados en más de 20.000 piezas: instrumentos musicales (arpas y liras), armas (dagas, jabalinas, hachas, casco de oro de Meskalamdug), herramientas (anillas, argollas, azuelas), vajilla (vasos, tazas, tazones, lámparas), joyas y adornos (tocado de la reina Puabi), y amuletos (en forma de barcos, de conchas, de animales), en los que el trabajo del metal es de una pericia insuperable.

Otra obra soberbia de la orfebrería sumeria es el *Vaso de Enmetena*, magnífico recipiente de plata con pedestal de cobre, decorado con el tema del pájaro Imdugud.

Arte que tuvo gran éxito durante la etapa Dinástica Arcaica fue la taracea, esto es, el meticuloso trabajo de incrustar nácar, lapislázuli y conchas sobre almas de madera recubiertas de betún, con la que decoraban cajas de resonancia y brazos de algunos instrumentos musicales, cajas de perfumes, tableros de juego (¿damas?) y paneles, conocidos a falta de otro nombre con el de *estandartes*, cuyos dos ejemplares más importantes son el de Mari, incompleto, y el de Ur, éste de pequeñas dimensiones, con sus seis lados totalmente decorados. En una de sus caras mayores se representa el primer combate de carros que conoce la Historia; en la opuesta aparecen escenas que celebran una victoria militar.

Como es lógico, también la cerámica sumeria fue uno de los elementos más significativos de su civilización, producto que ha servido a la Arqueología de inapreciable ayuda para determinar las secuencias históricas de las etapas neolítica, calcolítica y del Bronce durante las cuales vivió aquel pueblo.

Cae fuera de este lugar describir con detalle la evolución de la alfarería sumeria, cuyas creaciones tanto sin adornos como con ellos (cerámica de Hassuna y de Samarra sobre todo) son de una gran variedad de formas y de hábil técnica. Conocida desde los últimos niveles de Jarmo, ya en el séptimo milenio, habría de esperar aún otros tres mil años hasta poder ser fabricada con torno (la primera invención mecánica, en verdad, de la Historia de

la Humanidad). Tal conocimiento técnico provocaría pronto la gran floración cuantitativa de la cerámica sumeria, que podemos situar en el período de Uruk, para luego caer en una larga monotonía de formas y estilos decorativos (salvo algunos pequeños momentos de esplendor), que se mantendrían durante toda la Historia de Sumer, propiciada por la propia rapidez de la producción de sus vajillas y por los pocos incentivos que se le ofrecían al alfarero, quien se lanzó a producir cerámica en su mayor parte utilitaria, muy inferior en todos los aspectos a la de la época calcolítica.

En síntesis, todas estas manifestaciones artísticas, algunas de tanto contraste (orfebrería frente a cerámica, por ejemplo), son de notable interés histórico y, por qué no decirlo, de gran calidad. Las mismas contribuyeron a formar un vasto círculo cultural que, continuado y ampliado por otros pueblos mesopotámicos (asirios y babilonios sobre todo) proyectaría todo lo sumerio, aunque desdibujado, sobre la cuenca mediterránea.

BIBLIOGRAFIA

COLLON, D., *Catalogue of the Western Asiatic Seals in the British Museum Cylinder Seals, II*, Londres, The Trustees of the British Museum, 1982. FRANKFORT, H., *Arte y Arquitectura del Oriente antiguo*, Madrid, Cátedra, 1982. FRIBERG, J., «Index of Publications on Sumero-Akkadian Mathematics and Related Topics» (28 Rencontre Assyriologique Internationale in Wien, 1981), Horn, AfO, 19, 1982, pp. 225-232. HUOT, J. L., «L'architecture obeidienne et le problème de l'étage», *Préhistoire de la Mesopotamie*, París, Editions du CNRS, 1987, pp. 437-446. LEWY, H., «The Origin and Development of the Sexagesimal System of Numeration», New Haven, JAOS, 69, 1949, pp. 1-11. LIMET, H., «Pharmacopée et parfumerie sumériennes», París, *Rev. Hist. Pharm.*, 1978, 25, pp. 147-159. MOORTGAT, A., *The Art of Ancient Mesopotamia*, Londres, Phaidon, 1969. PARROT, A., *Sumer*, Madrid, Aguilar, 1981. PARROT, A., *Archéologie Mésopotamienne*, París, Albin Michel, 1946-1953, 2 vols. POWELL, M. A., «Sumerian Area Measures and the Alleged Decimal Substratum», Berlín, ZA, 62, 1973, pp. 165-221. RIMMER, J., *Ancient Musical Instruments of Western Asia in the Department of Western Asiatic Antiquities, The British Museum*. Londres, The Trustees of the British Museum, 1969. SPYCKET, A., *Les statues de culte dans les tex-*

tes mésopotamiens, des origines a la Ire *Dynastie de Babylone*, París, Cahiers de la Révue Biblique, 9, 1968. STAUDER, W., «Die Musik der sumerer, babylonier und assyrer», *Orientalische Musik* (*Handbuch der Orientalistik*, IV), Leiden, E. J. Brill, 1970, pp. 171-243. TUNCA, Ö., «Remarques sur l'architecture des temenos d'Uruk et d'Ur à la période de la III dynastie d'Ur», Berlín, BaM, 17, 1986, pp. 255-292. VITALE, R., «La musique suméro-accadienne. Gamme et notation musicale», Neukirchen-Vluyn, UF, 14, 1982, pp. 241-263.